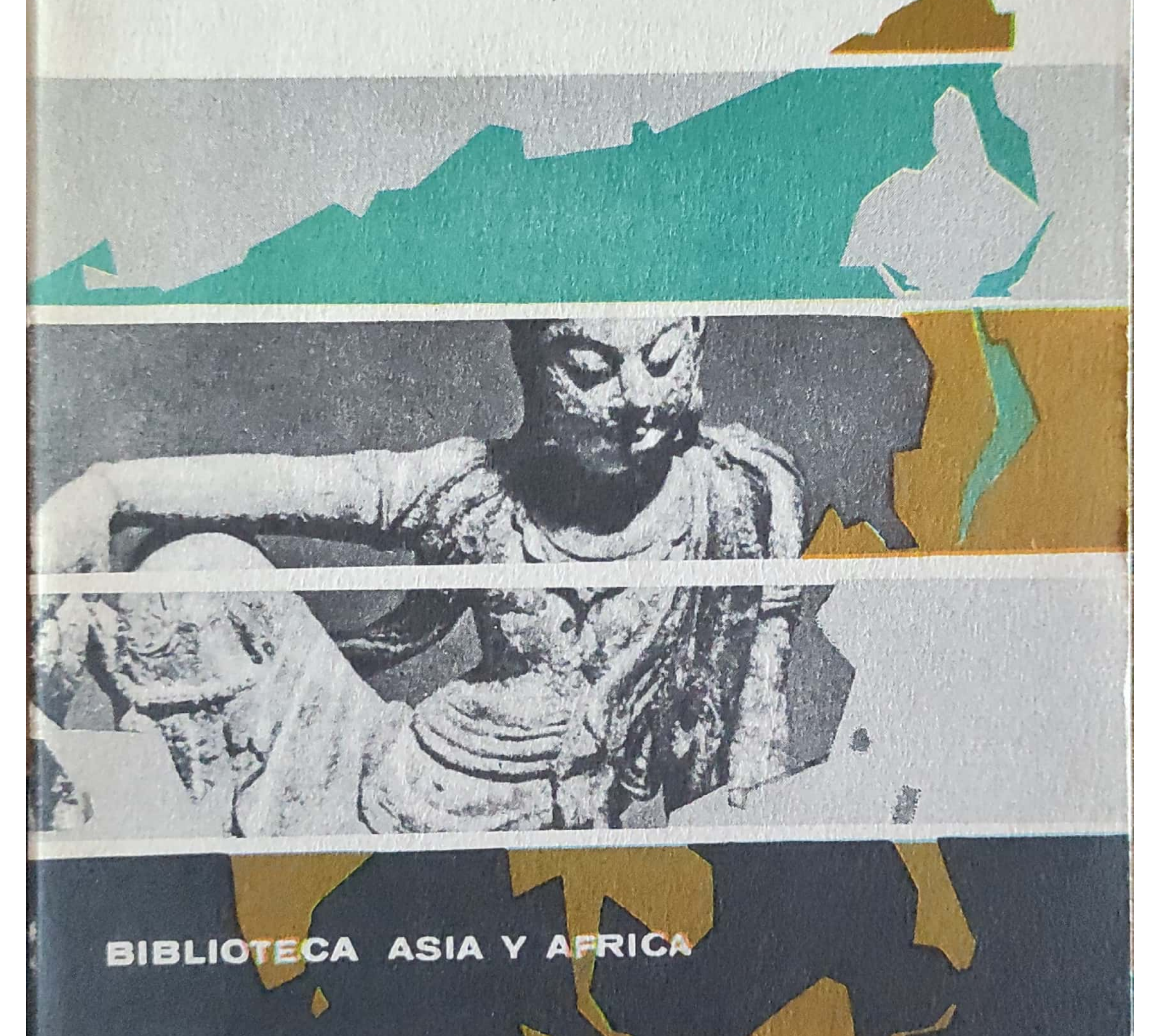
R. Grousset

HISTORIA DE ASIA



BIBLIOTECA ASIA Y AFRICA

EDITORIAL UNIVERSITARIA DE BUENOS AIRES

HISTORIA DE ASIA



BIBLIOTECA ASIA Y AFRICA

René Grousset

Historia de Asia

EUDEBA Editorial Universitaria de Buenos Aires

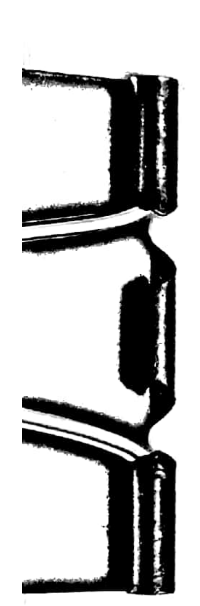
Título de la obra original:
Histoire de l'Asie
Presses Universitaires de France, Paris, 1941

Traducida de la séptima edición, 1958, por
Víctor D. Bouilly

La revisión estuvo a cargo del traductor y
del departamento técnico de la Editorial

IMPRESO EN LA ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

A la memoria de mi hija GINETTE,
quien me ayudó a componer este libro



Capítulo I

EL CONTINENTE ASIÁTICO Y LA GEOGRAFÍA HUMANA

Formación del continente asiático [1]

Asia, que es el más extenso y macizo de los continentes, no quedó constituida en sus grandes rasgos sino hacia la era terciaria. En las épocas anteriores, vemos afirmarse solo cierto número de "núcleos" o "escudos" aparecidos en la periferia del trazado actual; al norte el *escudo siberiano* o de Angara, que, comprobado ya en la época algonkiana, durante la era secundaria se ensancha en un vasto continente sinosiberiano, armazón de la futura Asia; al sur, el *continente de Gondwana,* que unió por mucho tiempo a la India peninsular con Madagascar. Entre estas dos masas emergentes se extendía un Mediterráneo asiático, el *Tethys* de los geólogos; muy extenso durante toda la era secundaria, durante el oligoceno cubría todavía a Asia Menor, Irán, el área del Himalaya, Birmania e In-

1 Los criterios de transcripción, algo simplificada pero que incluyen indicación de vocales largas y de ciertas consonantes especiales, utilizados por el autor, han sido adaptados al español en la medida de lo posible, para facilitar la lectura de los nombres orientales por unificación de las grafías. Para el chino no dialectal se ha preferido, por más difundido y más afín al español, el sistema Wade, con las salvedades de que en lugar de *szu, tzu, chih, jih,* etc., se ha escrito *sze, tze, cheh, jeh,* etc., y a veces, en lugar

sulindia. En el mioceno, la regresión de este mar y el levantamiento de las cadenas himalayoalpinas, que corren en Asia desde el Cáucaso hasta los arcos malayos, soldaron el escudo sinosiberiano con la India peninsular, formando de este modo el continente actual.

A fines del terciario, en la fase sármata, la configuración de Asia está bosquejada en sus grandes rasgos. Quedará por secarse la laguna aralocaspiana, que unía entonces al lago Baljash con el Mar Negro, así como se secará también la Mancha siroirania que separaba de Asia la meseta de Arabia; y, por otra parte, habrá que esperar el cuaternario para que el hundimiento de la fosa eritrea separe a Arabia de África, y el hundimiento de la

---

de *chi* o *ch'i*, se han mantenido las grafías clásicas *ki, tsi,* o *k'i, ts'i.* Las convenciones que han de tenerse en cuenta son las siguientes:

È = *e* abierta (francés *mère*);
Ī = *i* profunda (intermedia entre *i* y *e*);
Ŏ, Ŭ = *ö, ü* alemanas (*Goethe, Führer*);
Ç, SH = *sh* inglesa (*Washington*); la primera, exactamente, como en alemán *ich*;
DH = *d* + *h* en general; *d* española (*nada*) en árabe y persa;
DJ = *j* inglesa (*John*);
J = *j* española; pero en chino y japonés = DJ;
GE, GI = *gue, gui*;
H = *h* aspirada inglesa;
HS = Ç (para el chino);
LL = doble ele (italiano *bel-lo*);
TH = *t* + *h* en general; *z* castellana en árabe y persa;
Y = *i* consonante (*hierro, hoy*);
Z = *z* francesa o inglesa;
ZH = *j* francesa (*Jean*).

Las *vocales con circunflejo* son largas; el signo ' indica en general un ataque glotal (brusco corte de voz), pero en chino es una H aspirada; el signo ' indica un sonido laríngeo, como una gárgara suave.

Se ha indicado la acentuación según las normas del castellano (suprimiéndose entonces el circunflejo cuando había concurrencia); pero se ha omitido indicarla para el japonés, en que por lo general el acento principal recae en la última vocal larga *Shôsôin* = shoo-soó-in), o, cuando no la hay, en la última sílaba (*Heian* = he-i-án). (N. del E.)

Egeida a Anatolia de los Balkanes, y para que el Tigris y el Eufrates, el Ganges y el Bramaputra, el río Amarillo y sus semejantes colmen con sus aluviones los antiguos golfos destinados a transformarse gracias a ellos en la tierra nutricia de las civilizaciones asiriobabilonia, índica y china.

Alta Asia y llanuras aluviales

Así constituido, el continente se encontró agrupado en torno de un enorme macizo central —la Alta Asia— de pisos escalonados, el más alto de los cuales es la meseta del Tibet (más de 5.000 m), a la que flanquean, por el sur, el arco de círculo del Himalaya y, por el norte, los arcos de Kuen-lun y del Altïn-tag. Las tierras altas se prolongan hacia el este por las cadenas de la China occidental, montes Ch'in-ling y Alpes del Sze-ch'uan, que se prolongan al norte y al noreste en el zócalo de Asia Central, sobre el cual se elevan los T'ien-shan; luego el Altai, el Jangai y las otras cadenas mongolas hasta el Gran Jingán. Finalmente, al sudoeste, en la otra pendiente de la meseta de Pamir —el " "Techo del Mundo"—, una altitud media de 1.000 metros se mantiene también en la meseta de Irán y, más allá del nudo del macizo de Armenia, en la meseta de Asia Menor. Sujetas a un clima de oscilaciones extremas, por lo menos en Mongolia y Asia Central, estas altas mesetas conservan en sus partes menos estériles una vegetación de estepa que sólo sirve para la cría de ganado. La Alta Asia, en sus regiones todavía habitables, sólo puede alimentar a una población de pastores nómadas, trashumantes a la zaga de sus rebaños, y por esta razón detenidos en una etapa cultural bastante primitiva.

En contraste con esta elevada zona central, la periferia presenta cierta cantidad de llanuras bajas, aluviales, predestinadas a la vida agrícola; son las que hemos enumerado más arriba: en el noroeste de China, la Gran Lla-

nura del río Amarillo, continuada por las terrazas de loes del Shan-si y del Shen-si; en Indochina, la llanura del bajo Mekong; al sur del Himalaya, la llanura indogangética; y al sudoeste de la meseta de Irán, Mesopotamia y Susiana. Quizá habría que añadir a esta enumeración, en Asia Central, las últimas tierras buenas de la cuenca del Tárim, ese Nilo o Eufrates moribundo cuyos afluentes apenas pueden alimentar, desde principios de la época histórica, a un rosario de oasis en vías de desecamiento.

Asia desértica y Asia de los monzones

Llegamos con esto a un hecho que condiciona toda la historia del poblamiento humano de Asia. Es la "saharización" progresiva de toda la región central. Si dejamos a un lado Siberia, la cual, tundra o taiga, está dominada por la presencia o la vecindad del círculo polar, Asia se divide desde el punto de vista climático en dos zonas que contrastan absolutamente entre sí: por una parte, en las cuencas sin desagüe del centro, una zona seca destinada a saharizarse; por otra parte, en las tierras bañadas o influidas por el océano Índico, desde el mar de Omán hasta el Mar de China, un régimen tropical con las copiosísimas lluvias estivales de monzón. En la estación cálida, el monzón deja sentir su fecundante acción diluvial en las tres cuartas partes de la India, Indochina e Insulindia, en la mitad de China y en el archipiélago japonés. Por lo contrario, Mongolia, los dos Turkestanes y una parte de Irán sufren un clima desértico. Tanto en Irán como en el Turkestán chino los cultivos serán fatalmente cultivos de oasis, de ciudades-jardines, refugiados a lo largo de las últimas corrientes de agua o en las cuestas aún húmedas de las montañas. La cuenca superior del río Amarillo, por el lado de Ordos, la del Indo inferior, hacia el desierto de Thar, y la del Eufrates en Mesopotamia son, como la del Nilo en África, otros tantos oasis-galerías prácticamente limitados al propio curso del río o de sus ca-



nales de derivación, en medio de un paisaje distinto, de estepas o de desiertos. En el sudoeste debe reservarse lugar aparte, en Anatolia y Siria, a la angosta franja litoral, *riviera* de cultivos mediterráneos que reproduce la conocida facies del paisaje helénico, toscano o provenzal.

Asia sedentaria y Asia nómada

Como se ve, las tierras aptas para la agricultura, aquellas en que habían de desarrollarse las grandes civilizaciones sedentarias, es decir la china, la índica y la mesopotámica, se hallan dispersas en la periferia, separadas entre sí por la enorme masa de la Alta Asia, de sus mesetas hostiles, de sus estepas. De este aislamiento proviene sin duda el carácter original de las tres o cuatro civilizaciones antedichas, que debieron desenvolverse cada una en zona cerrada (si bien las necesidades de vida agrícola parecida suscitaron en ellas instituciones y concepciones a veces análogas). Se constituyó así, pues, desde la protohistoria, un "Oriente clásico" que se nos presenta como un todo, porque, por una parte, Mesopotamia tiene infinitamente más comunicaciones con la zona del Mediterráneo (Siria y Anatolia) y con Egipto que con la India y China, y porque, por otra parte, Irán, si bien domina al Indo desde lo alto de los valles afganos, mira y "desciende" mucho más rápidamente por las gargantas del Zagros hacia Babilonia o Bagdâd. Con no menor nitidez existe un ambiente, casi un continente, índico, donde la barrera del Himalaya y la comunidad del clima tropical encierran en un conjunto o fusionan la llanura indogangética y la plataforma del Dekkan. Y existe además un mundo chino, más aislado aún de todo, que mira hacia el lado opuesto al Asia Anterior y a la India, y no se comunica con una y otra sino por cuentagotas y por medio de las largas rutas caravaneras que se estiran, a través de los oasis del Turkestán oriental, desde los desfiladeros del Pamir hasta el Kan-su.

Sin embargo, las viejas civilizaciones de Asia Anterior, de la India y de China estaban bajo el cornisamento de la Alta Asia. Las pobres tribus de pastores nómadas que recorrían la inmensidad de las estepas entre la muralla china y los puertos de Irán veían extenderse a sus pies las riquezas de Ch'ang-ngan y de Pekín, de Delhî y Benares, de Bagdâd y Constantinopla. La acometida centrífuga de estos nómadas hacia todos aquellos objetivos de saqueo, al crear los primeros imperios extrarregionales, provocó también las primeras mezclas de civilizaciones. Las viejas civilizaciones fueron creadas por las llanuras litorales. Los imperios de la estepa fueron quienes, inconscientemente pero con seguridad, establecieron un contacto entre aquellas culturas originales y diversas y se encontraron finalmente confiriendo de tal modo su unidad a la historia de Asia.

Capítulo II

LAS ANTIGUAS CIVILIZACIONES DE ASIA MENOR

La Mesopotamia arcaica: Súmer y Akkad

El paleolítico mejor conocido de Asia Anterior es hasta ahora el de Palestina. Palestina posee también una cultura mesolítica local el *natufiense* (¿hacia 12.000 a. C.?) y una cultura eneolítica propia, el *tahuniense.*

Más al este, la más antigua cultura hasta hoy descubierta es neolítica y se remonta sin duda al quinto milenio; es la cultura llamada *pre-Obeid*, localizada en Irán (últimas excavaciones de Tepe Hisâr, cerca de Dâmgán, y de Tepe Siyalk, cerca de Kashán), y en la Alta Mesopotamia (excavaciones de Tell Hálaf, junto al Jâbûr). Viene a continuación, en las mismas regiones, la *cultura de Obeid* (entre 4.000 y 3.400?), que también tuvo sin duda su centro de dispersión en Irán (Tepe Giyán, cerca de Nehâvend, Persépolis, etc.) y en Susiana (Tepe Musiyán, Susa I), pero que se expandió igualmente en la Baja Mesopotamia, donde particularmente está testimoniada en Tell el-Obeid, lugar que ha dado su nombre al conjunto del grupo. En efecto, la Baja Mesopotamia, que hasta entonces había sido prácticamente inhabitable, pues era un inmenso pantano, experimentaba un desecamiento de su suelo y por su fertilidad natural comenzaba a atraer a los colonos, que bajaban de

la región superior. Los utensilios que usaban eran de piedra y de hueso; tenían una hermosa cerámica decorada con losanges y triángulos. A fines del período, en Susa (*Susa I*), esta decoración se enriquece con elegantes estilizaciones de ibis u otras zancudas. En esta última fase aparece el cobre, sin duda traído del Cáucaso.

El período subsiguiente en Mesopotamia es el de Uruk (ca. 3400-3200?) y el de Djémdet-Nasr (ca. 3200-3000). El primero está caracterizado por la construcción de templos de ladrillo crudo y por la invención de la escritura, los famosos *caracteres cuneiformes* cuyos más antiguos especímenes son simples pictogramas. La cultura de Djémdet-Nasr, hallada igualmente en Susa (*Susa II*), ha dejado cimientos de palacios que revelan la institución de la realeza. La población empleaba un carro de dos ruedas arrastrado por asnos o por bueyes (el caballo no se conocía aún). A pesar de la existencia de algunos objetos suntuarios de cobre, los utensilios eran todavía prácticamente neolíticos. Además, sabemos que Mesopotamia, en la época de Djémdet-Nasr, estaba en relaciones con el Egipto tinita.

En momentos en que así se inicia la protohistoria, la Baja Mesopotamia está habitada por los *súmeros*, "braquicéfalos de cabeza globulosa, frente baja y nariz prominente como pico de águila", que parecen haber dado al país su civilización, sin duda aportada de las montañas del norte y del noroeste.

Hacia 2950 ó 2775, según los sistemas cronológicos, comenzó en el país sumerio la primera dinastía de la ciudad de Ur. Esta casa habría sido destruida por las gentes de Lagash (hoy Tello), otra ciudad súmera cuyas victorias se conmemoran en la célebre *Estela de los Buitres*, del Louvre. Hacia 2725 ó 2584, un jefe súmero, Lugalzaggisi, que estableció su capital en Uruk, extendió su dominación desde el Golfo Pérsico hasta el Mediterráneo. Pero fue derribado por la otra población de la Baja Mesopotamia, las gentes de *Akkad*, tribus de raza semítica que habitaban el norte del país. Durante varios siglos, las gentes de Akkad al norte y las de Súmer al sur se dividie-

ron y disputaron la futura Babilonia y, en el curso de esta larga coexistencia, se influyeron recíprocamente hasta el punto de elaborar una civilización mixta.

Uno de los príncipes del país de Akkad, Sharruken, o Sargón el Antiguo (ca. 2584-2530), es el primer conquistador semita conocido; extendió su imperio hacia el oeste hasta el Líbano y la meseta de Asia Menor, y hacia el este hasta Elam (Susa). Su tercer sucesor, Naram-Sin (ca. 2400), se sitúa el reinado local de Gudea, *patesi* o memorativa de una expedición a las montañas del Diyarbakīr. Luego la hegemonía volvió a los súmeros (3ª dinastía de Ur, hacia 2328-2220). Más o menos en esta época (ca. 2400), se sitúa el reinado local de Gudea, *patesí* o príncipe de Lagash (Tello), en país su medio, de quien el Louvre posee robustas estatuas-retratos de un realismo sobrio y firme. Ya se trate de estatuas de esta clase, o de relieves o dibujos para cilindros de sello, el arte sumero-acadio de esta época da pruebas —sin duda por influencia propiamente sumeria— de un naturalismo de observación y facultades creadoras que no se volverán a encontrar en adelante (ver las cabezas de toro, ya tan potentes v hermosas, de la tumba de la reina Shubad, en Ur, hacia 3000).

Al mismo ambiente debemos *el más antiguo poema épico de la humanidad, el poema de Gilgamesh,* cuya primera versión conocida, escrita en súmero, se remonta a fines del tercer milenio.

Babilonia

El país de Akkad cayó luego en poder de los amorreos, pueblo semita originario de Siria. Hacia 2105 los amorreos fundaron la dinastía de Babilonia, ciudad hasta entonces oscura pero que con ellos se transformó en la capital de Mesopotamia. El principal soberano de esta dinastía fue Hammurabi (1900 ó 1750?), que estableció una verdadera centralización de las ciudades súmeras y acadias, con una religión de Estado común (en favor de Marduk, el dios

de Babilonia) y una legislación también común (el "código de Hammurabi"). El acadio, idioma semítico, se convirtió en la única lengua oficial, con exclusión del súmero, reducido al papel de lengua sagrada, que no tardó en desaparecer. El país de Súmer y el país de Akkad quedaron en lo sucesivo fusionados en una unidad histórica permanente, de carácter netamente semítico, el reino de Babilonia. El arte de este tiempo atestigua una técnica segura, si bien el soplo creador de los viejos súmeros había desaparecido ("el artista acadio, como luego el babilonio, tendrá menos interés en las formas que en la decoración y el ornamento").

En Fenicia, la influencia de Mesopotamia se encontró con la de Egipto, como lo prueban las recientes excavaciones de Ugarit (Râs Shamra), en este caso el nivel de *Ugarit I,* contemporáneo de la dinastía faraónica XII (2000-1788) y con el cual hay que relacionar ya el pueblo semítico de los fenicios. Más tarde, en el siglo XIV, los fenicios de Ugarit extraerán de los signos cuneiformes mesopotámicos un primer esbozo de *escritura alfabética.*

Entretanto las invasiones indoeuropeas habían comenzado. El eje de dispersión de los indoeuropeos parece haber seguido una diagonal que va del norte de Alemania al mediodía de Rusia. Como criadores de caballos, poseían una marcada superioridad sobre los imperios de Asia Anterior, que no conocían sino el carro tirado por asnos o por bueyes. Una primera onda indoeuropea, la de los luwitas, habría llegado de Europa al Asia Menor por el Bósforo hacia 2500 (?). Hacia 2000 se produjo por la misma vía una nueva migración, la de esos elementos indoeuropeos que consiguieron organizar en el centro de Anatolia, en Capadocia, al pueblo indígena ("asiánico") de Hatti. Son los hititas. Durante toda la duración del imperio hitita, se verá coexistir allí la lengua indoeuropea de los conquistadores y las hablas asiánicas de las poblaciones anteriores. Otras tribus indoeuropeas, llegadas de Europa a Asia, sea por el Cáucaso o por el Turkestán occidental, los *ârya* o indoiranios, ocuparon la meseta del Irán, de donde una

parte de ellas descendió hacia el este, hasta la llanura indogangética. Algunos de esos clanes indoiranios vinieron al oeste y se impusieron, a título de aristocracia dominante, sobre los hurritas (la antigua Hurri corresponde al Diyarbakïr actual) y los kasitas o montañeses del Zagros (el actual Luristán). Estos movimientos de pueblos tuvieron su contragolpe en Babilonia. En 1806, Babilonia fue sorprendida y saqueada por los hititas. Hacia 1745 (?) la conquistaron los kasitas, que se mantuvieron dominándola durante más o menos 575 años (1746?-1171).

Hurritas, hititas y faraones

En el siglo xvi antes de Cristo asistimos en el Cercano Oriente a la expansión de los hurritas, ese pueblo asiánico que hemos visto organizado por una aristocracia indoeuropea y que ocupaba el país de Hurri propiamente dicho (Diyarbakïr, hasta los alrededores de Orfa ?) y el de Mitanni (región de Orfa y de Harrán y alto Jâpûr?). Los hurritas habían impuesto en esta época su señorío en Asiria y en el norte de Siria. El protectorado de este último país les fue disputado por Egipto en tiempos de los faraones conquistadores de la dinastía XVII, especialmente por Thutmosis III (1483-1448). Luego las dos cortes de Egipto y de Mitanni se aliaron, pues el faraón Thutmosis IV (1420-1405) se había casado con la hija del rey de Mitanni Artatâma I, y se distribuyeron la hegemonía del Levante, perteneciendo Palestina y la Siria central a los egipcios y el norte de Siria a los mitanios.

Mitanios y egipcios se vieron entonces amenazados por una tercera potencia, el imperio de Anatolia. Las excavaciones emprendidas en torno a la capital hitita, Hattus (Bogazköv), y en otras ciudades de Capadocia nos demuestran que la civilización hitita había alcanzado entonces su apogeo, aunque el carácter heterogéneo de sus elementos era discernible todavía: minorías indoeuropeas políticamente dominantes que habían impuesto su lengua al Estado,

pero junto a ellas poblaciones sometidas que conservaban sus hablas asiánicas; escritura cuneiforme aprendida de los mesopotámicos, pero a su lado jeroglíficos particulares hititas; arte bastante original y amplio, pero derivado en gran parte del arte súmero, como el propio arte hitita estaba destinado a influir en el asirio, etcétera. El rey hitita Suppililiumas (ca. 1388-1347) aprovechó el debilitamiento de los mitanios y las perturbaciones interiores de Egipto después de la muerte de Amenofis IV (1352) para establecer su señorío en Mitanni y en el norte de Siria. Su tercer sucesor, Muwatallu, y el faraón Ramsés II se disputaron la hegemonía sobre Siria en la gran batalla de Qadésh, cerca de Homs (1294). Cansado de luchar, Ramsés II firmó en 1278 la paz con el rey hitita siguiente, Hattusilis III, paz que dejaba el norte de Siria a los hititas y Palestina y Fenicia a los egipcios.

Es digno de notarse que en el sarcófago de un príncipe fenicio, Ahiram, rey de Gubla (Biglos, Djabail), que era contemporáneo y vasallo de Ramsés II, se ha encontrado la más antigua inscripción en caracteres fenicios clásicos. Los mercaderes y navegantes natos que eran los fenicios acababan, en efecto, de inventar (¿o de sacar de los jeroglíficos egipcios?), para las exigencias de sus negocios, ese instrumento simplificado que son los caracteres alfabéticos.

El imperio egipcio y el hitita fueron simultáneamente arruinados por nuevas invasiones e inmigraciones indoeuropeas que en buena parte eran obra de los aqueos, tribus protohelénicas, cuyo centro principal, como lo sostiene la tradición helénica, parece haber estado en Micenas y que se habían establecido ya en la costa meridional de Anatolia y en Chipre. Los aqueos y otros "pueblos del mar" atacaron al propio Egipto en las costas del Delta y fueron rechazados con mucho esfuerzo por los faraones Merneftah (1228) y Ramsés III (1192). Hacia 1183 (a menos que hubiera sido ya en 1390), los aqueos habían destruido la sexta ciudad de Troya, la Troya homérica. Hacia igual época de los tracofrigios, otra nación indoeuropea de Europa, atravesaron el Bósforo, destruyeron el imperio hitita de

Anatolia y se instalaron en su lugar en Frigia y Capadocia. Notemos que, como consecuencia de estas remociones de pueblos, se vio asentarse en Asia Anterior la edad del hierro, que ya se conocía excepcionalmente y como metal precioso, pero cuyo empleo se generalizó a partir de 1100 en esas regiones. Añadamos que, en medio del desorden que señaló en el Sinaí y la Siria meridional la caída del imperio egipcio bajo los golpes de los "pueblos del mar", una nación semítica, la de los israelitas, que llevaba vida nómada en los desiertos de la Arabia Pétrea, comenzó a establecerse en Palestina, donde adoptó la vida sedentaria y se diferenció de los demás semitas por su tendencia a un monoteísmo cada vez más neto. Finalmente, otros clanes de semitas nómadas, los arameos, ocuparon en el siglo IX una gran parte de Siria (Damasco, Hama) y comenzaron a infiltrarse por el sur en la región de Babilonia, donde su lengua, el arameo, terminaría por suplantar al acadio.

El imperio asirio

Tras la caída de la larga dominación kasita (1171), el reino de Babilonia, si bien étnicamente renovado por la infiltración del elemento arameo, no pudo recobrar la hegemonía en Mesopotamia. Esa función pasó a otro pueblo semítico, que por cierto participaba de la misma civilización, los asirios (región actual de Mósul). Herederos de la vieja cultura sumerobabilonia, los asirios del siglo XI a. C. se revelaron como el pueblo más belicoso del antiguo Oriente. Su fuerte monarquía militar estuvo a punto de realizar antes que los persas la unidad política de esas regiones.

El primer conquistador asirio, Teglatfalasar I (1116-1090), guerreó en Diyarbakïr y progresó hasta el Mediterráneo, pero después de él la expansión asiria se hizo más lenta. Durante ese entreacto, los israelitas, en Palestina, se organizaron en un reino (hacia 1044). Su segundo rey, David (1029-974), que tomó Jerusalén y la hizo su capital,

impuso su hegemonía en la Siria central. Él y su hijo Salomón (ca. 973-933) mantuvieron estrechas relaciones comerciales con los fenicios, particularmente con el rey de Tiro, Hiram I (980-936). Era, en efecto, la época de la gran expansión comercial colonial fenicia, mediante la instalación de factorías en Chipre, en Malta y sobre todo en el litoral de África del norte (fundación de Cartago a fines del siglo IX). En cuanto a los israelitas, su hegemonía en Siria no sobrevivió a la partición de su Estado en dos monarquías enemigas: el reino de Israel al norte, con capital en Samaria, y el de Judá al sur, con capital en Jerusalén (932).

Entretanto la monarquía asiria había reiniciado su marcha conquistadora. El rey de Asiria Assurnasirpal II (884-860) venció los babilonios, sometió el noroeste de Mesopotamia y penetró en la Siria septentrional. Su hijo Salmanasar III (859-824) guerreó en Siria central contra los arameos de Damasco y contra el reino de Israel. Teglatfalasar III (745-727) anexó a Damasco (732) y Babilonia (729). Sargón II (722-705), segundo de sus hijos, tomó a Samaria, capital del reino de Israel, y destruyó este Estado (722). Hacia el norte, luchó contra Urartu, reino asiánico situado en la Armenia meridional, cerca del lago de Van. Al noroeste, su soberanía se extendió hasta el Qïzïl-Irmak, al oeste del cual se extendía el reino de los mushki o frigios. Para eternizar su gloria, fundó al este de su capital, Nínive, el palacio de Dûr Sharrukîn (Jorsâbâd). Sennaquerib (705-861), hijo de Sargón, expulsó de Babilonia a un príncipe arameo que se había apoderado de ella. Assarhaddon (680-669), hijo de Sennaquerib, hizo dos expediciones a Egipto y sometió momentáneamente este país a su protectorado. Su hijo Assurbanipal (668-626) destruyó el reino de Elam (toma de Susa, ca. 640).

En la época de Assurbanipal, el imperio asirio había llegado a su apogeo. Su capital, Nínive, heredera de toda la civilización babilónica, se enorgullecía de poseer una biblioteca que contenía el tesoro de la antigua literatura sumeroacadia. También en el campo del arte Asiria con-

tinuó a Súmer y Akkad. Los bajos relieves de Nínive y Jorsâbâd dan prueba, en las escenas de guerra y de caza, de un notable vigor. El arte animalístico especialmente es de un potente realismo (la "Leona herida"). En el campo político, el ejército asirio se había convertido en el instrumento de guerra más perfecto que el mundo hubiera conocido aún. Desde el tiempo de Sargón II la caballería, arma nueva, se agregaba a los carros. Pero, a diferencia de los persas, sucesores suyos, los asirios no supieron gobernar sino por el terror (carnicerías sistemáticas, cautivos empalados o desollados vivos) y, a pesar de la riqueza de su civilización material, su civilización moral estaba en regresión respecto de sus predecesores los sumeroacadios.

El Imperio asirio se vio sacudido por nuevas invasiones de indoeuropeos nómadas: los cimerios, de raza tracofrigia, y los escitas, de raza irania, salidos unos y otros de las estepas de Rusia meridional, asolaron Asia Menor y Urartu y se derramaron luego hasta las fronteras asirias. Al amparo del desorden general, en Babilonia se produjo una nueva secesión bajo Nabopolasar (626-605). Finalmente, en Irán, la principal nación irania, la de los medos, se había constituido como reino unitario. El rey de los medos, Ciaxares (Uvakhshatra), y el rey de Babilonia, Nabopolasar, formaron una coalición contra la agotada Asiria y en 612 destruyeron a Nínive.



Medos, babilonios y lidios

Una vez destruido el imperio asirio, los vencedores se repartieron sus despojos. Los medos sometieron a la actual Armenia (donde los armenios históricos, de raza tracofrigia, estaban en vías de remplazar a los antiguos habitantes de Urartu); los babilonios ocuparon la Asiria propiamente dicha, la Mesopotamia occidental, Siria y Palestina. El rey de Babilonia Nabucodonosor II (605-562) destruyó el reino de Judá (toma de Jerusalén y "Cautividad de Babilonia", 586). Por su lado el rey de los medos, Ciaxares, sometió

la Anatolia oriental hasta el Halis, mientras el oeste de la península se formaba el reino de Lidia, cuya capital, Sardes, enriquecida por el comercio con el mundo griego, había llegado a ser, bajo la dinastía de los Mermnadas (687-546), una de las ciudades más opulentas de su tiempo.

El imperio persa aqueménida

En 549 los medos (habitantes del Irâq 'Adjamí actual, en la zona de Ecbátana, actual Hamadhán) fueron remplazados en la hegemonía del Irán por otro pueblo de la misma raza, los persas (habitantes del Fârs actual, región de Persépolis, cerca de Shîrâz). El rey de los persas, el aqueménida Ciro (Kurash) (549-529), a quien se debió esta revolución, añadió todavía a los dominios medopersas el reino de Lidia, cuyo monarca, el célebre Creso, fue tomado prisionero (546), y el reino de Babilonia, conquistado en 539. Al este, sometió todo el Irán oriental. Su hijo Cambises (Kambudjiya) (529-521) conquistó Egipto (525). El imperio persa, extendido de este modo a toda el Asia Anterior, quedaba constituido en sus límites históricos. El tercer Gran Rey aqueménida, Darío (Dariyawaush) I, fue su organizador (521-486). Dividió el inmenso imperio en veinte satrapías con administración ordenada y equitativa, con finanzas regulares, y un régimen liberal y relativamente tolerante para los diversos pueblos sometidos, para sus religiones y culturas propias, infinitamente más humano que el duro régimen asirio. La *Paz Aqueménida* aseguró al antiguo Oriente, desde el Indo hasta el Bósforo, desde el Yaxartes (Sir-darya) hasta la frontera meridional de Egipto, dos siglos de una tranquilidad que el mundo no había conocido jamás (539-330). Los fracasos de Darío y luego de su hijo Jerjes (Kshayarsha) (485-464) en sus tentativas contra Grecia (Maratón, 490; Salamina, 480) no quebrantaron esta prosperidad. Las capitales aqueménidas, Persépolis y Susa, atestiguan, por lo demás, la riqueza de la civilización persa, con un arte que se muestra, especial-



mente en la escultura, heredero de las mejores tradiciones asiriobabilónicas. Ese arte asirio aligerado, con una difusa adición de influencia helénica, será trasmitido por la Persia aqueménida (en parte póstumamente) a la India.

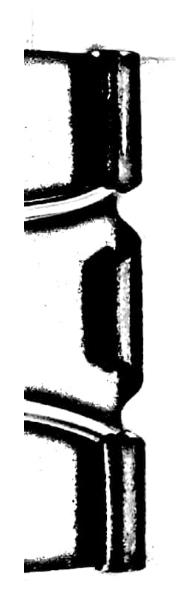
La religión irania primitiva se asentaba en una mitología muy semejante a la mitología hindú de la época de los *Veda* (ver pág. 27). Un reformador llamado Zoroastro (Zarathushtra), que la cronología tradicional sitúa aproximadamente en la época meda (siglos VII y VI), la depuró. La doctrina de Zarathushtra, contenida en los libros sagrados del *Avesta,* enseña un dualismo espiritualista que se apoya en la lucha de un dios bueno Ormuzd (Ahura Mazdâh), y un genio del mal, Ahrimán (Angra Mainyu). No parece que la reforma zoroástrica fuera adoptada oficialmente por el Estado persa en la época aqueménida.



CAPÍTULO III

LA INDIA Y LA CHINA ARCAICAS

LA INDIA Y LA OCUPACIÓN ARIA

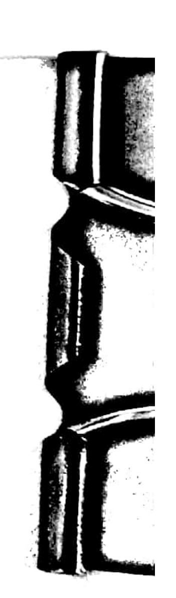


En la localidad de Harappâ, del Pandjâb, y en la de Mohandjo-daro, del Sind, en el noroeste de la India, se comenzó a descubrir en 1921 una poderosa civilización urbana protohistórica de carácter eneolítico, cuyos sincronismos comprobados con Mesopotamia permiten colocar su apogeo entre 2800 y 2500 a. C. Esta civilización parece, en efecto, ligarse por el Baluchistán con la de Susiana y la del mundo súmero. Se han hallado de ella sellos con una escritura pictográfica particular y con imágenes de animales indígenas que recuerdan por su naturalismo al arte súmeroacadio.

Hacia el siglo XIII a. C., el noroeste de la India (Pandjâb) fue invadido por los indoeuropeos, más específicamente por su rama oriental, los *ârya* o indoiranios. Los indos, que avanzaron, pues, del Irán a la India, eran por tal razón hermanos de los iranios (medos, persas, etc.), que habían permanecido en el Irán. Su lengua más arcaica, el *sánscrito védico,* se conservaba muy cercana a las antiguas lenguas iranias: el "antiguo persa" de las inscripciones aqueménidas y el avéstico de los textos zoroástricos. En esa lengua se fijaron oralmente (entre 1500 y 1000 a. C. ?) las compilaciones sagradas de los *Veda,* "la Biblia de la

India", los cuales están compuestos por himnos, a menudo de amplia poesía, y por fórmulas rituales para el sacrificio. Los dioses del panteón védico —Indra; Váruṇa; Sûrya, el sol, Ushas, la aurora; Agni, el fuego; Rudra, el huracán— eran en su mayor parte divinidades atmosféricas de carácter más bien fluctuante.

Los *ârya* conquistaron primeramente la cuenca del Indo, luego la del Ganges y finalmente el norte del Dekkan, y se impusieron a poblaciones morenas que pertenecían a dos grupos lingüísticos diferentes: los *munda* y los *drávidas*. Los munda quedaron relegados en algunos distritos salvajes de la India oriental. Los drávidas, por lo contrario, conservaron todo el sur del Dekkan. Pero, si bien mantuvieron sus dialectos, adoptaron más adelante las religiones e instituciones de los *ârya*. De las condiciones políticas en que se efectuaron la conquista y la penetración arias y de las guerras entre las tribus arias, se buscaría vanamente el eco auténtico en las enormes epopeyas sánscritas, el *Mahâbhárata* y el *Râmáyana*, que no deben de remontarse sino a las cercanías de nuestra era (entre los siglos IV a. C. y IV d. C.).



Brahmanismo y budismo

Hacia la época en que los *ârya* se establecieron en la cuenca del Ganges, su religión se modificó. El vedismo se transformó en brahmanismo. La clase sacerdotal de los brahmanes [*bráhmana*], que se había reservado el monopolio de los sacrificios védicos, se sobrepuso, por lo menos en dignidad, a la clase de los guerreros (*kshátriya*) y a la de los agricultores (*vaiçya*), clases a su vez superiores a la clase inferior de los *çûdra*, a la cual quedaron en principio relegadas las poblaciones vencidas. Así se fue creando progresivamente el sistema de las castas, destinado por una parte a salvaguardar la pureza de la sangre *ârya* amenazada por el mestizaje con los aborígenes, y por otra a preservar los privilegios sociales de la casta sacerdotal. Des-

de el punto de vista filosófico, los brahmanes de la época postvédica (literatura de los *Bráhmana* y de las *Upánishad*, entre 800 y 500) concibieron un absoluto cósmico, el *Brahman*, pronto identificado con el yo profundo del hombre (*Âtman*), el cual se resuelve finalmente así en el *Brahman-Âtman*, es decir el Sí-Mismo universal, alma de las almas y de los mundos. La ascesis brahmánica derivó de estos principios. Para restituirse a la divinidad, a la esencia cósmica, en el fondo de sus corazones, los sabios, renunciando al mundo, se retiraban a ermitas en la selva para llevar una vida contemplativa, es decir una existencia de *yogin*.

Junto a este monismo espiritualista que representa la doctrina esotérica del brahmanismo, los brahmanes supieron adaptar las religiones populares. Éstas se agrupaban en dos obediencias: sectas çivaítas y sectas vishnuitas. En las primeras el dios Çiva, y en las segundas el dios Vishnu (con el cual se relacionó a título de *avatâra* el semidiós Krishna) eran divinidades personales, objeto de pietismo para las muchedumbres y dotadas de rica leyenda (manifestaciones benévolas o feroces de Çiva, y *avatâras*, es decir "encarnaciones", de Vishnu). Bajo la influencia de la teología brahmánica, los respectivos fieles los identificaron a ambos con el Dios total o *Brahman*. El monismo filosófico de los brahmanes pudo así concordar con el politeísmo pululante de las muchedumbres. Se ha dado el nombre de hinduismo a este conjunto de altas especulaciones metafísicas y de devociones populares muy a menudo extrañas y primitivas.

Añadamos a este esquema el dogma de la metempsicosis o trasmigración de las almas (*samsâra*), aceptada universalmente por las diversas sectas indias sin excepción. Este dogma determina la orientación de todas las escuelas filosófico-religiosas. La teología brahmánica oficial (las *Upánishad* y, más tarde, el *Vedânta*) no tuvo otro objeto que librar al alma de la transmigración identificándola con el Absoluto. En cuanto al budismo, éste buscaría otra salida por la obtención pura y simple de la extinción (*nirvâna*) de la personalidad transmigrante.

Contra el brahmanismo filosófico y contra el hinduis-

mo popular reaccionaron, efectivamente, dos religiones disidentes: el djainismo y el budismo. El primero, cuya fundación se atribuye tradicionalmente al Mahâvîra (ca. 540-468), es una ascesis fundada en una especie de monadología y está destinada a liberar al alma individual del mundo de la transmigración. El budismo es menos simple. Su fundador, el Buddha Çakyamuni (ca. 563-483), era un joven noble de la región nepalesa, que había renunciado al mundo para dedicarse a la vida eremítica. Tras prolongadas maceraciones, comprendió la inutilidad de éstas y, bajo el Árbol de la *Bodhi*, en Gayâ, al sur de Patna, alcanzó la "iluminación", y pudo discernir la vía de la salvación para todos los seres: el mundo era sólo un torrente de impermanencia que se resolvía en dolor. Para liberarse de él, para escapar del eterno círculo de renacimientos, del mundo de la transmigración (*samsâra*), importaba ante todo extinguir la "sed del yo" que provoca los renacimientos, extinguir el yo, extinción que es propiamente el *nirvâna*. El Buddha predicaba con tal fin la lucha contra las pasiones, la inmolación del individuo a todos los seres, la caridad universal hacia las criaturas, sean hombres o animales. Su doctrina, metafísicamente negativa, concluía, en la práctica, en una moral de entero renunciamiento, de caridad, de castidad y de dulzura, o, como dicen los hindúes, en la no-violencia (*ahimsâ*). Ésta fue, cronológicamente, la primera de las religiones universales.

La Iglesia (*Sangha*) búdica estuvo esencialmente constituida por una comunidad de monjes (*bhikshu, çrámana*) reunidos en monasterios (*vihâra*) en torno a los cuales se agrupaban órdenes terceras de laicos piadosos. El budismo fue predicado, en vida de su fundador, en el Mágadha (Bihâr meridional), en Benares y en el Audh, de donde habría de expandirse progresivamente por el resto de la India.

Puede notarse particularmente el elemento de poesía, de ternura franciscana, que significaron para el arte las leyendas sobre las vidas anteriores (*djátaka*) del Buddha en el curso de sus preencarnaciones sucesivas bajo diversas formas humanas o animales: el rey de los ciervos que se

inmola por su manada, la liebre que se arroja al fuego para nutrir a un brahmán hambriento, el rey de los elefantes que ofrece sus colmillos al matador, etcétera.

Los orígenes chinos

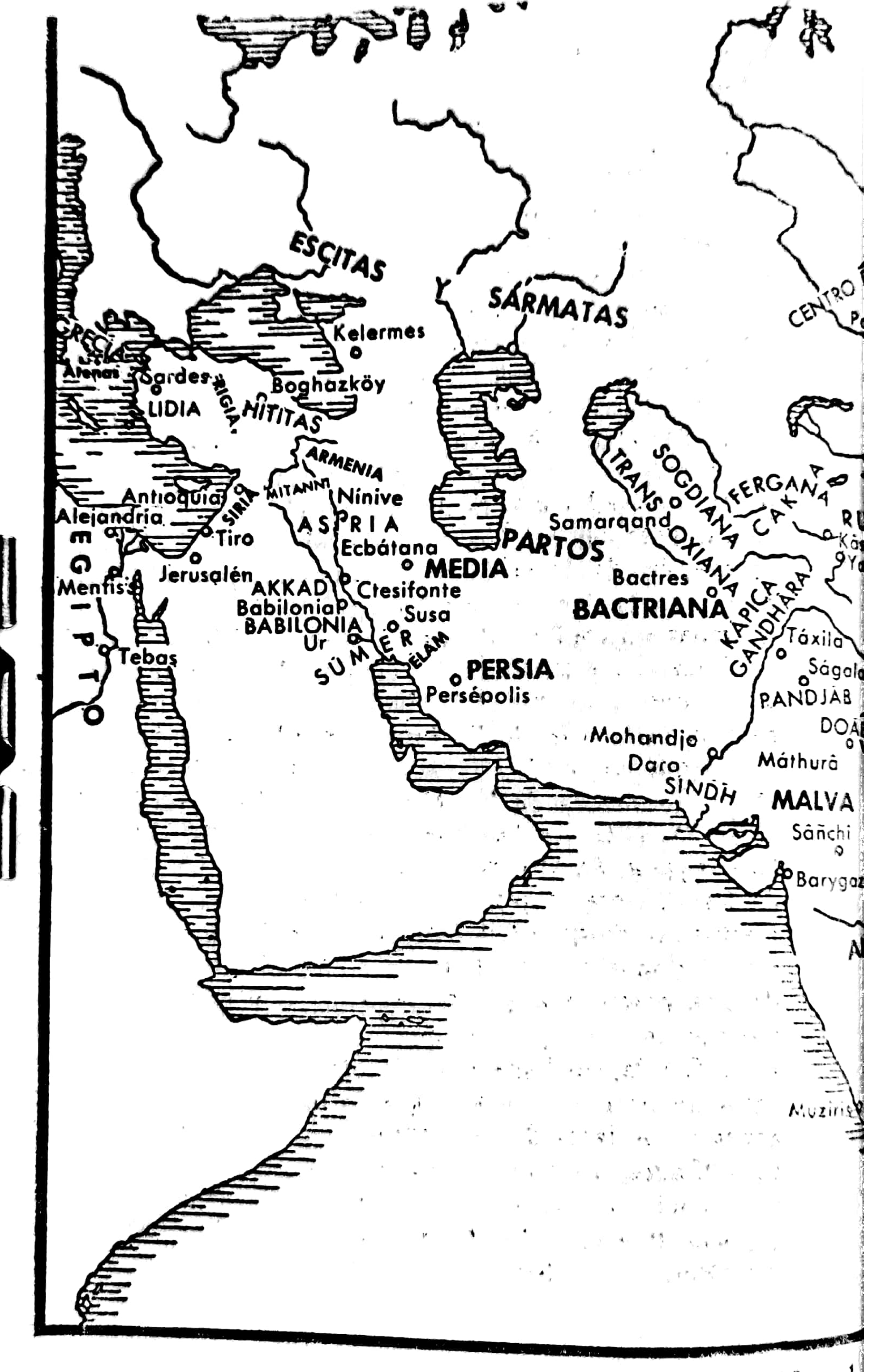
El hombre es muy antiguo en China. En 1929 se descubrieron en Chou-k'ou-tien, cerca de Pekín, los huesos del *Sinanthropus Pekinensis,* intermediario, según parece, entre el pitecantropo y el hombre cuaternario propiamente dicho. El nivel en que reposa el *Sinanthropus* nos muestra que es anterior al depósito de la enorme masa de loes eólico —la "tierra amarilla"— acumulada desde el cuaternario en la mayor parte de la China del norte. Las culturas sucesivas del paleolítico ulterior, enterradas en diversas capas de loes, figuran igualmente en la misma región; luego viene el neolítico, posterior a la constitución del loes.

En cuanto a los chinos propiamente dichos (que podemos entrever ya en la protohistoria), parece que debe buscarse su patria en la "Gran Llanura" de loes y aluviones que se extiende por la cuenca inferior del río Amarillo, desde el Ho-nan hasta el Ho-pei. Lejos de haber llegado por migración del oeste, como en algún momento se supuso, se presentan como autóctonos, vinculados étnica y lingüísticamente con los grupos vecinos: según diversos estudios, el idioma chino estaría emparentado con el thai (siamés, etc.) y, más lejanamente, con las lenguas tibetobirmanas. Los protochinos se diferenciaron de las poblaciones congéneres, que se conservaron "bárbaras", adoptando la vida sedentaria de los agricultores en esa tierra predestinada que es la Gran Llanura. Desde la Gran Llanura, o más precisamente desde la región maravillosamente fértil que circunda al actual K'ai-fung, la civilización agrícola, que es propiamente la civilización china, debió de ocupar lentamente toda la China del norte, avanzando hacia las tierras todavía pantanosas de Ho-pei y las terrazas de loes del Shan-si en el norte, hacia las gargantas del Shen-si

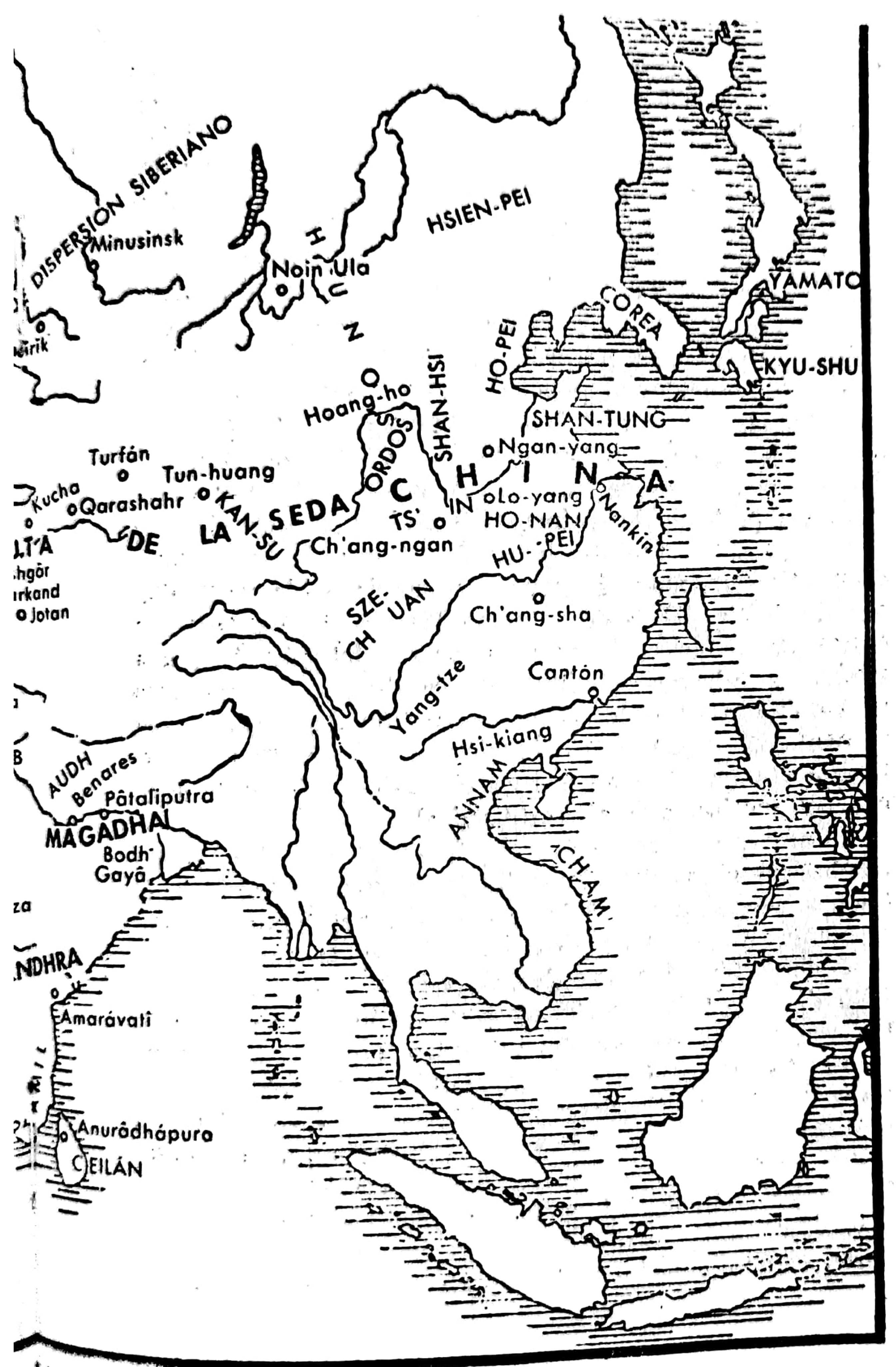
al oeste, y hacia las selvas del Huai-ho y del bajo Yang-tseh al sur.

Sobre este período primitivo la tradición china no ha conservado sino leyendas, tales como las relacionadas con los "Tres Soberanos" y con los "Cinco Emperadores", personajes míticos a quienes se atribuyen la invención de las siembras y del laboreo, el desecamiento de los pantanos, el embalse de los ríos y el desmonte de los bosques. Descubrimientos arqueológicos recientes (a partir de 1925) han puesto de manifiesto en las provincias de Ho-nan y Kan-su una hermosa cerámica neolítica pintada y decorada con espirales, localizada principalmente en Yang-shao (Ho-nan) y en Pan-shan (Kan-su). Esta cerámica, que parecería datar más o menos de 1700-1500 a. C., no presenta sino pocas afinidades con la decoración china de la época histórica, pero en cambio muestra curiosas analogías con la decoración de Ucrania y de Rumania protohistóricas, y hasta con la decoración egea y micénica, lo que ha hecho imaginar un traslado de los temas desde el Mar Negro hasta el Kan-su a través de las estepas. En cuanto al bronce, se supone que fue introducido en China hacia 1400 bajo la influencia de los broncistas siberianos.

Según la tradición, las dos primeras dinastías reales chinas fueron la de los Hsia (fechas tradicionales, 1989-1558 ?) y la de los Shang o Yin (1558-1050 ?). En Ngang-yang, en el norte de Ho-nan, se ha descubierto una de las primeras capitales de los Shang. Las excavaciones efectuadas desde 1928 han sacado a luz grandes tumbas regias, donde se han hallado admirables bronces rituales, de una potencia arquitectural y un esplendor inigualados, que nos enseñan que en aquellas lejanas épocas (siglos XIV-XII a. C.) la tipología y la decoración tradicionales de los vasos de bronce chinos, con su ritmo de líneas y de dragones y sus faces de monstruos (*t'ao-t'ie*) tan sólidamente equilibrados, ya estaban entonces configuradas en sus rasgos esenciales. Los vasos de bronce de las épocas siguientes (épocas llamadas Yin-Chou, siglo XII; Chou Medio, IX-VIII; Reinos Combatientes, VI-III) no significarán sino una


ESCITAS
Y
SÁRMATAS
CENTRO
GRECIA
Atenas
Sardes
FRIGIA
Kelermes
Boghazköy
LIDIA
HITITAS
ARMENIA
MITANNI
Nínive
Antioquía
SIRIA
Alejandría
ASIRIA
Tiro
EGIPTO
Jerusalén
Menfis
Ecbátana
MEDIA
PARTOS
AKKAD
Ctesifonte
Babilonia
BABILONIA
Susa
Ur
SÚMER
ELAM
Tebas
PERSIA
Persépolis
TRANSOXIANA
SOGDIANA
FERGANA
Samarqand
ÇAKA
Bactres
BACTRIANA
KAPICA
GANDHÁRA
Táxila
PANDJAB
Mohandjo Daro
SINDH
Máthurâ
MALVA
Sâñchi
Barygaz
Muziris

Mapa 1.



. Asia en la antigüedad.

evolución de aquellos grandes temas originales, creados de una vez para siempre en la protohistoria. En Ngan-yang se han hallado igualmente inscripciones con caracteres chinos muy arcaicos, todavía cerca de los pictogramas, es decir del dibujo figurativo, del cual surgen los caracteres como una esquematización cada vez más abstracta.

La dinastía Shang fue derribada (hacia 1050 a. C. ?) por una casa vasalla, la de los Chou, cuyo feudo estaba situado en el Shen-si, pero que en 770 trasladó su residencia a Ho-nan. A partir de esta última fecha, los Chou se vieron reducidos al papel de reyes ociosos, mientras el territorio chino —es decir, en esta época, la China del norte hasta el Yang-tseh— estaba repartido y disputado por una decena de principados feudales. A partir de 335-320 a. C.. la mayor parte de los príncipes feudales tomaron el título de rey (*wang*). Ésa fue la terrible época de los *"Reinos Combatientes"*, marcada por matanzas de poblaciones, dignas de Asiria. Durante estas guerras, a las unidades de carros de combate se sumó, a partir del año 300, una verdadera caballería, imitada de los hunos, lo que trajo un cambio en el traje chino (sustitución de la túnica por el pantalón) y quizá la adopción de ciertos motivos artísticos (broches y planchas en el equipo y las guarniciones, con motivos animales estilizados).



Entre 230 y 221 a. C., el jefe de uno de los "reinos combatientes", el rey de Ts'in, país que corresponde al Shen-si actual, destruyó los demás Estados feudales. Con el nombre imperial de Ts'in Sheh-Huang-ti, fundó el imperio chino histórico, que duraría veintiún siglos (221 a. C. 1912 d. C.). El "César chino", como se lo ha llamado, unificó, en efecto, después del territorio, también las instituciones; extirpó el feudalismo y estableció un gobierno centralizado que habría de sobrevivir a todos los cambios dinásticos. Unificó asimismo la escritura, reforma inapreciable en razón de las diferencias dialectales, a través de las cuales la identidad de los caracteres chinos constituye a veces el único medio de mutua comprensión. Por otra parte, el dominio chino en 221 apenas sobrepasaba al sur

el curso del Yang-tsch. Ts'ín Sheh-Huang-ti añadió la mayor parte de la actual China meridional, comprendida la región cantonesa, países alógenos cuya sinización comenzó él. Al morir (210 a. C.) el gran emperador Huang-ti había constituido para siempre la China, que desde entonces recibió este nombre, derivado del de su dinastía, Ts'in [o Ch'in].

Pero ya aparecía en las fronteras del norte la amenaza de los hunos. Los hunos (*hiung-nu*), antepasados de los turcos y los mongoles, eran tribus de pastores nómadas que se habían mantenido muy salvajes y que deambulaban con sus rebaños por las inmensas estepas de la Mongolia. Sus condiciones de vida, con un clima riguroso, en una tierra ingrata, donde, cuando la hierba escaseaba, la muerte del rebaño acarreaba el hambre para la horda, les hacían mirar con codicia las riquezas del mundo chino. Eran arqueros de a caballo, de una movilidad desconcertante; irrumpían en países sedentarios, en el *limes* de Shan-si o de Ho-pei, saqueaban y desaparecían antes que la alarma reuniera a los defensores. Para terminar con sus correrías, Ts'in Sheh-Huang-ti, a partir de 215, hizo reunir en una línea continua las fortalezas levantadas en la frontera septentrional por sus predecesores: ésta fue la *Gran Muralla* de China que, al fin de cuentas, nunca detuvo durablemente las invasiones. Recordamos nuevamente, con este motivo, la influencia que pudo ejercer en la evolución del arte chino, el de los hunos, arte de motivos animales estilizados (animales trabados en combate), que se utilizaban sobre todo en los broches y las planchas de los equipos militares de metal; arte, por lo demás, común a todos los nómadas de la estepa, desde los escitas de la Rusia meridional hasta los hunos de la Alta Mongolia o de Ordos. Es posible, efectivamente, que este "arte de las estepas" influyera en el estilo de los bronces chinos de la época de los Reinos Combatientes y de los Ts'in.

Los recientes descubrimientos hechos en Pasirik (en el Altai ruso, tumbas del año 100 a. C.) y en Noin Ula, cerca de Urga (Mongolia Exterior, tumba de aproximadamente los comienzos de nuestra era) nos permiten seguir la difu-

sión del arte animalístico estilizado de las estepas, desde la Rusia meridional hasta Ordos y la Muralla China.

El pensamiento chino

Durante el período feudal que precedió al advenimiento del emperador Ts'in, y particularmente durante la terrible época de los Reinos Combatientes, quedó constituido el pensamiento chino.

El pensamiento chino antiguo está dominado por el sentimiento de la solidaridad entre el orden humano y el de la naturaleza, sentimiento cuyo origen debe buscarse en el ritmo de la vida campesina, ligado al ritmo de las estaciones. En la cima, el Señor de lo Alto, el Augusto Cielo (*Huang-t'ien, Shang-ti*), regulador del orden natural; el rey es su colaborador humano y, a título de tal, regla los trabajos de la agricultura (fijación del calendario, laboreo de la primavera, etcétera). Los cultos primitivos son cultos agrarios destinados a asegurar la concordancia de la tierra con el cielo, indispensable para esta sociedad agrícola. En las diversas fechas del ciclo estacional, el culto de los antepasados continúa asociando a los muertos con las labores de los vivientes por medio de los sacrificios a las "tablillas" de los antepasados, sacrificios necesarios para la nutrición de los manes (en este caso para nutrir al *huan* o alma superior del muerto, pues su alma inferior, el *p'o,* ha seguido al cadáver). El orden humano y el orden cósmico, de tal modo, fueron concebidos como imagen el uno del otro. Su concordancia se garantizó por el cumplimiento minucioso de los ritos, que adquirieron por tal razón alcance cívico, y en el individuo un alcance moral que encontraremos, durante la época histórica, en el confucianismo de los letrados.

Estas mismas preocupaciones agrícolas y estacionales determinaron la división de las cosas entre dos principios alternantes, el *yin* y el *yan*, que se apoyan en el ritmo periódico de la claustración invernal y las labores domésticas femeninas por una parte, y por otra de la buena estación

y las labores masculinas en los campos. El *yin* representa en este sentido la humedad, la sombra, el frío, la retracción y también el principio femenino; el *yang* significa el calor, el sol, la actividad, la expansión y también el principio masculino. La acción alternativa de estos dos principios y sus mutaciones explican tanto el ciclo de la naturaleza como el humano. Como clave de bóveda, el pensamiento chino coloca la noción de *Tao,* literalmente "la vía", que es, más exactamente, el orden superior que une el *yin* y el *yang,* la ley misma de su solidaridad, de su interdependencia y de su encadenamiento infinito.

En medio de este conjunto de concepciones se formó el pensamiento de K'ung Fu-tseh, nuestro Confucio (ca. 551-479). Él también cree en un orden superior con el cual el hombre debe colaborar contribuyendo al orden social por medio del perfeccionamiento de su propia conducta. La moral confuciana es, pues, una moral social, enteramente dedicada al orden y la armonía dentro del Estado. Es un civismo que está en comunión con el orden cósmico. Por eso atribuye tanta importancia a los ritos, que manifiestan nuestra buena voluntad de colaboración con las leyes de la naturaleza. Añadamos que la moral de Confucio está ennoblecida por el acento que pone en la práctica del *jen,* es decir el altruismo, sentimiento de humanidad que, aun cuando se cristalice en fórmulas que durante el clasicismo ulterior lo transformarán en un simple humanismo, no por eso dejará de constituir el ideal de una sociedad pulida, refinada y pacífica. Lugar aparte merece el filósofo Mo-tseh (ca. 450-400), que profundizó esa bella noción del *jen* y predicó el amor universal, así como el teísmo. Y también Meng-tseh, nuestro Mencio (ca. 372-289), que dio amplitud a la cordura confuciana del "justo medio".

Muy diferente es el taoísmo o filosofía del *Tao.* El *Tao,* como se ha visto, es el principio superior del *yin* y el *yang,* que en él encuentran su unidad al mismo tiempo que su impulso; el Uno que, provocando la alternación infinita de ambos principios, se afirma como el motor del cosmos, el "continuo cósmico" en que se concilian los con-

trarios, en que comulgan todos los seres y en que el taoísta, emancipado del tiempo y del espacio y de su propio yo, se identifica con el resto del universo y, de este modo, lo domina. Tal monismo místico ha sido atribuido a Lao-tseh, personaje legendario que habría sido contemporáneo de Confucio (?). Más histórico es Chuang-tseh († ca. 320 a. C.), que nos ha dejado admirables meditaciones metafísicas de inigualada elevación y amplitud. Es lamentable que el taoísmo recayera más adelante y con demasiada frecuencia en la alquimia y la taumaturgia que le dieron origen.



Capítulo IV

EL ORIENTE GRECORROMANO, LA INDIA GRECOBÚDICA Y LA CHINA DE LOS HAN

La helenización del Cercano Oriente
Conquista macedónica y dominación romana

Al dominar Asia Anterior, los persas aqueménidas (529-330) la habían unificado. Irán, Mesopotamia, Asia Menor, Siria y Egipto no formaban ya, como se ha visto (pág. 22), sino un inmenso imperio en que las razas y las religiones convivían pacíficamente bajo la tutela de los iranios. Pero los griegos no habían olvidado la invasión persa o, como ellos decían, las "guerras médicas". En 334 el rey de Macedonia Alejandro Magno, obrando como representante del mundo griego, emprendió la conquista del imperio persa. Conquista rápida. La victoria del Granico (334) le valió Asia Menor; la de Isos (333), Siria y Egipto; la de Arbelas (331), el Irán. Pero en el curso de su triunfal expedición se modificó su punto de vista. Al principio no actuaba sino como heleno, vengador de las guerras médicas. Luego su horizonte se amplió. Sin duda continuó jalonando de colonias griegas sus nuevas posesiones, desde Alejandría de Egipto hasta Alejandría-Herât y Alejandría-Qandahâr, en Afganistán, y Alejandría-Jodjen

en Turkestán. Pero al mismo tiempo se situaba como sucesor de los "grandes reyes" aqueménidas y pretendía asociar la raza irania con la griega en la dominación del Oriente.

Su muerte prematura (323) detuvo este grandioso plan. Los herederos suyos que recibieron en el reparto Siria e Irán, los seléucidas (312-84 a. C.), continuaron por lo menos su obra de helenización (fundación de Antioquía en Siria y de Seleucia en Babilonia). Pero se vieron batidos en brecha a partir de 250 por la revuelta de los partos (Jurasán actual), tribu irania del Irán oriental. El seléucida Antíoco III (223-187) estuvo a punto de terminar con estas disidencias, pero su obra en esta parte fue arruinada por la derrota que en el otro extremo de su imperio le infirieron los romanos (189). Los reyes partos (dinastía de los Arsácidas) no tardaron en arrebatar a los sucesores de aquél (140-129) no solamente el resto de Irán sino también la región de Babilonia, donde asentaron su capital en Ctesifonte. El imperio de Irán, que Alejandro había destruido, se halló, pues, restaurado, aunque entre límites más reducidos, ya que, a diferencia de los Grandes Reyes aqueménidas, los reyes partos arsácidas no pasaron hacia el oeste la frontera del Eufrates. Añadamos que hasta su caída, en el año 224 de nuestra era, continuaron manifestando, por lo menos superficialmente, cierto filohelenismo.

Durante este tiempo, la mejor porción de Asia Menor (el reino helenístico de Pérgamo) en el 133, luego Siria (después de la extinción de los seléucidas) en el 64 a. C., fueron anexadas por los romanos. En el noroeste de Anatolia, en el antiguo reino del Ponto, un dinasta local de cepa irania, Mitrídates Éupator (121-63), trató en vano de rechazar a los romanos. Su muerte les permitió anexar el resto de Asia Menor. Es verdad que, cuando los romanos quisieron pasar el Eufrates y conquistar Mesopotamia, fueron detenidos por los partos (desastre de Carras, 53 a. C.). Asia Anterior quedó distribuida entre los partos y los romanos, con el Eufrates, en principio, por frontera y

el protectorado de Armenia disputado entre los dos imperios. Las excavaciones recientes de Dura-Europos nos han mostrado lo que era la vida de guarnición en una de las plazas de este *limes*.

En las comarcas helenísticas que habían pasado a su poder, los romanos se comportaron como defensores del helenismo y continuadores fieles de la obra de Alejandro. El Imperio romano, en esta parte del mundo, fue en realidad un imperio griego. Precisamente bajo la dominación romana y gracias a la fuerza y la paz romanas, el helenismo concluyó de imponerse en el Cercano Oriente. El más grande de los emperadores romanos, Trajano, emprendió la conquista del imperio parto y entró como vencedor en la capital parta, Ctesifonte (116 de nuestra era), pero la muerte cortó sus proyectos. Fracaso lamentable que impidió al mundo grecorromano comunicarse directamente, más allá del obstáculo parto, con el mundo indo y el chino, y al sincretismo alejandrino, en particular, entrar en contacto con el pensamiento búdico.

En conjunto, el resultado durable de la dominación romana en Asia fue la helenización definitiva de Asia Menor: se conservaron como tierras griegas el este y el centro de Asia Menor (Capadocia, Frigia, etc.), hasta 1081 de nuestra era; y el oeste de la península (Bitinia, Lidia, etc.), hasta el siglo XIV, en la época de los Valois. Por lo contrario, en tierras semíticas (Siria, Palestina, etc.) la helenización fue mucho más superficial. Ya el rey seléucida Antioco IV Epífanes (175-164), que quiso obligar a los judíos a helenizarse, había fracasado. Como él, los romanos tuvieron que afrontar violentas revueltas judías que debieron reducir por las armas (toma de Jerusalén por Tito, 70 de nuestra era). En Siria, bastó un eclipse del Imperio romano, tras la captura del emperador Valeriano por los persas (260 de nuestra era, ver pág. 53) para que se improvisara una efímera dominación indígena, romanizada en la superficie y árabe en el fondo, con dos príncipes de Palmira, Odenato y Cenobia (260-272). Finalmente, cuando Siria y Mesopotamia romanas hubieron adoptado el cris-

tianismo, aprovecharon a partir del siglo v la propagación de las herejías nestoriana y monofisita para darse iglesias particulares, de cultura y lengua sirias, gracias a lo cual el pensamiento y la literatura locales escaparon al helenismo. Esta deshelenización, esta reaparición del viejo fondo semítico en la superficie, anuncia ya entonces la onda de fondo musulmán que en el siglo VII acabará de destruir en Siria la obra de Alejandro y los romanos.

La India grecobúdica

Alejandro Magno, después de conquistar el imperio persa, había sometido (326 a. C.) el noroeste de la India (Pandjâb y Sind actuales). Pero su paso había sido demasiado rápido para dejar huellas. Después de su partida (325), un jefe indio, Chandragupta (el Sandrocottos de los historiadores griegos), quizá inspirado por su ejemplo, fundó un gran imperio indio, el *imperio Maurya,* que tuvo por capital Pâtaliputra (Patna) en el Mágadha (Bihâr meridional) y abarcó la cuenca del Ganges y la del Indo; en una palabra, todo el norte de la India. Después de Chandragupta (321-297), su hijo Bindusâra (alrededor de 296-274) y luego su nieto Açoka, añadieron además al imperio Maurya una parte del Dekkan. Fue éste el primer imperio panindio conocido en la historia. Su tercer soberano, Açoka [o Asoka], se convirtió al budismo. Hizo grabar en todas las provincias de su inmenso dominio edictos rupestres para predicar a sus pueblos la moral de universal caridad del Buddha. Es muy posible que se deba a su proselitismo la conversión a la fe búdica de la isla de Ceilán, por una parte, y por la otra la del valle del bajo Kábul, el antiguo Gandhâra (Peshávar), acontecimientos de consecuencias capitales para la difusión del budismo en Asia.

En esta época y en la siguiente, es decir, en los tres últimos siglos antes de Cristo, el arte índico da su primera floración conocida, con los relieves esculpidos de los pór-

ticos búdicos de Bárhut y de Sânchî. Especialmente en los relieves de Sânchî (siglo I a. C.), el sentimiento búdico hacia nuestro hermanos los animales inspira, en las representaciones de elefantes, búfalos y antílopes, escenas de un realismo delicado y tierno. En los desnudos se halla el propio realismo tropical de la India eterna.

Entretanto, después de Açoka, el imperio indio había decaído. Los griegos se aprovecharon de ello para reaparecer.

Bactriana (región de Balj, norte de Afganistán actual), sometida antaño por Alejandro Magno, después de él había formado parte del imperio seléucida. Hacia 250 a. C., el gobernador griego del país, Diodoto I, se declaró independiente. Así se fundó el reino griego de Bactriana, destinado a perpetuar por dos siglos aún el helenismo en el Irán oriental. Uno de los sucesores de Diodoto, el rey de Bactriana Demetrio (ca. 189-166), sometió el valle del Kábul (región de Kábul, entonces llamada Kápiça, y región de Peshávar, entonces llamada Gandhâra), luego penetró en la India y, con su lugarteniente Menandro, conquistó la cuenca del Indo (Pandjâb y Sind). Después, Menandro formó con el Pandjâb un reino particular (ca. 166-145). Menandro mostró viva simpatía por el budismo: se lo ve discutir problemas filosóficos con los monjes y encargar relicarios. En efecto, en las cortes de estos reyes indogriegos de Kábul y Pandjâb se produce la curiosa asociación de budismo y helenismo que poco después dará nacimiento al arte *grecobúdico,* destinado a renovar enteramente las artes del Asia central y oriental.

La dominación de los griegos en esas regiones fue derribada por invasiones de escitas, es decir de nómadas indoeuropeos pertenecientes a la raza irania o a ramas vecinas, que bajaban de la Alta Asia. Así fue como los *çaka* llegados de los T'ien-shan, y los *jüe-che* procedentes de Kan-su, arrebataron a los griegos Bactriana (ca. 130 a. C.) y el valle de Kábul y Pandjâb (entre 70 y 30 a. C.). Pero era tan profunda la helenización de esos países, que se impuso hasta cierto punto a los recién llegados. Tal

fue el caso de la dinastía "indoescita" de los *Kushâna,* que reinó durante los dos primeros siglos de nuestra era en Kábul y en Pandjâb, teniendo su centro alrededor de Peshâvar. Los reyes Kushâna nos han dejado bellas monedas con leyenda griega, varias de las cuales tienen la imagen del Buddha. El más grande entre ellos, Kanishka (78-110, ó mejor 144-172), fue un protector celoso de los monjes budistas. Quizá en su época vivió el delicioso poeta budista Açvagosha.

Hasta entonces los escultores indos no habían osado jamás representar la imagen del Buddha (como los musulmanes no representan la de Alláh o la de Mahoma). Aun en las escenas de su vida, se remplazaba su imagen por símbolos convencionales. Los griegos, con su iconolatría radical, experimentaron la necesidad de representarlo verdaderamente. Se inspiraron para ello en el tipo de Apolo. El "primer Buddha" así modelado, en las cercanías de nuestra era, en la región de Kábul o de Peshávar, fue un puro Apolo al que se le añadieron solamente características rituales: el punto saliente o *urnâ* entre los ojos y el rodete de pelo (en vez de turbante), que pronto se convirtió en una protuberancia craneana. Son esos Buddhas apolíneos de perfil puramente griego que se han hallado por centenares en las excavaciones practicadas en la antigua Gandhâra (Peshávar) y, más al oeste, en Hadda (estas últimas abundantemente representadas en el Museo Guimet). Y es el mismo tipo de Buddha griego que se transmitirá de vecindad en vecindad a través de toda la India hasta Camboya y Java, y a través de Asia Central hasta China y el Japón, dando origen a los innumerables Buddhas del Extremo Oriente. Ese Buddha evolucionará y se adaptará a los tipos étnicos indio, khmer, javanés, chino, japonés, pero aun entonces conservará a menudo, especialmente en la rectitud del perfil y en el plegado de las vestiduras, el lejano recuerdo de sus orígenes helénicos.

Añadamos que en Afganistán el budismo se asoció un poco más tarde con el arte sasánida, como nos lo han

revelado los recientes descubrimientos de los frescos de Bâmiyán (siglos III-IV de nuestra era) y los estucos de Funduquistán (fines del siglo VI y principios del VII).

Por lo demás, el propio budismo evolucionaba. Hacia esa misma época se dividió en dos grandes escuelas: 1º la llamada *Hînayâna* o "Pequeño Vehículo" (de la Salvación), que se mantuvo bastante cercana de la doctrina primitiva y de la cual la isla de Ceilán habría de ser el foco más activo; 2º la escuela llamada *Mahâyâna* o "Gran Vehículo", que corona la doctrina con una filosofía primera. La filosofía del *Mahâyâna* fue, desde el punto de vista especulativo, un idealismo absoluto, completado en el campo de la sensibilidad religiosa por una mística ardiente, todo ello oscilante entre el subjetivismo y, al fin, tendencias casi monistas. Desde el punto de vista teológico, el *Mahâyâna* constituyó el equivalente de un verdadero panteón, por medio de los *Bodhisattva* o Buddhas futuros, de los cuales los más conocidos, Maitreya y Avalokitéçvara, concluyeron por prevalecer en la devoción popular sobre el Buddha histórico. La representación de los diversos tipos de *Bodhisattva* por el arte grecobúdico de Gandhâra y de Kábul contribuyó ciertamente, aun desde el punto de vista teológico, al desarrollo de este panteón del *Mahâyâna*.

La China de los Han

En China la casa de los Ts'in, que había realizado la unidad política del país y fundado el imperio centralizado (ver pág. 34), no había sobrevivido sino tres años a Ts'in Sheh-Huang-ti († 210 a. C.). Después de una breve anarquía, un aventurero militar, Liou Pang, subió al trono como fundador de la gran dinastía de los *Han* (202 a. C.). Los Han reinaron en China desde 202 a. C. hasta el año 8 de nuestra era, con capital en Ch'ang-ngan (Si-ngan-fu), en Shen-si, y nuevamente del año 25 al año 220 de nuestra era, esta vez con capital en Lo-yang (Ho-nan-fu), en

Ho-nan. Los dos períodos están separados por la breve usurpación de Wang Mang (de 9 a 22 de nuestra era).

En política interior, los Han normalizaron el cesarismo creado por Ts'in Sheh-Huang-ti, ligando a él a los letrados tradicionalistas hasta entonces opositores: lo que actualmente llamamos el mandarinato. En el exterior, lucharon contra los *hiung-nu* o hunos, nómadas de raza turco-mongola, habitantes de Mongolia que llegaban periódicamente en algaradas hasta las fronteras septentrionales de China. El más grande de los soberanos Han, el emperador Wu-ti (140-87 a. C.), lanzó expediciones de saqueo hasta el corazón mismo del país huno, al otro lado del Gobi, en la Alta Mongolia. Él anexó al imperio la actual provincia de Kan-su y, por el lado del oeste, llevó sus armas a través del actual Turkestán oriental hasta Fergâna. Al mismo tiempo unía definitivamente con China la región cantonesa y establecía la dominación china en Corea y Tonkin. Una parte de estas conquistas se perdieron de nuevo durante los tumultos que acompañaron en China a la usurpación de Wang Mang (9-22 de nuestra era). El emperador Kuang Wu-ti (25-57), que restauró la dinastía Han, reconquistó el Tonkin-Annam. En cuanto a la reconquista de Asia Central, ella fue obra, en la generación siguiente, de un hábil capitán chino, Pan Ch'ao.

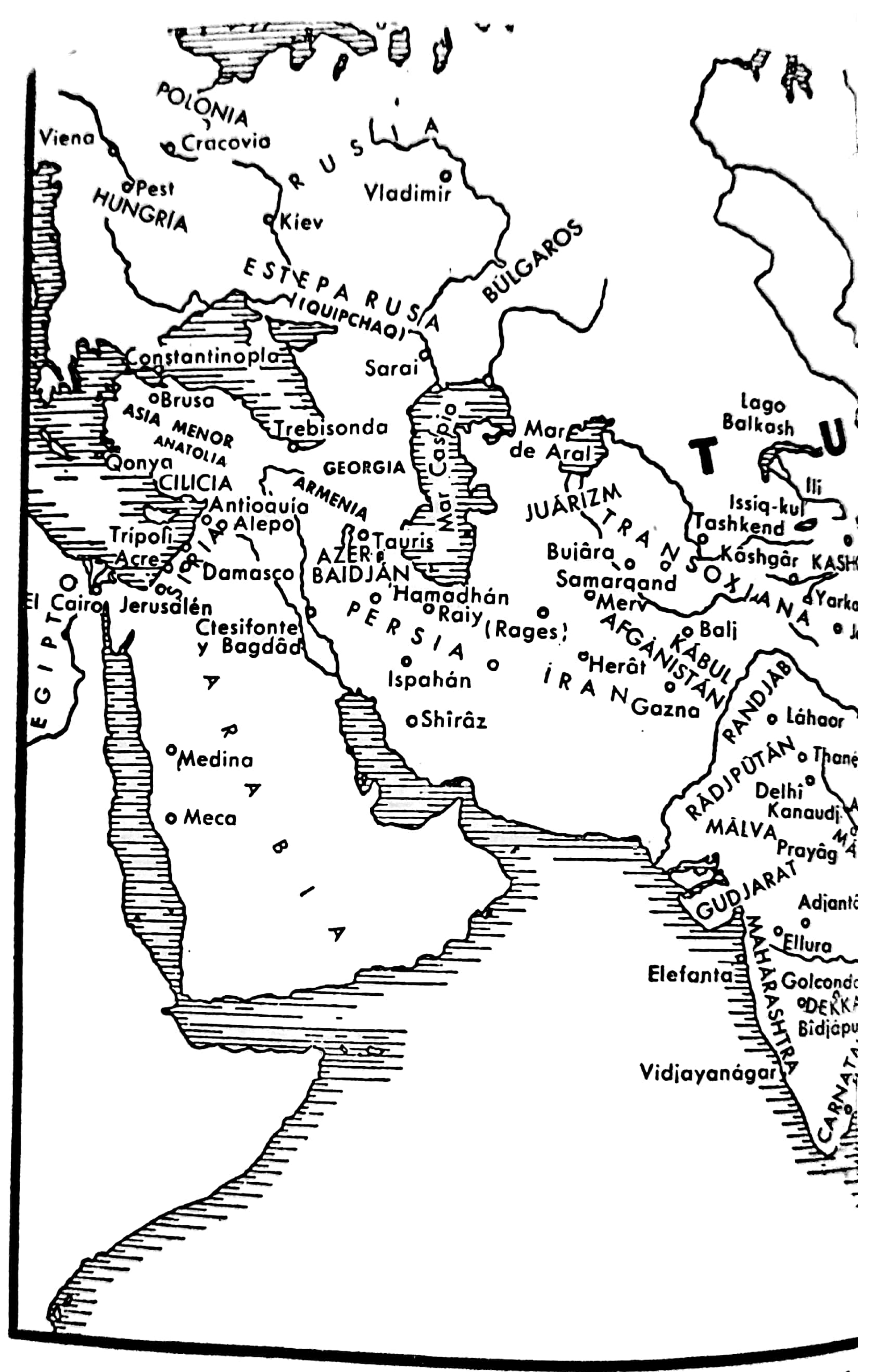
Asia Central, el actual Turkestán chino, es decir la cuenca del Tárim, es un país en vías de saharización, rodeado al norte y al sur por dos semicírculos de oasis caravaneros; al norte Turfán, Qarashahr, Kucha y Kâshgâr; al sur Miran, Niya, Jotan y Yarkand. El país estaba entonces habitado por poblaciones indoeuropeas; hablaban dialectos muy recientemente descubiertos (a partir de 1906), que se han revelado parientes próximos del sánscrito, el iranio y las lenguas de Europa. Las dos líneas de oasis que acabamos de enumerar servían para la "Ruta de la seda", por donde los caravaneros chinos aportaban el precioso tejido hasta el pie del Pamir. Allí tenía lugar, en la posta llamada "Torre de Piedra", el intercambio entre ellos y los caravaneros grecorromanos provenientes de Antioquía.

El dominio de estos oasis enriquecidos por el comercio se disputaba entre los hunos de Mongolia y los chinos. En veinticuatro años de luchas (73-97), el general chino Pan Ch'ao eliminó a los hunos e incorporó al imperio toda la comarca, desde Turfán hasta Kâshgâr.

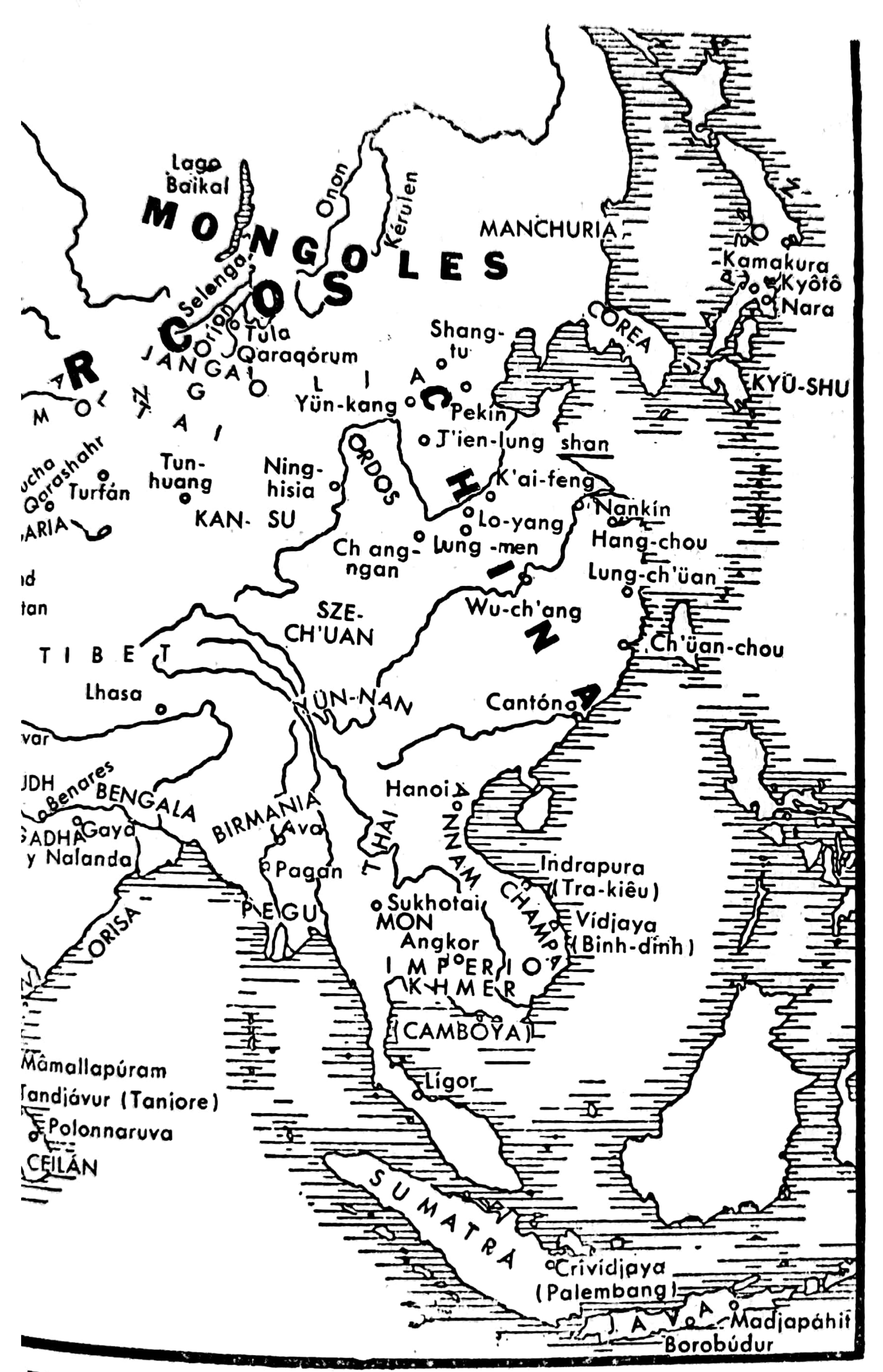
El establecimiento de la *Paz China* en Asia Central favoreció la propaganda budista. A partir del siglo I de nuestra era, los misioneros budistas salidos del noroeste de la India y de Afganistán llegaron en gran cantidad para "evangelizar" los oasis de la Ruta de la seda, de Jotan a Miran, de Kâshgâr a Turfán. Introdujeron allí el arte grecobúdico, de manera que los exploradores modernos han tenido la sorpresa de descubrir cerca de Jotan estatuas de Buddhas puramente apolíneas, y en Miran (cerca del Lob-nor), frescos grecorromanos. Además, los misioneros budistas no se detenían allí. De Kâshgâria penetraban en China, y se los ve durante la segunda mitad del siglo I de nuestra era instalar comunidades monásticas en las capitales chinas, Ch'ang-ngan y Lo-yang.

El arte de los Han, sin embargo, no está todavía influido por el budismo. Obras puramente chinas son los relieves esculpidos que Chavannes descubrió en las tumbas de Shan-tung o de Ho-nan y los descubiertos por Lartigue y Segalen en los pilares del Sze-ch'uan; lo mismo en cuanto a las terracotas funerarias Han, que representaban especialmente animales. Estas imágenes animales están tratadas con un naturalismo rápido, "hecho de un solo trazo". Las cabalgatas de los relieves esculpidos se imponen asimismo por el movimiento.

La dinastía de los Han fue depuesta en 220. China se dividió entonces en tres reinos; uno de ellos tuvo las provincias del norte (cuenca del río Amarillo), el otro Nankín y las provincias meridionales, y el tercero el Sze-ch'uan. La historia o la leyenda de ese tiempo, desarrollada en la novela de *Los Tres Reinos* y en las piezas de teatro sacadas de aquélla, es una especie de gesta llena de figuras de paladines y lances de espada. En 280 los tres reinos se reunieron nuevamente en uno solo bajo la dinas-



MAPA 2. Asia en la


Lago
Baikal
MONGOLES
Onon
Kérulen
MANCHURIA
Selenga
Orjon
Tula
Qaraqórum
Shang-
tu
COREA
JAPON
Kamakura
Kyôtô
Nara
KYŪ-SHU
R
JANGAI
MONGOLIA
ALTAI
Yün-kang
Pekín
J'ien-lung shan
ORDOS
CHINA
Qarashahr
Turfán
Tun-
huang
Ning-
hisia
KAN- SU
K'ai-feng
Nankín
Lo-yang
Ch ang-
ngan
Lung -men
Hang-chou
Lung-ch'üan
Wu-ch'ang
SZE-
CH'UAN
TIBET
Ch'üan-chou
Lhasa
YÜN-NAN
Cantón
Benares
BENGALA
Hanoi
ANNAM
BIRMANIA
Gaya
Nalanda
Ava
THAI
Pagan
Indrapura
(Tra-kiêu)
CHAMPA
PEGU
ORISA
Sukhotai
MON
Vídjaya
(Binh-dinh)
Angkor
IMPERIO
KHMER
(CAMBOYA)
Mâmallapúram
Tandjávur (Taniore)
Polonnaruva
CEILÁN
Ligor
SUMATRA
Crividjaya
(Palembang)
JAVA
Madjapáhit
Borobúdur

Edad Media.

tía de los Tsin, pero pronto comenzaron las grandes invasiones. En 311, los hunos sorprendieron a la capital china, Lo-yang, y tomaron prisionero al emperador. La dinastía de los Tsin se refugió en Nankín, al abrigo del Yang-tseh. donde perduró de 318 a 589 un imperio nacional chino reducido a la China meridional, así como el imperio romano se había refugiado en Bizancio después de la pérdida de Occidente. Durante ese tiempo, a lo largo de todo el siglo IV, las hordas turco-mongolas —*hiung-nu*, es decir hunos, de origen sin duda turco, y *hsien-pei*, de origen sin duda mongol— se sucedieron en el norte de China en reinos efímeros que se destruían mutuamente.

En medio de estos trastornos, el budismo continuaba penetrando en China. Los misioneros indos afluían ahora por la ruta marítima tanto como por la de Asia Central, aportando consigo el tesoro de las Escrituras sánscritas, que generaciones de traductores habrían de verter al chino. Por el lado de Asia Central, llegaban a través de Afganistán y los oasis indoeuropeos del desierto de Gobi, donde Kucha se había vuelto un activo foco de las letras índicas; de allí se iban a predicar la mansedumbre búdica a los reyes tártaros del norte de China. Uno de estos reyes, Fu Kien (357-385), que reinó un tiempo sobre todas las provincias septentrionales, fue célebre por su piedad. Contemporáneamente, otros monjes budistas arribaban a Cantón o a Nankín por la vía del mar. El emperador chino de Nankín, Liang Wu-ti (502-549), mostró tal celo por la gran religión índica que concluyó por hacerse monje.

CAPÍTULO V

EL IRÁN SASÁNIDA, LA INDIA DE LOS GUPTA Y LA CHINA DE LOS T'ANG

EL IRÁN SASÁNIDA

Hemos visto (pág. 39) que desde 129 a. C. la tribu irania de los partos y su dinastía, la dinastía arsácida, después de eliminar definitivamente los últimos vestigios de la dominación macedónica, habían quedado dueñas de Irán. Todas las tentativas de los romanos (Craso, Antonio, Trajano) para conquistar el imperio parto habían fracasado. Pero en 224 de nuestra era fue derribado por otra casa irania originaria de la propia Persia (el Fârs actual, región de Persépolis y de la actual Shîrâz), la casa de los *Sasánidas*. El jefe de los sasánidas, Ardashêr, subió al trono en Ctesifonte como rey de los reyes (*Shâhán-shâh*) de Irán.

Los partos arsácidas estaban tocados de filohelenismo. Los persas sasánidas dieron pruebas de un nacionalismo iranio estricto. Presidieron una restauración lo más minuciosa posible de las tradiciones iranias, tratando de borrar los recuerdos de la influencia griega y enlazar el presente con el pasado aqueménida. Desde el punto de vista religioso, reconocieron como religión de Estado la de Zarathustra o mazdeísmo, y como libros canónicos la Biblia mazdeísta, el *Avesta*. El clero mazdeísta, el de los

môbedh o magos, tuvo categoría de Iglesia oficial, con tal influencia, que los reyes que más adelante quisieron estorbarla fueron destruidos. Sin embargo los sasánidas toleraron y hasta protegieron a la secta cristiana de los nestorianos, sobre todo a partir del día (489) en que el nestorianismo fue condenado como herético por el Imperio bizantino. Por lo demás, los sasánidas reinaban no solamente en el Irán propiamente dicho sino en Babilonia, región donde se hallaba su misma capital, Ctesifonte. Ahora bien; Babilonia continuaba siendo un país de raza semítica y de lengua siríaca, que era la de la Iglesia nestoriana así como de los cristianos monofisitas locales. De ello resultó que, junto a la cultura irania mazdeísta, la cultura siríaca cristiana desempeñó un papel bastante considerable en las provincias occidentales del imperio sasánida. Y al margen del mazdeísmo y el cristianismo, y por una combinación de sus doctrinas, un heresiarca, Mani (215-276), fundó una religión nueva, el *maniqueísmo*. Perseguido a la vez en el mundo cristiano y en el Irán mazdzeísta, el maniqueísmo buscó terreno de propagación por el lado de la Alta Asia, donde de 763 a 840 llegó a ser la religión del imperio turco uigur de Mongolia (ver pág. 59).

El arte sasánida entiende ser ante todo un renacimiento del arte persa aqueménida (ver pág. 24). Tal se presenta, tanto en las majestuosas escenas regias como en las de caza, en las piezas de platería como en los relives rupestres; por ejemplo en la gran gruta de Tâq-i Bustán, cerca de Kirmânsháh (durante mucho tiempo atribuida a Cosroes II, y hoy al rey Pêrôz, 457-483), y también en las recientes excavaciones de Georges Salles en Sháhpur. No obstante, esa escultura deja traslucir la influencia del arte romano contemporáneo. Por otra parte, ya veremos que el arte sasánida, localmente asociado en Afganistán (Bâmiyán y Funduquistán) con el budismo, influyó por tal razón en la pintura y la escultura de Kâshgâria, del siglo V al VIII (frescos y estucos de Qïzïl, cerca de Kucha).

Los sasánidas condujeron una doble lucha. Al noreste, en la frontera del río Oxo (Amu Darya), tuvieron

que defenderse contra los nómadas de Asia Central, dueños de Transoxiana (Samarqand) y Bactriana (Balj), a saber los hunos heftalíes en el siglo v, luego los turcos occidentales en el vi. Al oeste, en la frontera del Eufrates, los sasánidas estuvieron casi constantemente en lucha con los romanos, luego con los bizantinos, lucha que tomó carácter de guerra de religión cuando, después de la conversión de Constantino (323), el imperio romano apareció como defensor del cristianismo frente al imperio sasánida, defensor del mazdeísmo. Esta lucha de los persas contra sus vecinos del oeste les valió horas de gloria en tiempos de los reyes sasánidas Sapor (Sháhpur) I (241-272), que tomó prisionero al emperador Valeriano (260); Cosroes (Jusrô o Jusráu) I Anôsharván (531-578), que acogió a los últimos filósofos griegos, expulsados de Atenas por el emperador Justiniano; Cosroes II Parvêz (590-628), que arrebató temporariamente Siria y Asia Menor al imperio bizantino, pero que fue finalmente rechazado y vencido por el emperador Heraclio. Este largo duelo agotó a la vez a Persia y a Bizancio, en momentos en que estaba por surgir contra ambas el peligro musulmán.

La India de los Gupta

La dominación griega del siglo ii a. C. y luego la dominación indoescita de los dos primeros siglos de nuestra era se habían ejercido solamente en el noroeste de la India. El resto del vasto continente índico había quedado en poder de Estados indígenas, como el del Andhra, que presenció, en el sudeste del Dekkan central, cerca de la desembocadura del Krishna, el desarrollo de la fina escuela de escultura búdica de Amarávatî, con sus desnudos tropicales de un movimiento tan suelto (siglos ii-iv de nuestra era). Hacia 320 vemos fundarse en el Mágadha (Bihâr meridional) un gran imperio nacional indo, el de la dinastía *Gupta,* que habría de durar hasta más o menos 470 y que abarcó la cuenca del Ganges y la India Central

(Mâlva, Gudjarât y la península de Kathiyávar). Los emperadores Samudragupta (ca. 385-414) y Kumâragupta (ca. 414-455) mostraron un gran eclecticismo religioso, favoreciendo conjuntamente al hinduismo y al budismo. Es la época del poeta trágico Kâlidâsa, y de los dos grandes metafísicos del budismo mahâyâna, Asanga y Vasubandhu, que enseñaron un idealismo absoluto (escuela *vidjñânavâda*), que implica la negación del mundo exterior y del yo personal, terminando en el "nada sino pensamiento". En cuanto a la estatuaria búdica de ese tiempo, señala la reabsorción del academismo grecobúdico por la estética eterna de la India, que, gracias a las transiciones del "vestido mojado", reasume bajo los rastros de la escultura griega desnudos llenos de majestad, dulzura y gracia, bañados y como fundidos en tibieza tropical.

El imperio gupta se desmorona como consecuencia de la invasión de los hunos heftalíes, horda mongola que baja de Asia Central y que, de 475 a 534 aproximadamente, asuela el noroeste de la India. En el siglo siguiente aparece un gran soberano, Harsha-várdhana (606-647), que reinó en Thanéçvar (cerca de Delhî) y en Kanaudj (entre el Djamna y el Ganges). El imperio de Harsha abarcó, como antes el imperio gupta, la cuenca del Ganges, Mâlva y Gudjarât, mientras que al sur del Narbadda una gran parte del Dekkan formaba un Estado rival, el imperio de Mahârâshtra o país marâtha, que obedecía a la dinastía Châlukya. Harsha es una figura interesante. Nos ha legado dramas sánscritos. Se mostró protector celoso del budismo. Durante este reinado, el peregrino chino Hsüan-tsang llegó por las rutas de Asia Central (a través de Turfán, Kucha y Samarqand) a la India, para visitar los santos lugares búdicos (630). Fue admirablemente acogido por Harsha y, después de recorrer la India entera, regresó a China en 644 por el Pamir, Kâshgâr y Jotan. Sin embargo, no es en el territorio de Harsha sino en el imperio rival, el del Mahârâshtra, donde se pintaron hacia esta época los más bellos frescos búdicos: los de Adjantâ, obras a menudo admirables, en que se juntan desnudos o figuras

de animales de un naturalismo tropical lleno de gracia, con imágenes de *Bodhisattvas* de altísimo misticismo.

Después de la muerte de Harsha (647), el budismo desapareció paulatinamente de la India, eliminado por la reacción hinduista, es decir a la vez por la teología brahmánica y por las devociones populares; el vishnuismo y el çivaísmo. El budismo no conservó (fuera de Ceilán) sino Mágadha (Bihâr meridional), por lo menos tanto como duró allí la dinastía Pâla (765-1197); y, aun en este último asilo, el budismo místico del *Mahâyâna* terminó por degenerar en *tantrismo*, es decir en creencias contaminadas de demonología y magia, más próximas del çivaísmo que de las purísimas enseñanzas del Buddha histórico. Por todas partes, además, el hinduismo triunfaba directamente, en su doble forma çivaíta y vishnuita. La dinastía Pratihâra, que reinó en Kanaudj, en la cuenca occidental del Ganges, de 816 a 1018, era hinduista. Lo fueron igualmente las dinastías que se sucedieron en el Dekkán: los Châlukya y los Râshtrakuta del Mahârâshtra o país marâtha (actual Presidencia de Bombay) en los siglos VI-XII, y los imperios de Carnata (actual Presidencia de Madrás), a saber los Pállava (siglos VI-IX), luego los Chola (siglos X-XI), estos últimos particularmente interesantes porque representan directamente a la raza dravídica, rama tamil, con su acentuada tendencia çivaíta, y también porque hacia el año 1000 establecieron una dominación marítima, una verdadera "talasocracia", en el Golfo de Bengala, desde Ceilán hasta Sumatra.

El brahmanismo ortodoxo, que había eliminado al budismo, concluyó entonces de constituir su metafísica con la filosofía del *Vedânta,* monismo religioso de notable potencia. Este sistema fue expuesto por dos ilustres filósofos, ambos originarios del Dekkán: Çánkara (ca. 788-850) y Râmánudja (ca. 1050-1137), que enseñaron, el primero un monismo idealista y "acósmico" absoluto, que comportaba la teoría de la *mâyâ* o ilusión universal, y el segundo un "monismo dualista" de tendencias espiritualistas y teístas.

Pero, junto a la filosofía oficial del *Vedânta,* habría que mencionar además varios otros sistemas filosóficos (*dárçana*), especialmente el *Sâmkhya,* que comporta el dualismo de una monadología espiritualista y de una "Naturaleza" en evolución, y también el sistema propiamente místico del *Yoga,* justificación metafísica de la ascesis de los *yogin,* etcétera. En la admirable *Bhágavad-gîtâ,* la más alta obra lírica del panteísmo hindú, se hallará un sincretismo tomado de esas diversas escuelas.

En cuanto al arte hinduista, es decir vishnuita y çivaíta, nos ha dejado relieves rupestres y una estatuaria de grandiosa potencia, con las más majestuosas representaciones del dios panteísta que hayan salido de la mano de los hombres (relieves *Pállava* de Mamallápuram y las Siete Pagodas, cerca de Madrás, en el siglo VII de nuestra era; las esculturas de los templos rupestres de Ellorâ y de Elefanta, cerca de Bombay, en el VIII, y finalmente los bronces dravídicos que representan las diversas manifestaciones de Çiva, especialmente el *Natarâdja,* es decir el Çiva "nietzscheano" danzando la danza cósmica). Algunos de los "frescos de piedra" de Mamallápuram y de Ellorâ son de una amplitud y potencia dignas de la Sixtina. Por otra parte, la arquitectura hindú adquirió en el Dekkàn un nuevo impulso, desde los templos del Orîsa con sus *çíkhara* o torres curvilíneas y abombadas de nervaduras vigorosas (siglos VIII-XII) hasta los templos tamil de Carnata con sus puertas de torres (*gópura*) coronadas por enormes pirámides truncadas cubiertas de abundantísimo ornato escultural (gran templo de Tandjore [Tandjávur] hacia el año 1000, gran templo de Madurei, siglo XVII).

Mientras así volvía al hinduismo la India continental, el budismo, en su forma más auténtica y pura, el *Hînayâna,* se mantenía en Ceilán, donde nos ha legado los monumentos de Anurâdhápura en cuanto a la Antigüedad y los de Polonnáruva en cuanto a la alta Edad Media.

Hemos visto (pág. 27) que en el siglo IV de nuestra era China fue invadida por tribus turco-mongolas que confinaron al imperio nacional chino en las provincias del sur (capital Nankín) mientras aquéllas se repartían las del norte (cuenca del río Amarillo). En el siglo V, una de estas tribus, la de los *tabgach* (*t'o-pa* en chino), de raza sin duda turca, eliminó a las otras y de 426 a 534 quedó dueña así de todo el norte de China. Estos tabgach desempeñaron un papel considerable en la historia del Extremo Oriente, porque adoptaron progresivamente la civilización china y sobre todo porque, a partir de 452, se convirtieron al budismo. El arte búdico de su tiempo, llamado *arte Wei* (del nombre chino que adoptó la dinastía), es el más grande arte religioso que haya conocido China. De ese arte tenemos la estatuaria de Yün-kang (siglo V) y de Lung-men (siglo VI), que se origina en la plástica grecobúdica, pero que, bajo la influencia de una conmovedora espiritualidad y de un misticismo ferviente, llega a producir a veces, en sus largas figuras meditativas donde el cuerpo no es sino la idealización de la túnica monástica, la misma impresión de conjunto que la estatuaria románica y gótica de Europa.

Durante este tiempo vemos aparecer por primera vez en Asia al pueblo turco, *por lo menos con su nombre histórico*. Los turcos (los "fuertes"), que son sin duda los descendientes de los hunos de la antigüedad, fundaron a mediados del siglo VI un inmenso imperio que, a partir de 565, se acrecentó todavía con el Turkestán occidental. Los *qagan* o emperadores turcos dominaron, pues, toda la Alta Asia, desde la Muralla China hasta la frontera de la Persia sasánida (frontera del Oxo o Amu Darya). Pero casi inmediatamente su imperio se dividió, entre dos de las ramas de su familia, en dos janatos: por una parte el janato de los *turcos orientales*, que tuvo su sede en el alto Orjon y poseyó Mongolia, y por otra parte el janato de los *turcos occidentales*, que tuvo su sede en torno del Issïq-

kul y poseyó el Turkestán Occidental. El primero guerreó contra China, el segundo contra la Persia sasánida. Estos antiguos turcos inventaron una escritura "rúnica" inspirada en el alfabeto siríaco, en la cual están trazadas las *inscripciones del Orjon* que celebran las conquistas de sus janes, primer monumento de la literatura turca (principios del siglo VIII), de verdadero aliento épico.

En China, la dinastía de los *Sui*, que sucedió en las provincias del norte a los herederos de los tabgach, sometió en 589 al imperio chino del sur (Nankín), restituyendo así la unidad china. El segundo emperador Sui, Yang-ti (605-616), emprendió el restablecimiento de la hegemonía china en el resto del Extremo Oriente y en Asia Central, tal como había existido en la antigüedad con los Han (pág. 46), pero fue derrotado en la lucha contra Corea y su dinastía fue remplazada por la de los T'ang (618).

Los *T'ang* (618-907) fueron la más grande dinastía de la historia china (capital Ch'ang-ngan, o Si-ngan-fu). El segundo emperador T'ang, T'ai-tsung el Grande (627-649), destruyó en Mongolia el janato de los turcos orientales (630) y provocó en el Turkestán la disolución del janato de los turcos occidentales. En Asia Central, estableció el señorío chino sobre los oasis de la Ruta de la seda: Turfán, Qarashahr, Kucha y Kâshgâr al norte, Jotan y Yarkand al sur. Estos oasis caravaneros, como se ha visto (pág. 46), estaban habitados por poblaciones indoeuropeas convertidas al budismo. Su civilización espiritual había sido tomada, pues, de la India, mientras su civilización material estaba influida por la Persia sasánida. Las excavaciones contemporáneas (misiones Peliot, Grünwedel, von Le Coq, Aurel Stein) descubrieron, de 1902 a 1914, en esos oasis de Asia Central, una abundante literatura búdica redactada ya en los dialectos indoeuropeos locales, ya en lengua índica. Se descubrieron también admirables obras de arte búdico (frescos y esculturas de Qïzïl, cerca de Kucha; de Qarashahr; del grupo de Turfán, etc.), inspiradas en gran parte por el arte índico, pero también influidas secundariamente por el arte sasánida y, del lado de

Turfán, por la proximidad del arte chino: en una palabra, mezcla de arte grecobúdico, de arte iraniobúdico y de arte T'ang. Por la misma vía el cristianismo, en su forma nestoriana, se propagó en Irán y en la China de los T'ang (construcción de una iglesia nestoriana en Ch'ang-ngan en 635).

El tercer emperador T'ang, Kao-tsung (650-683), tuvo éxito en Corea. Pero durante su reinado se reconstituyó el janato turco de Mongolia (682-744). El emperador Hsüan-tsung (712-756) tuvo la suerte de ver la desaparición de este reino turco (744). En Asia Central extendió el protectorado chino hasta Tashkend. Su reinado, edad de oro de la literatura china, fue ilustrado por Li T'ai-po (701-762) y Tu Fu (712-770), los dos mayores poetas del Extremo Oriente. Pero este reinado tan brillante concluyó mal. En el Turkestán, los árabes expulsaron a los chinos de Tashkend (751) y los tibetanos asolaron Kâshgâria. En cuanto a Mongolia, pasó a los uigur, pueblo turco muy interesante, que se mantuvo dueño de la comarca desde 744 hasta 840 y que temporariamente se convirtió al maniqueísmo (763), esa religión mixta iraniocristiana que hemos visto formarse en Persia (pág. 52). En yacimientos de la región de Turfán que se remontan al período uigur, se han hallado, junto con hermosos frescos búdicos, pinturas maniqueas que derivan directamente del arte iranio. Por lo demás, los uigur, sobre la base del siríaco, inventaron un nuevo alfabeto, que fue más adelante el prototipo de los alfabetos mongol y manchú. Fueron ellos la primera nación turca que tuvo verdadero acceso a la civilización y que elaboró una cultura literaria propia.

En China, la dinastía de los T'ang fue depuesta en 907 y el país recayó en la anarquía. En el norte se sucedieron varias dinastías imperiales efímeras, mientras el sur se desmigajaba en gran cantidad de pequeños reinos provinciales.

En el campo del arte, la época de los T'ang produjo estatuas búdicas todavía poderosas y de un real sentimiento religioso (grutas de Lung-men), y hasta indianizantes (gru-

tas de T'ien-lung shan), pinturas búdicas de un hermoso colorido (T'un-huang, Turfán) y estatuillas funerarias notables por el realismo animalesco (caballos T'ang) o por la gracia femenina (danzarinas y tañedoras de barro cocido). Algunos especímenes de la pintura T'ang han llegado a los museos franceses gracias a los frescos y las banderas búdicas de T'un-huang traídos por las misiones Pelliot y Aurel Stein (1906-1912). En cuanto a la "caballería" y a las "tanagras" de barro cocido de época T'ang, están hoy muy abundantemente representadas en las colecciones de Europa y de América; demasiado abundantemente quizá...

En el campo religioso hemos mencionado ya al peregrino budista Hsüan-tsang (ca. 600-664), que fue a buscar a la India y adaptó al chino los textos filosóficos de la escuela *vidjñânavâda,* idealismo absoluto a la vez subjetivista y monista. Otras sectas budistas dieron origen al éxtasis intuitivo del *dhyâna* (*ch'an*) o al monismo místico del *T'ien-t'ai,* doctrinas todas en que es posible ver una conjunción del budismo *Mahâyâna* y el viejo taoísmo indígena. Por otra parte, en los grandes poetas T'ang que hemos citado hace un momento, se combinan el "éxtasis cósmico" y el vuelo trascendente del taoísmo con el sentimiento búdico del fluir universal de las cosas.

Capítulo VI

EL ISLAM Y LAS CRUZADAS

El Islam árabe

La península de Arabia, en gran parte desértica, habitada por semitas seminómadas, hasta el siglo VII de nuestra era sólo había desempeñado en la historia un papel mediocre. Los árabes eran paganos, aunque algunas de sus tribus habían sufrido la influencia del judaísmo y del cristianismo, cuando el profeta *Mahoma* (Muhámmad) (ca. 570-632) les impuso el monoteísmo. La doctrina de Mahoma, el *Islâm,* recogida en el *Corán* (*Qur'án*) se apoya en la fe en un dios trascendente, Alláh, muy próximo al Jehová (Yahvéh) de los judíos y de los cristianos, y cuya plenipotencia implica el dogma de la predestinación. Mahoma acepta, por otra parte, entre los profetas que lo han precedido, a Moisés (Mûsâ) y a Jesús (Isâ). Además, después de su triunfo sobre el culto de la piedra negra en la *Ka'ba* de la Meca, santificó el sitio, haciendo de la *Ka'ba* el objetivo de la peregrinación (*hadjdj*). La era musulmana, la hégira [*hidjra*], data del 16 de julio de 622, día de la partida del Profeta desde la Meca hasta Medina. La vida de Mahoma, desde esa fecha hasta su muerte, se pasó en guerrear por Arabia con el objeto de atraer a las tribus árabes a aceptar su religión.

Sus sucesores, los *califas,* continuaron la guerra santa (*djihâd*) para imponer por la conquista el Islam en los

imperios vecinos. Los tres primeros califas. Abû Bakr (632-634), 'Ómar (634-644) y 'Othmán (644-655), arrebataron al imperio bizantino Palestina y Siria (batallas de Adjnâdáin, 634, y del Yarmûk, 636), luego Egipto (643). En otras dos batallas (Qâdisiya, 637, y Nehâvend, 640), conquistaron el imperio persa sasánida (Irâq e Irán actuales). El cuarto califa, 'Alí (656-661), yerno de Mahoma, fue asesinado por sus enemigos, que pusieron en el califato a Mo'áwiya, fundador de la dinastía de los *Omeyas.*

Los Omeyas reinaron de 660 a 750. Instalaron su capital en Damasco(Siria), y se dejaron penetrar por la civilización material del ambiente bizantino, como lo atestigua su arte. La mezquita de al-Aqsâ, en Jerusalén (702) y la "mezquita de los Omeyas" en Damasco son antiguas basílicas adaptadas. Los mosaicos de la segunda, puestos al descubierto en 1926, muestran una técnica enteramente bizantina. Bajo tal influencia, como al este por la influencia del ambiente persa sasánida, esos nómadas pobres, salidos de los desiertos de Arabia, se pusieron en pocas décadas a la altura de las viejas civilizaciones.

Entretanto, los partidarios de la familia de 'Alí mantenían sus protestas contra la "usurpación" de los Omeyas, y así fue como se formó en el Islam la doctrina disidente de los shî'íes, partidarios de 'Alí, opuestos a los *sunníes,* partidarios de las dinastías oficiales de califas. Esta división cortó en dos al mundo musulmán. Los árabes se distribuyeron entre las dos tendencias; en cuanto a los persas, recientemente convertidos al Islam por la fuerza, se volcaron a la *shía,* encontrando así la manera de conservar en el seno del islamismo su individualidad espiritual.

En 750 los Omeyas fueron derribados y remplazados por otra casa árabe, la de los *'Abbâsíes,* que conservó el califato hasta 1258. A partir de 752 los 'Abbâsíes establecieron su capital en Bagdâd (Irâq). Los primeros califas abbâsíes, al-Mansûr (754-775), al-Mahdî (775-785), Hârún ar-Rashîd (786-809) y al-Ma'mún (813-833), llevaron la civilización árabe a su apogeo. La Bagdâd de su tiempo ha dejado en la imaginación oriental un recuerdo de fan-

tasía, como un cuento de *Las mil y una noches*. Así como los Omeyas, que tenían su sede en Siria, se habían inspirado en la tradición bizantina, así los 'Abbâsíes, residentes en el antiguo territorio sasánida, se inspiraron en la tradición irania, como se puede ver por los frescos de Sâmarrâ, cerca de Bagdâd (836-889) y por la cerámica de esa misma Sâmarrâ o por la de Raiy (Rages). En cuanto a las miniaturas de la escuela de Bagdâd en el siglo XIII, combinan la tradición irania con una fuerte influencia bizantina semitizada (el pintor Wâsitî, ca. 1237).

A diferencia de los Omeyas, los 'Abbâsíes no gobernaron en todos los territorios musulmanes de su tiempo. Ya en 756 una rama de la familia omeya fundó un emirato disidente en España, y más adelante el Mágrib y aun Egipto hicieron prácticamente secesión [1].

El califato bajo la tutela irania

El califato abbâsí decayó en el siglo X. Los califas apenas conservaron, junto son un pequeño dominio temporal en Bagdâd y en el resto de Irâq, su autoridad espiritual y una soberanía bastante inoperante sobre las dinastías provinciales que se fundaban en todas partes. Junto a ellos, en Bagdâd, se instaló una dinastía de mayordomos de palacio, de raza persa, los emires Buyíes (945-1055). Los persas, desde entonces convertidos al Islam, recobraban efectivamente en la sociedad musulmana una importancia de primer plano. Mientras los emires Buyíes de Bagdâd, Ispahán y Shîrâz gobernaban de hecho en Irâq y Persia occidental, otros iranios, los emires Sâmâníes, también ellos vasallos teóricos del califato, se habían constituido un vasto gobierno hereditario en Transoxiana (Bujârâ y Samarqand) y en el Irán oriental (903-990). Durante este tiempo, dinastías de emires árabes, como los

[1] Ch. Julien, *Histoire d'Afrique*, Collection Que sais-je?, P. U. F., pág. 61 [trad. en preparación por Eudeba].

Hamdaníes de Alepo, (944-1003), se habían arrogado la hereditabilidad en Siria. A favor de tal fragmentación, los bizantinos recobraron de los árabes toda Asia Menor y hasta algunas plazas en el norte de Siria (es el tiempo de la "epopeya bizantina" del siglo x: campaña de Juan Tzimisces en Siria, 975), mientras la Armenia cristiana recuperaba su independencia (dinastía de los Bagrátidas, 885-1045).

El feudalismo arabopersa vio continuarse la brillante civilización abbâsí. La filosofía y la ciencia griega, traducidas al árabe, dieron origen a una pléyade de metafísicos y matemáticos musulmanes. Avicena o Ibn Sînâ (980-1037), iranio de los alrededores de Bujârâ, que escribió también en árabe, fue el más célebre de estos lejanos discípulos de Aristóteles. Pero pronto se asistirá también a un admirable renacimiento de la lengua y de la poesía persas con Firdûsî (ca. 934-1025), el Homero iranio, que legara la epopeya del *Shâh-nâma,* y con líricos como 'Ómar Jayyâm († 1132), Sa'dí (1184-1291), Háfiz († ca. 1389).

Los turcos seldjuquíes y las Cruzadas

En el siglo xi, la hegemonía del mundo abbâsí pasó de los iranios a los turcos. Se trataba de bandas turcas salidas del Turkestán occidental (Kazakistán actual) y convertidos al islamismo. La casa de los turcos Gaznavíes, con el sultán Mahmûd de Gazna (998-1030), se hizo dueña de Afganistán y del Irán oriental, de donde fue a conquistar en la India la provincia de Pandjâb. Otra casa turca, la de los Seldjuquíes, desempeñó un papel más considerable aún. El primer sultán seldjuquí, Tugril-beg (1038-1063), sometió la Persia actual y en 1055 entró en Bagdâd, donde se instaló al lado del califa abbâsí como vicario temporal suyo. Su sobrino Alp-Arslán (1063-1072) arrebató Armenia a los bizantinos, catástrofe después de la cual una parte de la población armenia emigró a Cilicia. En tiempos del sultán Málik Shâh (1072-1092), hijo del an-

terior, el imperio seldjuquí se acrecentó con la mayor parte de Asia Menor, conquistada a Bizancio, y de Siria, extendiéndose así del Amu Darya al Egeo y la frontera egipcia. Parecía que los turcos estaban en vísperas de apoderarse de Constantinopla. Tal amenaza directa contra la Europa cristiana provocó de rechazo el golpe de la primera Cruzada. Las *Cruzadas*, en su principio, no fueron efectivamente otra cosa que una reacción defensiva de la cristiandad para alejar del Mediterráneo el peligro turco.

Las Cruzadas se beneficiaron con el concurso de circunstancias imprevistas. En la víspera misma de la iniciación de su movimiento, el sultán seldjuquí Málik-Shâh había muerto (1092) y su imperio se había fragmentado entre los miembros de su familia, dando origen a un sultanato seldjuquí de Persia que duró hasta 1194, a un sultanato seldjuquí de Asia Menor que se prolongó hasta 1300, y a dos efímeros reinos turcos en Siria. Además, los Estados seldjuquíes debieron sufrir el trabajo de disociación interna de la temible secta de los ismâ'îlíes o "asesinos" (bebedores de hashish), establecidos en ciertos nidos de águila de Mazanderán (Persia) y del Djébel 'Alawí (Siria), quienes desmoralizaban a los espíritus con su propaganda antisocial y sus crímenes políticos (1090-1256).

Esa fragmentación territorial y ese malestar político favorecieron a los cruzados. La primera Cruzada, trasladada de Constantinopla a Asia, deshizo al pasar, en Dorilea, a los turcos seldjuquíes de Asia Menor (1097), se apoderó de Antioquía, destruyó un ejército de socorro de los seldjuquíes de Persia (1098) y el 15 de julio de 1099 tomó por asalto Jerusalén. Así se fundaron los Estados francos de Siria, a saber, en el norte el principado de Antioquía (1098-1268) y el condado de Edesa, la actual Orfa (1098-1144); en la costa del Líbano, el condado de Trípoli (1109-1289), y en Palestina el reino de Jerusalén. El reino de Jerusalén, fundado por el hermano de Godofredo de Bouillon, Balduino I (1100-1118), estadista de primera clase al par que magnífico soldado, tuvo al principio por capital la ciudad de Jerusalén misma (1100-1187), pero más tar-

de, cuando esta ciudad cayó en poder de los turcos otra vez, su metrópoli fue San Juan de Acre (1191-1291). La sólida armazón militar de estos Estados francos sirvió de sostén a una intensa vida comercial, pues el éxito de las Cruzadas había decuplicado la importancia del *comercio de Levante*. Las flotas mercantes de Pisa, Génova, Venecia, Marsella y Barcelona rivalizaban en actividad en los puertos "latinos" de Trípoli, Tiro, San Juan de Acre y Jaffa. Por lo demás, la vida de los Estados cruzados nos revela una coexistencia con frecuencia cordial entre francos y musulmanes, una política indígena inteligente de parte de los francos criollos (los "potrillos", como se los llamaba); en una palabra, la primera colonización de nuestros países en tierra del Islam. Monumentos como el Crac de los Caballeros y Nuestra Señora de Tortosa atestiguan la grandeza de ese pasado.

A los Estados francos puede añadirse el reino cristiano fundado hacia la misma época en Cilicia por emigrados armenios, el Estado de la "Pequeña Armenia", como se lo llamó (1080-1375), y que bajo la dinastía de los Rupenián al principio, y a continuación (1226) la de los Hetumián, demostró ser para los cruzados un aliado fiel.

Sin embargo, el hinterland sirio (Alepo y Damasco) había quedado en poder de los musulmanes, que hicieron de él el punto de partida de una "*contracruzada*". La contracruzada fue al principio dirigida por la dinastía turca fundada en Alepo por Zengi, el cual en 1144 arrebató Edesa a los francos y cuya obra fue continuada por su hijo Nûr ad-Dîn (1146-1173). La dirección de la contracruzada quedó luego a cargo de la dinastía *ayyûbí*, de origen curdo, fundada por el gran Saladino (Saláh ad-Dîn). Saladino (1169-1193), una de las más caballerescas figuras de la historia musulmana, después de reunir bajo su cetro a Egipto y la Siria musulmana, arrebató a los francos Jerusalén y el resto de Palestina (1187). La tercera Cruzada, conducida por Felipe Augusto y Ricardo Corazón de León, consiguió sin embargo quitarle, ya que no Jerusalén, por lo menos San Juan de Acre y la mayoría de las demás

ciudades del litoral (1191). El resto de sus sucesores, los sultanes ayyûbíes de la primera mitad del siglo XIII (Málik al-'Ádil, 1196-1218; Málik al-Kámil, 1218-1238), dueños como él de la Siria interior y de Egipto, mostraron a su ejemplo un gran espíritu de tolerancia hacia los cristianos, pero sus descendientes fueron remplazados, primeramente en Egipto (1250) y luego en Siria (1260), por los soldados turcos de su propia guardia, los mamelucos (*mamlûk*). Los sultanes mamelucos, de los cuales el más notable fue el enérgico Baibars (1260-1277), echaron definitivamente al mar a los francos (fracaso de la cruzada de San Luis, 1250; pérdida de San Juan de Acre, última plaza de los francos, 1291). Los mamelucos quedarían en posesión de Egipto y de Siria hasta la conquista otomana de 1517.

Conquista de la India por los musulmanes

En la otra extremidad del Asia musulmana, otros mamelucos, de origen turcoafgano, habían invadido la India (1186-1206) a las órdenes del jefe afgano Muhámmad de Gur, y arrebatado el Pandjâb a los sultanes gaznavíes y luego la cuenca del Ganges a diversos rajaes hindúes. Los jefes mamelucos, tenientes de Muhámmad de Gur, fundaron entonces el *sultanato de Delhî*, que tuvo como constante objetivo el *djihâd*, la guerra santa musulmana, a expensas del hinduismo; a comienzos del siglo XIV, en tiempos del sultán 'Alá' ad-Dîn Jaldjí (1296-1316), el sultanato de Delhî completó tal obra anexando, después de la India central, la mayor parte del Dekkan. Este inmenso imperio musulmán de la India se fragmentó, verdad es, en la segunda mitad del siglo XIV, pero en provecho de las dinastías musulmanas locales. De todas maneras, la dominación del Islam en tierra india debía permanecer incontestada durante cuatro siglos.

La india musulmana de esa época fue bien descrita por el viajero árabe Ibn Battûta, que vivió en la corte de Delhî de 1332 a 1347. En ese tiempo se elaboró en la de-

coración arquitectónica un acuerdo entre las artes arabo-persa e hindú, acuerdo que habría de realizarse plenamente en un armonioso clasicismo en la época de los Grandes Mogoles. Igualmente en el campo filosófico y religioso, se esbozó un acercamiento entre el hinduismo y el pensamiento musulmán. En el hinduismo, la tendencia se dirigía entonces a los cultos de devoción (*bhakti*) respecto de divinidades personales, Krishna por una parte y Çiva por la otra; es decir, a un pietismo de entera confianza y de ternura que transformaba el panteísmo hindú en una especie de teísmo, teñido en el krishnaísmo por una ardiente mística del amor divino (la *Gîtâ-Govinda,* siglo XII). Igualmente el Islam persa shií concluía, dentro de las escuelas místicas de los sufíes, en una doctrina toda fervor, éxtasis e intuición que, en el propio seno del teísmo, no dejaba de aproximarse a una concepción monista o por lo menos "inmanentista" de Dios, tal como lo confiesa el gran poeta pietista Djalâl ad-Dîn Rûmí, nacido en Balj (Afganistán) en 1207, muerto en Qonya (Asia Menor) en 1273. La conjunción de estas dos místicas "ebrias de Dios" se produjo en la India con el poeta-apóstol Kabîr (nacido ca. 1398?), reclamado a la vez por las sectas vishnuitas y por los musulmanes. El mismo sincretismo islámico-hinduísta inspirará, también en el siglo XIV, al reformador Nának, que fundó en el Pandjâb la secta de los *sikh,* destinados a tener en el siglo XVIII tan gran papel político. Así, pues, el hinduismo y el islamismo, levantados el uno contra el otro en una lucha a muerte, concluían en las almas elegidas por reconciliarse, en el terreno de la mística, en una síntesis superior.

CAPÍTULO VII

LA CHINA DE LOS SUNG Y LOS IMPERIOS MONGOLES

LA CHINA DE LOS SUNG

En China, tras la caída de la dinastía T'ang en 907, como ya hemos visto (pág. 59), había recomenzado la anarquía. Efímeras dinastías imperiales se sucedieron en el norte, mientras en el sur el imperio se dividía entre varias casas provinciales. Finalmente, una gran dinastía nacional, la de los Sung (960-1276), subió al trono imperial. Sus dos primeros soberanos, T'ai-tsu (960-976) y T'ai-tsung (977-997), suprimieron todos los reinos provinciales y restablecieron así la unidad china. Pero, durante las guerras civiles, el extremo norte del Ho-pei (es decir Pekín) y del Shan-si habían caído (936) en poder de un pueblo mongol, el de los kitat (o k'i-tan). Todos los esfuerzos del segundo emperador Sung para recuperar Pekín fracasaron. Además, una tribu de afinidades tibetanas, los tangut (o hsi-hsia), se hizo, hacia el año 1000, dueña de Kan-su y Ordos. Con estas excepciones, los Sung reinaron pacíficamente en el conjunto de China, desde su capital de K'ai-feng hasta Ho-nan. Hacia fines del siglo XI, los espíritus se agitaron por la querella entre "reformistas" y "conservadores". El ministro reformista Wang Ngan-she (1021-1086) promulgó en 1073 una serie de reglamentaciones económicas de ca-

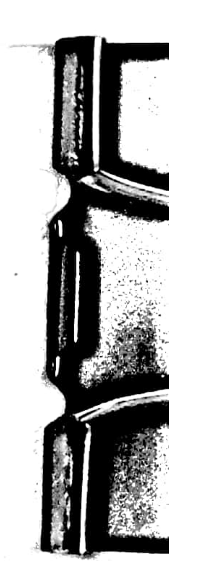
rácter estatista y social, contra las cuales se levantó el representante de los tradicionalistas, Sze-ma Kuang (1019-1086), conocido además como autor de la primera historia general de China.

En tiempos del emperador Hui-tsung (1100-1125), célebre como pintor, coleccionista y arqueólogo, China sufrió la invasión de los djurchet, pueblo de raza tungusa, es decir, pariente de los actuales manchúes; efectivamente, era originaria de Manchuria y sus príncipes se conocieron en chino con el nombre de *Kin* o "reyes de oro". Los Kin destruyeron el reino kitat de Pekín (1122), luego invadieron el imperio Sung, sorprendieron su capital, K'ai-feng, y tomaron prisionero al emperador (1126). En los años siguientes arrebataron a los Sung todo el norte de China. Los Sung conservaron el sur, donde Hang-chou, en el Cheh-kiang, fue su nueva capital. Hacia mediados del siglo XII, el territorio chino se encontró repartido entre tres estados: el reino tunguso de los djurchet o Kin en el norte de China y en Manchuria, capital Pekín; el imperio nacional chino de los Sung en el sur de China, capital Hang-chou; el reino tangut o hsi-hsia en Kan-su y en Ordos, capital Ning-hsia.

La China de los Sung, sea en su primer período, en K'ai-feng, sea tras el retroceso de la capital a Hang-chou, fue la sede de una refinada civilización. En el período de Hang-chou se desarrolló la filosofía de la escuela de los letrados *(Ju-chiao)*, cuyo principal teorizador fue Chu Hsi (1130-1200). Este pensador elaboró una especie de monismo evolucionista que se ha podido comparar con el de Herbert Spencer. Por supuesto, su sistema pretende seguir la tradición confuciana o, más exactamente, el neoconfucianismo de los letrados Sung, si bien pueden discernirse en él influencias taoístas, budistas y hasta quizá manicucas, a tal punto llega su evidente sincretismo, por lo demás poderoso y coherente: del No-ser (*wu-chi*) procede el Ser en su plenitud *(t'ai-chi)*, bastante análogo al viejo *tao* de los teoístas, y que, bajo la acción de la norma *(li)*, es decir de las leyes de la naturaleza, emite y luego reabsorbe al mundo, según un determinismo riguroso y un proceso eterno. Chu

Hsi es también autor de una historia general de China, que todavía se utiliza.

En el campo del arte, la época Sung, época de refinado diletantismo, nos ha dejado una inimitable cerámica, a menudo monocroma o en colores graduados, tono sobre tono: tazas y vasos con esmalte crema, de *Ting* (Ho-pei), o castaño oscuro, con reflejos metálicos, del Ho-nan; los *Kuan* y *Ko*, de esmalte agrietado como tela de araña de infinita delicadeza; los "claro de luna" *Kiün* [o *Chün*], de Ho-nan; los "piel de liebre" del grupo *Kien* [o *Chien*], de Fu-kien; los verde celedón de *Lung-ts'üan* (Cheh-kiang) como un jade luminoso, etc. Igualmente la pintura monocroma (aguatintas de China), que produjo una admirable escuela de paisajistas, tales como Ma Yüan, Ma Lin, Hsia Kuei, Liang K'ai y Mu K'i (siglos X-XIII), cuya inspiración "romántica" se tradujo en una factura que llamaríamos impresionista: paisajes esfumados de bruma entre los primeros planos y la línea de horizonte, donde los picos más vertiginosos se yerguen como apariciones irreales, o donde el velo de los vapores de agua, sumiendo a medias en lo esfumado la forma concreta de las cosas próximas, deja apenas subsistir el espacio puro en la idealidad de las formas lejanas. Nunca después la faz de la tierra será adivinada, traducida y amada como por esos viejos maestros Sung.



Gengis Kan y el imperio mongol

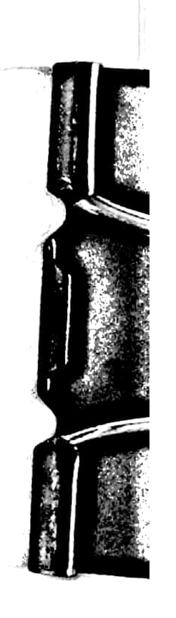
Los mongoles forman parte de la raza *altaica*, que comprende también a los tungusos (manchúes, etc.) y a los turcos. En el siglo XII, aquellos entre los altaicos a quienes la historia ha discernido el nombre de mongoles habitaban la parte oriental de la Alta Mongolia (la Mongolia Exterior de las nomenclaturas actuales), en torno a la cuenca superior de los ríos Onon y Kèrulen. Eran poblaciones de evolución muy retrasada, que, desde el punto de vista religioso, practicaban un tosco shamanismo. Se dividían en: 1º, tribus de pastores nómadas ("las gentes de la estepa",

ke'èr-un irgèn) que con sus carretas y yurtas (*gèr*) de fieltro desmontables trashumaban con sus rebaños a través de la estepa que se extiende a los bordes del Gobi; 2º, tribus de los bosques (*hoyin-irgèn*), que vivían de la caza en los confines de la taiga siberiana. Particularmente, los pastores de la estepa eran maravillosos jinetes e incomparables arqueros. El mongol del siglo XIII es, esencialmente, el arquero de a caballo que aparece, acribilla de flechas al adversario y se escabulle, para reaparecer más lejos con una nueva salva hasta que el enemigo, exhausto, esté a punto para el ataque final. La movilidad de esa caballería le confería, en efecto, una ubicuidad alucinante, que constituía por sí una ventaja estratégica considerable sobre los otros ejércitos de la época. Además, el virtuosismo de los pastores y cazadores mongoles en el manejo del arco equivalía, desde el punto de vista táctico, a una especie de "tiro indirecto" de no menor eficacia en el resultado del combate. Chinos, rusos, polacos y húngaros habrían de tener de ello una cruel experiencia.

El jefe que dio a los mongoles el "imperio del mundo", Tèmudjin, el futuro Gengis Kan [Chingiz Jan] (1167-1227) tuvo una infancia mísera, aunque pertenecía a una familia noble y descendía de los antiguos *janes* o reyes del país. Con su madre Hö'èlun y sus jóvenes hermanos, se vio abandonado, siendo un adolescente apenas, por las gentes de su tribu. Cuando llegó a hombre, obtuvo el apoyo de los kereit, pueblo turcomongol que llevaba vida nómada más al oeste, hacia el lado del alto Tula, hasta el alto Orkon, y que, dicho sea de paso, profesaba el cristianismo nestoriano. Con ayuda del rey (el *Ong-jan*) de los kereit, triunfó sobre las diversas tribus rivales, especialmente sobre los tátar, de raza igualmente mongola, que trashumaban hacia el oeste, en los confines de Mongolia y Manchuria septentrional, y a quienes exterminó (1202). Luego se querelló con los kereit, los venció y se anexó su territorio, la Mongolia central (1203). En 1204 aplastó igualmente a los naiman, pueblo turco, de religión más o menos nestoriana, que llevaba vida nómada en la Mongolia occidental,

y asimismo se apoderó de su territorio. En 1206, habiendo expulsado o destruido, o hecho alianza con ellas, a todas las tribus de la Alta Mongolia, fue reconocido en un *quriltái* (es decir una asamblea solemne), junto al alto Onon, como *jan* supremo por los mongoles y por los diversos pueblos clientes o aliados.

Una vez unificada Mongolia bajo su mando, Gengis Kan emprendió la conquista de China, o mejor dicho de los tres Estados que se distribuían el territorio chino (ver página 70), a saber el reino tangut o hsi-hsia de Kan-su (capital Ning-hsia) y el reino tunguso de los djurchet o Kin, que poseía todo el resto de China del norte (capital Pekín). A partir de 1211 dirigió contra los Kin una serie de campañas, como consecuencia de las cuales los mongoles tomaron Pekín (1215), mientras la corte de los Kin se retiraba a K'ai-fung. Luego el conquistador se volvió hacia el Turkestán.



El Turkestán oriental (región del Isïq-kul, del Ili, del Chu y de Kâshgâria) había pertenecido de 1130 a 1211 más o menos a los qara-jitái (rama de los kitat emigrados de China, ver pág. 70), pero en 1211 el trono qara-jitái fue usurpado por un desterrado naiman llamado Kuchlug, enemigo personal de Gengis Kan. En 1218, Gengis Kan mandó contra Kuchlug un ejército que lo hizo huir, lo mató y anexó el país. Más al oeste se extendía el sultanato de Juárizm, imperio turco musulmán que desde 1194 había sucedido a los turcos seldjuquíes en Persia y Transoxiana y que se extendía por el Uzbekistán, el Afganistán y el Irán actuales. En 1221 Gengis Kan lo invadió y tomó Bujârâ y Samarqand, tras lo cual fue a saquear las ciudades del Irán oriental y de Afganistán: Merv, Balj, Herât, Gazna, etc. (1221-1222). Fue una espantosa destrucción acompañada de terroríficas atrocidades. Durante el ataque de las plazas fuertes, los mongoles ponían en primera fila a las poblaciones de las aldeas vecinas y luego las exterminaban. "Mataban a todos los seres vivientes, hasta a los perros y los gatos." Es verdad que aquellos nómadas ignoraban no solo todo lo que se relaciona con la vida urbana sino hasta

la más elemental economía agrícola. No sólo incendiaban y arrasaban las ciudades, sino también aniquilaban los cultivos destruyendo los canales y quemando las sementeras. En suma, estaban empeñados en convertir los labrantíos en eriales y en reducir la gleba a estepa, su medio natal, único útil para sus caballadas.

Dos lugartenientes de Gengis Kan, Djèbe y Subötèi, enviados en exploración, ejecutaron con 20.000 jinetes una fantástica correría en torno del mar Caspio, a través de Persia, el Cáucaso y el sur de Rusia (1221-1222). Saquearon de paso a Raiy (cerca de Teherán) y Hamadhán, escalaron el Cáucaso, devastaron Georgia, descendieron a la estepa rusa, destrozaron un ejército ruso junto al mar de Azov y regresaron luego a Asia por el bajo Volga. En cuanto a Gengis Kan, después de perseguir hasta el Indo los restos de los ejércitos juarezmíes, regresó por pequeñas etapas de Afganistán a Mongolia (1224). Su última campaña se dirigió, en el norte de China, contra el reino tangut del Hsi-hsia (Kan-su) cuya capital, Ning-hsia, fue tomada por sus tenientes en el momento mismo en que él expiraba (1227).

Hay un contraste curioso entre la barbarie general de los mongoles y el carácter personal de Gengis Kan. Como se ha visto, los mongoles, pastores nómadas o cazadores de los bosques, estaban todavía en una etapa cultural muy primitiva. Ignoraban, repitámoslo, todo lo relativo a la civilización sedentaria y agrícola; sólo sabían, por lo menos en esa época, destruir, como los pieles rojas que irrumpían en las granjas del Canadá o de Nueva Inglaterra. Pero Gengis Kan, dentro de los límites señalados, se revela como un espíritu ponderado y un jefe equitativo, de amistad segura y capaz de generosidad con un adversario que se hubiera batido bien; premiaba ante todo la fidelidad y aborrecía a los traidores; era buen administrador y político juicioso. Al producirse su advenimiento, la sociedad mongola atravesaba un período de anarquía y descomposición. Él le hizo recuperar el orden, la normalidad y la disciplina. En fin, este bárbaro tuvo el mérito de acicatear a los mongoles ha-

cia las vías de la civilización, apelando para ello a los pueblos turcomongoles que ya estaban civilizados, especialmente a los kitat, penetrados por la cultura china, y más aún a los turcos uigur de Turfán, Qarashahr y Kucha, que pusieron a disposición de Gengis Kan sus letrados budistas y nestorianos. La escritura uigur fue adoptada por la cancillería mongola. El cristianismo nestoriano, hacía tiempo aclimatado entre los turcos de la Alta Asia (los kereit de la Mongolia Exterior, los öngut de la Mongolia Interior, los uigur, etc.), gozó de un régimen de favor en la familia gengiskánida y contribuyó, junto con el budismo de los kitat, a suavizar bastante rápidamente las costumbres de los mongoles.

Los sucesores de Gengis Kan

Gengis Kan tuvo cuatro hijos: Djöchi, Djagatái, Ögödèi y Tolúi. *Djöchi* recibió como patrimonio las estepas al norte del mar de Aral, desde el Baljash hasta la desembocadura del Volga; *Djagatái*, la región del Ili (Semirechie), a la cual sus sucesores añadieron Kashgaria y Transoxiana; *Ögödèi*, la región del Émil y del Tarbagatái, al sudoeste de Mongolia, y *Tolúi*, la Mongolia Oriental (Onon y Kèrulen). El tercer hijo de Gengis Kan, Ögödèi, lo sucedió, con el título de *qagán* o "gran jan" (1229-1241).

En el reinado de Ögödèi comenzó a organizarse el imperio de los mongoles a la manera de los grandes Estados civilizados, por influencia de los consejeros kitat o uigur (budistas o nestorianos) del monarca. "El imperio —decía uno de ellos— fue fundado a caballo pero no puede ser gobernado a caballo." Ögödèi llegó hasta a establecer una capital fija, Qaraqórum, junto al alto Orjon (1235). Sin embargo la conquista mongola continuó. En 1231 acabaron de someter a Persia. Por el lado de Europa, Ögödèi envió un gran ejército mandado por su sobrino Batu, hijo y sucesor de Djöchi, que invadió Rusia, y tomó e incendió las capitales rusas Riazáñ, Vladímir, Kíev (1237-1240). Durante más de dos siglos, hasta 1481, Rusia estuvo sometida

al yugo mongol. Una parte del ejército mongol marchó a devastar Polonia y llegó hasta Silesia (batalla de Liegnitz, 9 de abril de 1241). Con el grueso de sus fuerzas, Batu, secundado por el estratego mongol Subötèi, penetró en Hungría, aplastó al ejército mágyar en Mohi (11 de abril de 1241) y lanzó sus vanguardias hasta los alrededores de Viena y la costa dálmata. Los mongoles, por otra parte, no trataron de mantenerse en Polonia y Hungría, pero conservaron su señorío sobre los principados rusos y, sobre todo, la posesión directa de las estepas de la Rusia meridional, que Batu añadió a su dominio anterior, al este del bajo Volga. Así quedó fundado, en su favor, el janato de la Rusia meridional, conocido en la historia con el nombre de *janato de Qípchaq* u *Horda de Oro*, cuyos últimos representantes habrían de perdurar en Crimea hasta 1783.

Aún antes que los lugartenientes conquistaran Rusia, el gran jan Ögödèi había concluido personalmente la conquista del reino Kin de la China del norte, cuya última capital, K'ai-feng, en Ho-nan, fue tomada por los mongoles en 1233. El segundo sucesor de Ögödèi, el gran jan Mongka (1251-1259) comenzó la conquista del imperio nacional chino de la dinastía Sung (China meridional, capital Hang-chou, en el Che-kiang). Por otra parte Mongka envió a su hermano menor, Hulègu, como gobernador de Persia, en esta época casi completamente sometida a los mongoles. Hulègu añadió, al patrimonio así constituido a su favor, las posesiones temporales de los califas abbdâsíes de Bagdâd (Irâq): los mongoles tomaron Bagdâd el 10 de febrero de 1258 y el último califa fue pisoteado por los caballos. Así quedó fundado en favor de la casa de Hulègu el *janato mongol de Persia,* que tuvo su centro en Azerbaidján, en torno de Tauris, y que habría de durar hasta 1335. Los janes de Persia: Hulègu (1256-1265), Ábaqa (1265-1282), Argun (1284-1291) y Gazan (1295-1304), interesan no solamente a la historia de Asia sino también a la de Europa. Siendo sus adversarios naturales los mamelucos de Egipto y de Siria, que eran los campeones del islamismo, aquellos janes se vieron inducidos no sólo a fa-

vorecer durante mucho tiempo a los cristianos indígenas (nestorianos, monofisitas o armenios), sino también a ofrecer su alianza a los últimos cruzados: llegaron hasta a proponerles arrebatar Jerusalén a los mamelucos y entregársela a los cruzados, propuesta que desgraciadamente no fue tomada en consideración por éstos, con lo cual se facilitó el fracaso definitivo de las Cruzadas (embajada sin resultado del nestoriano mongol Rabban Tsauma en París ante Felipe el Hermoso en 1287, caída de San Juan de Acre en 1291).

Qubilái, hermano de Mongka, le sucedió como gran jan (1259-1294). Dueño por ello de Mongolia y de las partes ya sometidas de China (China del norte), les añadió el imperio Sung (China meridional), cuya conquista concluyó (toma de Hang-chou, la capital de los Sung, en 1276), encontrándose de tal modo poseedor de toda la China, como ningún conquistador extranjero antes de él. Desechando la sede de Qaraqórum, estableció su capital en Pekín, llamada en turcomongol Jámbalïq, "la ciudad del jan" (frase transformada por los viajeros occidentales en *Cambaluc*). Este cambio de residencia mostraba netamente que con él el imperio de su abuelo Gengis Kan tendía a convertirse en un imperio chino.

Qubilái fue menos afortunado en sus tentativas de someter al Japón, Indochina y Java, y de imponer su soberanía a sus primos los janes de las ramas de Ögödèi y Djagatái, que reinaban en el sudoeste de Mongolia y en Turkestán. Pero en China realizó plenamente su designio de hacer que su casa (en chino, dinastía de los Yüan) fuera la heredera de las diecinueve dinastías imperiales chinas. Si bien a los ojos de los mongoles él era el gran jan, aspiraba a ser a los ojos de los chinos un verdadero Hijo del Cielo. Desde el punto de vista religioso, favoreció particularmente al budismo, pero a ejemplo de sus antecesores manifestó benevolencia con los nestorianos, numerosos entre los turcos del Gobi y representados por este hecho hasta en su familia. También estuvo en relaciones con Occidente. Sus predecesores habían recibido ya la visita de dos embajadores llegados de la Europa latina, a saber el franciscano Juan

del Pian di Carpine, enviado por el Papa a Mongolia en 1246, y otro franciscano, Guillermo de Rubruck, que, enviado por San Luis al gran jan Mongka, había visitado Qaraqórum en 1254. Qubilái recibió asimismo la visita del célebre veneciano *Marco Polo,* que fue por Persia, el Pamir y el Turkestán chino y cuya estada en China duró desde 1275 hasta 1291. Bien acogido por Qubilái, Marco Polo tuvo tiempo de viajar por las diversas regiones del imperio, cuyo balance económico asentó (exportación de la seda, importación de especias del Océano Índico, importancia del tráfico fluvial por el Yang-tseh, potencia de los gremios chinos, generalización del papel moneda, riqueza de las ciudades de *Quinsái,* es decir Hang-chou, y de *Çaitón,* es decir Ch'üan-chou, en el Fu-kien). En 1292 Marco Polo regresó a Europa por mar. Después de él la China mongola fue visitada por misioneros católicos, principalmente los dos franciscanos, llegados por vía marítima, Juan de Montecorvino, que fundó un arzobispado en Pekín en 1307, y Odorico de Pordenone, que nos ha legado, como Marco Polo, un relato interesante de su estada (1324-1328).

Tamerlán

Los janatos mongoles fundados en China, Persia y Turkestán por los gengiskánidas no tardaron en dejarse asimilar por el medio, lo cual los diferenció moralmente unos de otros y rompió entre ellos el lazo de la solidaridad étnica. *La dinastía mongola de China,* cada vez más sinizada, se debilitó y decayó rápidamente, tanto que en 1368 fue fácilmente arrojada de China por la revolución nacional de los Ming. Por su lado, la *dinastía mongola de Persia,* absorbida por las ideas persas e islamizada completamente desde 1295, se extinguió en 1335 y su herencia fue disputada por sus grandes vasallos, de cepa mongola e irania, que crearon en su territorio efímeros reinos provinciales. En cuanto al *janato de los dos Turkestanes* (Turkestán ruso y Turkestán chino actuales), que llamaban el *janato de*

Djagatái por el nombre de su fundador, el segundo hijo de Gengis Kan, tuvo análoga suerte. Los mongoles fueron en él sensiblemente asimilados por el ambiente turco musulmán. Por lo demás, los janes djagataidas conservaron al fin su autoridad sólo en la parte oriental del país, es decir en Semirechie (Ili) y en el actual Turkestán chino (Sin-kiang). Al oeste, en Transoxiana (Samarqand y Bujârâ), los feudatarios turcos locales se emanciparon (1346).

En 1370 uno de los jefes de este feudalismo turco, el emir Tímur, nuestro *Tamerlán* [Tímur-lang], tras desembarazarse de sus rivales, fue reconocido por sus compatriotas como rey de Transoxiana (capital en Samarqand) e inmediatamente comenzó sus conquistas.

A los occidentales les pareció que Tamerlán quería restaurar el imperio de Gengis Kan. En realidad no hubo en ello sino apariencia. Contrariamente a lo que suele crerse, su imperio no fue en lo más mínimo un imperio mongol, sino únicamente turco. Además, y a diferencia de Gengis Kan, que era shamanista y que, por otra parte, reverenciaba más o menos al budismo y al nestorianismo, este turco de Transoxiana fue un musulmán fanático. Sus crueldades, iguales a las de los mongoles, nos parecen tanto más inexcusables cuanto que no eran la acción de un bárbaro como Gengis Kan sino de un personaje culto, gran amador de la literatura persa y repleto de citas coránicas. Su genio militar es innegable y ha hecho de él uno de los grandes capitanes de la historia. En treinta y cinco años de reinado (1370-1405) sometió toda Asia Anterior. Primeramente desposeyó a las diversas dinastías provinciales que, tras la desaparición de los janes mongoles de Persia, se habían distribuido el país, y subyugó de tal modo a todo el Irán, no sin ejecutar por doquier, en Herât, en Ispahán en Shîrâz, en Bagdâd, espantosas matanzas de que eran testimonio las pirámides de cabezas humanas. Habiendo entrado en lucha contra el janato de la Rusia meridional (Horda de Oro), penetró en este país como invasor triunfante, pero no llegó, según se ha afirmado erróneamente, hasta la Rusia moscovita (1391). En 1398 invadió el sul-

tanato turco musulmán de la India septentrional (de la misma raza y religión que él, sin embargo) cuya capital, Delhî, saqueó. En 1200 atacó a los mamelucos, dueños de Egipto y de Siria, y devastó esta última provincia (saqueó de Alepo y de Damasco). Finalmente, en 1402 chocó con el imperio otomano, dueño de Asia Menor. Vencedor del sultán otomano Bayaceto (Bâyazîd) I en la batalla de Ankara (20 de julio de 1402), Tamerlán llevó sus armas hasta el mar Egeo, a la vista de Constantinopla.

El imperio de Tamerlán no le sobrevivió. Sus hijos perdieron pronto la Persia occidental (1408). El más notable de ellos, Shâ Ruj (1407-1447), conservó el Irán oriental (Jurasán) y la Transoxiana, con Herât por capital. Shâh Ruj y su hijo Ulug-beg (1447-1449) fueron tan pacíficos como Tamerlán guerrero. Transformaron a Herât y Samarqand en brillantes focos de civilización persa, tanta que su época estuvo señalada por un verdadero renacimiento, conocido en la historia como *Renacimiento Timurí*. Samarqand se embelleció con monumentos, de los cuales el primero, cronológicamente, es el famoso *Gûr-i Mîr*, que sirve de sepultura a Tamerlán. En Herât floreció una escuela de pintura, o más exactamente de miniatura, cuyo principal maestro fue un gran artista Bihzâd, que pintó entre 1479 y 1525 aproximadamente.



Durante este tiempo, en medio de todas aquellas catástrofes, el pensamiento musulmán seguía desde hacía cuatro siglos la vía trazada por el viejo teólogo de lengua árabe Algazel (Gâzâlî, el "Pascal musulmán", 1058-1112), originario de Thûs, en Jurasán, que había dirigido la especulación del intelectualismo de Avicena (ver pág. 64) por el camino del pietismo y de la mística.

Capítulo VIII

OTOMANOS, SEFEVÍES, GRANDES MOGOLES Y MANCHÚES, EL TIBET

La conquista otomana



Durante toda la alta Edad Media, del siglo v al xi, la península de Asia Menor, desde hacía tiempo helenizada, había sido el bastión del imperio bizantino. Hemos visto que en 1081 la parte oriental y la central de la meseta anatolia (Capadocia, Licaonia, Frigia, etc.), habían sido arrebatadas a los bizantinos por los turcos seldjuquíes arribados allí a través de Persia. Una rama de la familia seldjuquí fundó en la región un sultanato particular que tuvo por capital a Qonya, la antigua Iconium, y que duró de 1081 a 1300 aproximadamente.

La obra de estos sultanes seldjuquíes de Qonya, que llenó los siglos xii y xiii, fue importante para el destino del Cercano Oriente. Fueron ellos, en efecto, quienes deshelenizaron la meseta de Anatolia e hicieron de ella, al modo de su patria originaria de Asia Central, *otro Turkestán,* destinado a convertirse en la "Turquía definitiva". Pero al mismo tiempo estos reyes turcos se complacían en usar nombres persas, tomados de los héroes de la epopeya irania *Shâh-nâma*: Kay Jusráu, Kay Kâus, Kay Kubâd. En realidad, su corte estaba ampliamente influida por la cultura irania, y el persa desempeñaba allí el mismo papel

de lengua de civilización que el latín en nuestro Occidente medieval, y hemos visto que uno de los mayores poetas sufíes (es decir, místicos persas), Djalâl ad-Dîn Rûmí (1207-1273), había llegado de Balj a fundar en Qonya su célebre orden de derviches.

Tras la extinción de la dinasta seldjuquí (hacia 1300), la Anatolia musulmana se repartió entre varias casas turcas locales, de las cuales mencionaremos la de Qaramán, que se estableció en la región de Qonya (1310-1390, luego nuevamente 1403-1467); la de Kermian, la de Saru-jan y la de Aidin, que en el curso del siglo XIV arrebataron a los bizantinos la antigua Lidia y la antigua Jonia; y sobre todo la de los Otomanos, destinados a una fortuna tan prodigiosa.

En el parcelamiento del sultanato seldjuquí, los *Otomanos* se habían adjudicado el noroeste de la antigua Frigia, en los confines de la rica provincia bizantina de Bitinia. Othmán, el héroe epónimo de la dinastía († 1326), y su hijo Orján (1326-1360) conquistaron del imperio bizantino las ciudades bitinias de Prusa o Brusa (1326), Nicodemia o Izmîd (ca. 1330) y Nicea o Iznîq (1331). El sultán Murâd I, que viene a continuación (1360-1389), fundó la grandeza otomana al imponer su hegemonía a las otras dinastías turcas de Anatolia y sentar sólidamente pie en Europa con la conquista de Andrinópolis (1362), conquista que se siguió con la de Rumelia y Macedonia. Bâyazîd I (Bayaceto), sobrenombrado *Yïldïrïm,* el "Relámpago" (1389-1402), terminó en Europa la conquista de Serbia y Bulgaria, triunfó en Nicópolis sobre la cruzada borgoñona y húngara (1396) y en Asia desposeyó o subordinó estrechamente a las otras dinastías turcas de Anatolia. Parecía estar en vísperas de apoderarse de Constantinopla cuando el desastre que le infligió Tamerlán en Ankara el 20 de julio de 1402 detuvo durante casi medio siglo de conquista otomana de aquella ciudad (ver pág. 80).

La marcha hacia adelante de los otomanos se reinició con el sultán Muhámmad II (1451-1481), que terminó con los últimos vestigios del imperio bizantino: el 29 de

mayo de 1453 Muhámmad II, realizando el sueño ocho veces secular del Islam, se apoderó de Constantinopla. Con el nombre de Istanbul, Constantinopla remplazó a Brusa como capital. Muhámmad II concluyó la conquista de los Balcanes con la anexión de Serbia y Grecia, y la conquista de Anatolia con la anexión del emirato de Qaramán (Qonya). Selîm I (1512-1520) destruyó el sultanato de los mamelucos, cuyo territorio, Siria y Egipto, anexó (1517). Selîm añadió al título de sultán el de califa, reuniendo así en su persona esas "dos mitades de Dios, el papa y el emperador". Solimán (Sulaimán) el Magnífico (1520-1566) acrecentó aún la posición mundial de Turquía. En Asia quitó Bagdâd a los persas (1534); en Europa conquistó Hungría (batalla de Mohacz, 1526) y figuró como árbitro en la lucha entre Carlos V y Francisco I.

El resto de la historia de Turquía pertenece a la de Europa. A pesar del carácter asiático de su raza, su religión y su cultura, Turquía es, en los siglos XVI y XVII, una gran potencia europea que se impone como factor de primer orden en todos los asuntos diplomáticos de su tiempo. No perderá esa función en el siglo XVIII sino para convertirse en prenda de las rivalidades que existen entre los Estados europeos. Lo que importa a la historia de Asia es el hecho de que un pueblo de raza altaica, de religión árabe y de cultura arabopersa haya podido adquirir lugar tan importante en los destinos del continente europeo. La conquista otomana representa, en efecto, el mayor avance de Asia hacia Europa. Con las conquistas de Alejandro, Europa había penetrado hasta el pie del Pamir y el umbral del mundo gangético; con Solimán el Magnífico, Asia llega hasta las puertas de Viena.

La Persia sefeví

Después de morir Tamerlán (1405), y mientras sus descendientes, los timuríes, se mantenían aún en el Irán oriental (Jurasán) y en Transoxiana (Bujâra y Samar-

qand), la Persia occidental era disputada entre diversas hordas turcomanas (hordas llamadas del Carnero Negro y del Carnero Blanco). Esos turcomanos fueron al fin abatidos por una gran dinastía nacional persa, la de los Sefevíes. Después de tantas dominaciones turcomongolas, los *shâh* sefevíes (1051-1736) restablecieron en todos los dominios la independencia persa. Es testimonio de esa restauración el triunfo de la doctrina shií, reconocida desde entonces como religión nacional y única forma ortodoxa del Islam persa, en oposición a las doctrinas sunníes del Islam turco.

El primer sefeví, shâh Ismâ'îl (1501-1524), no destrozó solamente las hordas turcomanas, hasta la fecha dueñas de la Persia occidental. En Transoxiana (Bujâra y Samarqand) y en Jurâsán (Herât), otros turcomanos, los üzbek, acababan de suceder (1500-1507) a los últimos descendientes de Tamerlán. A estos üzbek, tanto más odiados cuanto que profesaban la doctrina sunní, Shâh Ismâ'îl les quitó en 1510 el Jurâsán, reduciéndolos con ello a Transoxiana, donde quedaron desde entonces confinados. Pero en la frontera occidental Persia volvía a encontrarse frente a la raza turca y la creencia sunní en la persona de los otomanos, que estaban en plena expansión. El segundo sefeví, Shâh Tahmâsp (1524-1576), debió abandonar a los otomanos Irâq y Bagdâd (1534).

La dinastía sefeví alcanzó su apogeo con Shâh 'Abbás (1587-1629), vencedor de los üzbek en el noroeste y de los otomanos en el oeste (gracias a él Persia, de 1623 a 1638, recuperó momentáneamente Bagdâd). Shâh 'Abbás hizo de Ispahán, su capital, una de las más bellas ciudades del mundo, con el grupo de edificios que rodeaban la plaza real (*Maidán-i Shâh*): el *Másdjid-i Shâh* o mezquita real, revestida de ladrillos barnizados con toda la gama de los azules, y los palacios del *'Âli Qapû* y del *Chínil-sutún*, coloreados éstos con delicados frescos. En efecto, en la época sefeví se desarrolló una notable escuela de pintura, heredera de la escuela timurí. Bihzâd († ca. 1536), el más grande pintor de la corte timurí de Herât (ver pág. 80), se estableció después de 1510 en Tauris, donde

formó todo un linaje de miniaturistas (Sultán Muhámmad, Aqâ Mîrak), cuyo centro, a partir del reinado de Shâh 'Abbás, se trasladó a Ispahán. La elegancia aristocrática y la fineza de los maestros sefevíes, acentuadas en las escenas de corte, de caza o de idilio por la esbeltez de las formas, y el convencionalismo de los temas y la delicadeza del colorido, se conservan, a pesar de todo, sostenidos por un sentimiento de grandeza que les evita por un tiempo todavía caer en los excesos del primor.

La dinastía de los sefevíes no sobrevivió sino por pocos años a una invasión de afganos que en 1722 avanzaron hasta Ispahán y la devastaron. Cierto enérgico aventurero, Nádir-shâh, restableció por un momento la grandeza persa (1736-1747). Después de él, Persia cayó nuevamente en la anarquía, y la dinastía turcomana de los Qâdjâr, que se impuso a continuación en el país, con Teherán como capital (1779-1925), no supo encarar las reformas necesarias.

La India de los Grandes Mogoles

Hemos visto (pág. 64) que la India, un tiempo unificada a comienzos del siglo XVI por el sultanato turcoafgano de Delhî, se había fragmentado nuevamente después de 1350 en varios Estados. Los principales eran: 1º) el sultanato de Delhî, o lo que subsistía de él: la cuenca occidental del Ganges y la cuenca del Indo; 2º) los otros Estados musulmanes que se habían formado en detrimento del sultanato de Delhî, principalmente los reinos de Bengala, de Gudjarât y del Dekkan bahmaní; 3º) el último reino hindú, el de Vidjayanágar, que comprendía el extremo sur (Maysûr y Carnata) y que los musulmanes destruirían sólo en 1565. A fines del siglo XV, la fragmentación aumentó todavía con la partición del reino bahmaní del Dekkan entre varios pequeños sultanatos provinciales: Barâr, Ahmadnágar, Bidâr, Bîdjápur, Golconda.

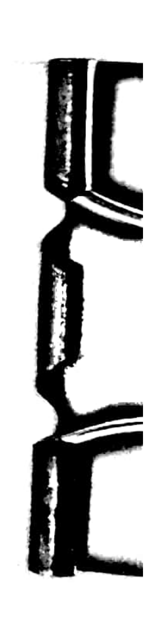
En medio de esta confusión apareció *Bábur.* Bábur era el último descendiente de Tamerlán, y el último rey timurí de Transoxiana. Expulsado en 1512 de su patrimonio de Samarqand por los turcomanos üzbek, fue a buscar fortuna en Afganistán, desde donde en 1526 invadió la India. La victoria de Pânípat (20 de agosto de 1526) le entregó el sultanato de Dehlî. Su hijo Humâyún (1530) estuvo a punto de perder esa conquista, pero Ákbar, sucesor de Humâyún, asentó definitivamente la grandeza de su casa (1556-1605). Así quedó fundado el imperio timurí de la India, comúnmente llamado imperio de los *Grandes Mogoles*[1] porque Tamerlán y sus descendientes pretendían descender de los antiguos mongoles gengiskánidas, aunque en realidad eran turcos. Añadamos que los Grandes Mogoles, turcos por la raza y musulmanes por la religión y en su mayoría príncipes letrados y finos amadores de las artes, estaban empapados de cultura persa, tanto que la conquista de la India por estos soberanos esclarecidos equivalió en el campo artístico y literario a una nueva onda de aquel "humanismo persa" cuya propagación en el mundo indogangético habían ya impulsado los anteriores sultanes de Delhî.

Ákbar dobló la extensión del imperio con la anexión de Gudjarât (1572) y Bengala (1576), y la conquista de Barâr (1572) y Ahmadnagar (1595), que le permitió hacer pie en el Dekkan.

Ákbar fue uno de los estadistas más comprensivos de la historia. Después de su triunfo sobre la fiera caballería hindú de los rádjput (cuya área de extensión superaba entonces notablemente los límites del Râdjpután actual), supo atraerse, por su no menos caballeresca generosidad, la fidelidad a su persona de aquellos brillantes caballeros feudales cuya lealtad con él nunca más se desmintió. Por lo demás, su fe musulmana no mostró ninguna intolerancia respecto del hinduismo. Como Alejandro Magno había

[1] "Mogol" es la forma dialectal afgana del mongol. (N. del T.)

favorecido los matrimonios entre macedonios y persas, así Ákbar estimuló las uniones entre señores "mogoles" y princesas rádjput. Sustituyó el brutal "régimen de cementerio", que en principio había sido el impuesto por los antiguos musulmanes de Delhî a la masa hindú, con una administración regular y tolerante. Él mismo personalmente se interesaba en el pensamiento indo y se hizo traducir las grandes obras de la literatura y la filosofía brahmánicas o búdicas. Emperador filósofo como Asoka y Marco Aurelio, trató de fundir el hinduismo con el Islam en una unidad superior que llamó "religión divina" (*Dîn-i Ilâhi*). La concepción del Islam de que él participaba y que así trató de aproximar a la mística hindú, fue la de los sufíes, extrema tendencia mística del shiísmo persa, consistente en un "inmanentismo" de por sí bastante próximo al monismo hindú.



Efectivamente, la influencia persa se mantuvo preponderante en la corte mogola. La lengua persa fue la favorita de esa corte, junto al *hindustani*,[2] difundido como lengua administrativa indígena, a título de vehículo común en medio de los innumerables dialectos locales. Igual influencia se nota ya en los monumentos que Ákbar erigió en Fátehpur Sîkrî, pero el resultado de tales tendencias no se sintió verdaderamente en el arte sino durante los reinados siguientes, los de su hijo Djahângîr (1605-1628) y su nieto Shâh Djahán (1628-1659). El *Tâdj Mahàll* de Agra (1632-1648), el palacio imperial de Delhî (1638), las grandes mezquitas de Agra y de Delhî (1644-1648), monumentos todos inmortales, nos muestran el triunfo de un verdadero clasicismo, de pureza y gusto exquisitos en su grandeza. Vuelven a encontrarse en él, pero esta vez armoniosamente fusionadas, las tradiciones hindúes y las influencias persas. Lo mismo en cuanto a la pintura. Los primeros miniaturistas "mogoles" derivan todavía exclusivamente de las escuelas iranias de Herât, Tauris e Ispahán.

[2] Nombre convencional del habla del Panjâb llamada *hindî* cuya forma más arabizada es el *urdu* (N. del E.)

Pero muy pronto, en tiempos de Djahângîr y Shâh Djahán, se sienten los efectos del eterno naturalismo de la India, que vivifica y atavía la elegancia demasiado aristocrática y convencional de los modelos persas y les confiere una savia nueva, un nuevo aliento de humanidad. Ese naturalismo se manifiesta en las representaciones de animales, poderosas y amplias, en adelante más próximas al arte indio de Sâñchî y Mâmallapúram que de las bestias, demasiado correctas, de las cacerías persas. Finalmente, y a causa de influencias llegadas de Europa —modelos italianos y holandeses—, la pintura mogola nos ofrece retratos de Djahângîr y Shâh Djahán y de los señores de su tiempo, retratos tan enérgicos y agudos que a veces nos permiten evocar en ellos el arte de un Clouet. A menudo esos retratos y las escenas de la vida de corte que les sirven de tema tienen como fondo verdaderos paisajes en que los cielos de la India nos muestran sus tintes más cálidos. Mientras de este modo una técnica de origen iranio se deja penetrar por ese soplo índico, la influencia de Irán se hace visible en las escuelas de pintura propiamente hindúes, renovándolas y dando origen así a las encantadoras miniaturas de las escuelas rádjput (escuelas de Râdjpután y de Kangra).

El último "Gran Mogol" digno de tal nombre fue Aurangzeb (1659-1707), personaje extraño que llevó al apogeo la potencia territorial del imperio, pues anexó los dos últimos reinos musulmanes del Dekkan, es decir Bîdjapur (1686) y Golconda (1687), pero que por su tiranía y su fanatismo musulmán provocó el levantamiento del elemento hindú. Su muerte fue seguida a breve plazo por el desmembramiento del imperio, que finalmente quedó reducido a los alrededores de Delhî y de Agra. Los gobernadores de provincia se emanciparon: así quedaron fundados los reinos musulmanes de Bengala, de Audh, y, en el Dekkan, el del Nizâm de Haydarâbâd (1724). El Pandjáb cayó paulatinamente en poder de los *sikh,* secta que profesaba un sincretismo hindú-musulmán y que, bajo la dirección de su *guru* Govind Singh (1675-1708), había

comenzado a organizarse como potencia militar. Pero fueron sobre todo los *marâthas,* montañeses hindúes de la región de Puna, en la actual Presidencia de Bombay, quienes se quedaron con la mayor parte de la herencia del imperio mogol. Durante el reinado de Aurangzeb, el jefe marâtha Sivâdjî había incitado a sus connacionales a declararse independientes (1674-1680). Algunas dinastías marâthas fundaron reinos particulares, como la de Hólkar en Îndaor [Indore], en el Mâlva meridional (1733), la de los Sindhya en Udjáin y Gwáliyar, en el Mâlva septentrional (1738), la de los Bhonsla en Barâr y Nágpur (1734), la de los Gaykwâr en Barodâ, en el Gudjarât (1732). Estas cuatro dinastías reconocían el señorío de la dinastía marâtha de Puna, cerca de Bombay, o más bien de los *peshvâ* o mayordomos de palacio que gobernaban en su nombre. En realidad, el lazo que unía a los diversos príncipes de la Confederación marâtha era muy tenue, y, a pesar del prestigio personal que adquirieron algunos de ellos, como el "Gran Sindhya" Mahâdadji Râo (1761-1794), político agudo que desempeñó durante un tiempo el papel de protector de los últimos emperadores mogoles de Delhî, los marâthas serían incapaces de detener la conquista de la India por los ingleses. No por eso la expansión marâtha es menos importante en la historia de la India, pues ella señala el desquite del elemento hindú contra el elemento musulmán, y el comienzo de la reconquista de la India por las poblaciones brahmánicas respecto de los conquistadores turcoiranios descendidos siete siglos antes desde Transoxiana y Afganistán a la llanura indogangética.



La China de los Ming y de los manchúes y el Tibet

Los mongoles de la familia de Gengis-Kan y de Qubilái fueron expulsados de China en 1368 por una revolución nacional china originada en las provincias meridionales. El jefe del movimiento nacional, Chu Yüan-chang,

emperador con el nombre de Hung-wu, fundó la dinastía de los *Ming,* que reinó de 1368 a 1644, al principio con capital en Nankín y luego, a partir de 1409, en Pekín. El tercer emperador Ming, Yung-lo (1403-1424), en vano intentó arrastrar a su pueblo por las vías de la expansión militar. Después de él la dinastía de los Ming se mostró constantemente pacífica, contentándose con mantenerse a la defensiva frente a las hordas de Mongolia. El pensamiento chino, replegado en sí mismo, manifestó las mismas tendencias conservadoras. El confucianismo de los letrados reaccionó contra las religiones extranjeras, aun contra el budismo, al que había favorecido la dominación mongola. Lo mismo sucedió con el arte. Los pintores Ming cristalizaron, en un academismo por lo demás pleno de talento, las libres creaciones de los grandes paisajistas Sung. En cuanto a la cerámica, se continuaron fabricando vasos monocromos, principalmente los todavía muy hermosos verde celedón (si bien perdieron la luminosidad de los vasos Sung de igual color), y se añadieron piezas de decoración pintada, en que dominan magníficos azules pero que marcan un gusto ya característico por la anécdota.

A pesar de su aislamiento, la China de los Ming recibió en el siglo XVI la visita de los navegantes portugueses que se instalaron en Macao (1557) y llevaron consigo a los misioneros jesuitas. El célebre jesuita Matteo Ricci, llegado a Macao en 1582 y muerto en Pekín en 1610, gracias a sus conocimientos astronómicos gozó del favor del emperador Wan-li.

Fue hacia esa época cuando el Tibet concluyó de constituirse como teocracia budista. El pueblo tibetano, pariente próximo de los birmanos, había permanecido bárbaro durante mucho tiempo. El budismo que lo civilizó fue predicado en ese país a partir del siglo VII de nuestra era (misiones de los monjes indos Padma Sámbhava, hacia 750, y Atîça, hacia 1050). La doctrina budista que allí prevaleció, el tantrismo, era una forma degenerada del *Mahâyâna,* que desviaba la mística mahâyánica hacia la hechicería y la magia. En el siglo XV el budismo tibetano

fue reformado por el monje Tsong Kha-pa († 1419), cuyos partidarios constituyeron la Iglesia lamaísta amarilla. Los sucesores de Tsong Kha-pa, los *dalai-lama,* fueron considerados como encarnación del Bodhisattva Avalokitéçvara; tuvieron su residencia en Lhasa, ciudad que de tal modo se convirtió en la Santa Sede de este otro papado. Hacía mucho, por otra parte, que los monasterios tibetanos desempeñaban el papel de verdaderos "conservatorios" de las escrituras santas del budismo indo. En cuanto a los bronces tibetanos, cristalizan igualmente las tradiciones del arte mahâyánico de Bengala desde el siglo IX, así como las banderas tibetanas, con su vivo colorido, conservan la tradición de la pintura inda por una parte y de la pintura china por otra.

En China, la dinastía Ming, derribada en 1644, fue remplazada por los *manchúes* [mandjúes], pueblo de raza tungusa proveniente de la actual Manchuria, el cual se sinizó rápidamente. El emperador manchú K'ang-hsi (1669-1722), a pesar de su origen tártaro, fue uno de los más grandes soberanos que haya tenido China. Estableció el protectorado chino en la Mongolia oriental (país de los jalja) y en el Tibet. Su nieto K'ien-lung (1736-1796) sometió también a la Mongolia occidental (país de los eleutas, dzúngaros o kalmukos) y la Kâshgâria (1757-1759), realizando así el programa milenario de la expansión china en Asia. Ambos, retomando la obra de los Ming, hicieron de Pekín, o mejor dicho de la Ciudad Imperial que forma su centro, un conjunto de palacios, terrazas, puentes de mármol, jardines y perspectivas dignas de las más grandes tradiciones chinas. El arte de esta época está igualmente representado por la cerámica (familia verde en tiempos de K'ang-hsi, familia rosada en tiempos de Yung-cheng y K'ien-lung). Añadamos que los misioneros jesuitas, debido a sus conocimientos de astronomía, matemática y pintura, continuaron gozando del favor de K'ang-hsi, pero después de K'ien-lung la hostilidad del medio confuciano consiguió que se retirara a las misiones la protección imperial.



Entretanto, China se había ido distanciando del resto del mundo. En tiempos de los Ming, el genio chino, hasta entonces tan poderoso, se había replegado ya en sí mismo y como adormecido, en tanto que Europa, por el Renacimiento, los grandes descubrimientos y los comienzos del espíritu científico, se renovaba. Los primeros manchúes, sobre todo K'ang-hsi, habían parecido querer, por un momento, recuperar el tiempo perdido: el interés que ponían en los descubrimientos europeos que les revelaban los jesuitas lo atestigua. Pero, después de K'ien-lung, China renunció definitivamente al esfuerzo de adaptación necesario. Cuando la revolución industrial del siglo XIX llegó a abastecer de instrumentos técnicos a Occidente, el Extremo Oriente se hallaba aún retrasado, en plena Edad Media.



Capítulo IX

LA INSULARIDAD JAPONESA

El Japón antiguo

Los primeros ocupantes del Japón fueron los ainu, población atrasada, si bien de raza "blanca", hoy relegada al extremo norte del archipiélago, adonde paulatinamente los empujaron los japoneses. En cuanto a los japoneses, que así fueron conquistando de sur a norte el archipiélago, parecen producto de un doble elemento altaico-tunguso y malayo-polinesio.

El estadio neolítico está representado en el archipiélago japonés por una cerámica de decoración trenzada o cordelada, el *jômonshiki*, y el estadio eneolítico por una cerámica de torno, el *yayoishiki*. De principios de la edad del hierro, es decir, aquí, de la época prebúdica (primeros siglos de nuestra era), datan los túmulos funerarios principescos (*misasagi*), que continúan la tradición del dolmen y en que se han hallado figuras de terracota (*haniwa*) que representan personas y animales (caballos, etc.).

El Estado japonés habría sido fundado por el primer *tennô* (emperador), el legendario Jimmu (660-585 a. C. según la tradición; entre 17 a. C. y 10 de nuestra era en la cronología rectificada de Wedemeyer). De la isla meridional de Kyûshû, Jimmu habría venido a establecerse en la provincia de Yamato, en el sudoeste de la gran isla de Hondo. La religión primitiva japonesa, el *shintoísmo*

(*shintô,* "vía de los espíritus"), es el culto de las divinidades de la naturaleza —Izanagi e Izanami, la pareja creadora del mundo; Amaterasu, la diosa del sol, y los innumerables *kami,* espíritus o divinidades de la tierra y de las aguas— y es también el culto de los antepasados.

Hasta el siglo VI de nuestra era, el Japón vivió bastante aislado, a despecho de sus intervenciones en las querellas de los príncipes coreanos. La introducción del budismo y de la civilización china, en la segunda mitad del siglo VI, lo ligó con el continente. Ello fue obra de varios príncipes, sobre todo de la emperatriz Suiko (593-629) y de su sobrino el príncipe *Shôtoku taishi* (572-621), que se esforzaron por transformar la corte y la administración según el modelo chino y reformar las costumbres según las enseñanzas de la caridad búdica. El Japón asimiló la civilización china con tanta rapidez como ha asimilado en nuestros días la civilización occidental. El arte japonés de la *época Suiko* nos ha dejado estatuas búdicas, largas figuras místicas inspiradas en el arte chino de los Wei (ver pág. 57). El monasterio de *Hôryûji* en Nara, que parece remontar a 607, ha conservado admirables frescos que recuerdan a los de Asia Central (Qïzïl, cerca de Kucha, y Turfán) y, a través de este intermediario, la influencia índica.



En 710 la capital se estableció en *Nara,* en Yamato, y allí quedó hasta 784. El más grande emperador de Nara, Shômu tennô (724-741), fue muy celoso budista. Para conservar las reliquias de este emperador se fundó el célebre *Shôsôin* o tesoro imperial de Nara (756).

El emperador Kwammu (782-806) transfirió en 794 la capital a Heian-kyô, en Miyako, la actual Kyôtô. Del nombre antiguo de esta ciudad deriva el de *período Heian* que se da a la época 794-1192. A partir de 850 el poder efectivo pasó a manos de la familia *Fujiwara,* estrechamente emparentada con la familia imperial. El budismo tomó nuevo impulso con las sectas esotéricas del Tendai y del Shingon, introducida la primera por el monje Dengyô Daishi (767-822), la segunda por el monje Kôbô Daishi

(774-835). Por otra parte, dos escritoras, Murasaki Shikibu († 992) y Sei Shônagon (también de los últimos años del siglo x), nos han dejado una pintura encantadora de la vida delicada y refinada de la corte de Kyôtô bajo la influencia de la cultura china y la mansedumbre búdica.

El shôgunato de Kamakura

Así las cosas, la corte de Kyôtô, demasiado sinizada y refinada, perdía influencia en las provincias, que habían permanecido más rústicas. Contra la centralización a la china, la clase de los guerreros (*samurai*) se organizó de una manera completamente feudal, siguiendo el ideal del *bushidô,* código del honor caballeresco. El país se distribuyó en clanes territoriales o baronías que tenían cada una a su cabeza una dinastía de barones (los *yôden,* dichos desde entonces *daimyô*), cada vez más indóciles a las órdenes de la corte de Kyôtô. Dos grandes familias militares, descendientes de segundones imperiales, los *Taira* y los *Minamoto,* agruparon a estos clanes y se disputaron armas en mano la hegemonía (siglos XI-XII). Al principio ganaron la partida los Taira con Kiyomori, que ejerció la dictadura de 1159 a 1181, pero finalmente triunfaron los Minamoto con Yoritomo, quien, después de exterminar a los Taira, se convirtió en *shôgun,* es decir generalísimo del imperio, todopoderoso mayordomo de palacio (1185-1199). Yoritomo estableció la sede de su shôgunato en Kamakura, en el norte, al sur de la actual Tôkyô, mientras los emperadores, los *tennô,* relegados a funciones honoríficas, continuaban residiendo en el mediodía, en Kyôtô. Después de él el gobierno (*bakufu*) del shôgunato de Kamakura quedó a cargo desde 1200 hasta 1333, de una dinastía de regentes (*shikken*), la familia Hôjô. Uno de ellos, Hôjô Tokimune, rechazó en dos oportunidades (1274 y 1281) los cuerpos de desembarco enviados contra el Japón por el emperador mongol Qubilái.



Durante el período feudal, el budismo continuó des-



Mapa 3. Asia desde



dos Edad Modernos.

arrollándose. Dos grandes monjes, Hônen (1133-1212) y Shinran (1174-1263), predicaron un pietismo que tenía por objeto al Dhyâni-buddha[1] *Amida* (sánscrito: Amitâbha). El primero fundó la secta de la Tierra Pura o *Jôdoshû;* el segundo, el *Shinshû,* rama reformada de la anterior. Esta doctrina, el *amidismo,* todo confianza en la bondad divina, terminó en una especie de quietismo, en una religión del corazón plena de ternura. Otros monjes budistas propagaron la doctrina intuitiva de la contemplación o *Zen,* que pronto se transformó en una escuela de estoicismo militar para uso de los samurai, y el gran reformador Nichiren (1222-1280) fundó la secta del *Hokkeshû,* especie de misticismo nacionalista que ejerció una influencia política tonificante en el momento de la invasión mongola. Además, la época de Kamakura conoció un renacimiento del arte, especialmente en la estatuaria (retratos).

El emperador Go-Daigo (1319-1338) trató de restaurar el poder imperial. En efecto, abatió al shôgunato de Kamakura (1333); pero una nueva casa feudal, la de los Ashikaga, dio fin a esta efímera restauración: restableció el shôgunato en beneficio propio, y lo conservó de 1338 a 1573. Sin embargo, los Ashikaga no pudieron impedir el debilitamiento del poder central, tanto que, a principios del siglo XVI, el Japón, dividido en *daimyatos* hereditarios, sufrió una fragmentación feudal análoga a la que en ese mismo tiempo padecía el Sacro Imperio en Occidente. Pero en medio de esas turbulencias nacieron los grandes paisajistas Sesshû (1420-1506), Sesson (1450-1506), y Sôami (también fines del siglo XV), discípulos tardíos de los paisajistas chinos de la época Sung. Por otra parte, la *escuela de Tosa,* fundada en el siglo XIII, continuaba representando, dentro de la tradición de los "primitivos", escenas de la historia y la leyenda nacionales, mientras la *escuela de Kanô,* ilustrada por los paisajistas Motonobu (1476-1559) y Tanyû (1602-1674), renovaba la inspira-

[1] "Buddha de meditación": una de las manifestaciones de la Esencia del Buddha en el *Mahâyâna.* (N. del T.)

ción artística. Igualmente a partir del siglo XV, se halló constituido el drama lírico *Nô* por la adición de un diálogo a las viejas danzas sagradas que representaban en pantomima las antiguas leyendas japonesas.

El shôgunato de Edo

El poder central fue restaurado por los tres fundadores del Japón moderno: Oda Nobunaga, Hideyoshi y Tokugawa Ieyasu. Nobunaga (1534-1582) abolió en 1573 el shôgunato de los Ashikaga, desde hacía mucho tiempo reducido a la impotencia, y se hizo reconocer en su lugar como dictador, con el título de *gon-dainagon*. Se mostró favorable a los extranjeros, especialmente a los navegantes portugueses y a los misioneros jesuitas que aquéllos llevaban consigo. Hacia esta época, en efecto, fue cuando San Francisco Javier estuvo en el Japón (1549-1551). Por otra parte, los marinos japoneses, sobre todo los del *daimyato* de Satsuma, en Kyûshû, comenzaron a tentar fortuna a lo largo de las costas del mar de la China, hasta Siam. Hideyoshi (1536-1598), militar afortunado que llegó a dictador con el título de *kwampaku* (1586), envió sus ejércitos a conquistar Corea (1592), empresa sólo impedida por la noticia de su muerte (1598). También él favorable al principio a los misioneros jesuitas, pronto inauguró, sin embargo, la persecución contra ellos. Ieyasu (1542-1616) fundó en 1603 el shôgunato de su casa, la de los Tokugawa, destinada a perdurar hasta 1868, que tuvo su residencia en Edo (o Yedo), la actual Tôkyô. Ieyasu cerró el Japón a los extranjeros (portugueses, etc.) y proscribió al cristianismo. En el interior, organizó el shôgunato como una monarquía absoluta, domesticando a los *daimyô*, como Luis XIV lo haría con la nobleza francesa, si bien respetó a la dinastía imperial, que siempre se había conservado, con funciones puramente honoríficas, en Kyôtô. Los descendientes de Ieyasu, los *shôgun* de la dinastía Tokugawa,



mantuvieron en los siglos XVII y XVIII el régimen absoluto instituido por su antepasado.

El arte de los Tokugawa se conoció en Europa menos a través de pintores como Kôrin (1661-1716) que por los maestros de la estampa popular, tales como Kiyonaga (1742-1815), Utamaro (1753-1806), Hokusai (1760-1849) y Hiroshige (1792-1858). En cuanto a la literatura, lo que Occidente llegó a apreciar fueron poemas breves cuya factura es tan exigente como entre nosotros el soneto. En efecto: la poesía japonesa, que desde la época de las compilaciones del *Manyôshû* (ca. 750) y del *Kokinshû* (905-922) se había dedicado a los *tanka* (poemas de treintiuna sílabas), a partir del siglo XVI concentró aun más la expresión del pensamiento creando el *haikai*, notación impresionista que no debe pasar de diecisiete sílabas.



Capítulo X

INDOCHINA E INSULINDIA

Pegu y Camboya



Indochina se divide históricamente en dos partes: países de civilización índica al oeste y países de civilización china al este. Los países de civilización índica son Birmania, Siam, Camboya y el antiguo Champa. Los países de civilización china son los países annamitas (Tonkín y Annam).

Birmania fue poblada por dos razas: al sur, en el antiguo Pegu, los *mon,* parientes de los khmer de Camboya; al norte los birmanos, parientes de los tibetanos. La civilización índica, y particularmente el budismo, penetraron en el país, principalmente por la vía de Pegu. Anurudha, rey de Birmania, se anexó Pegu en 1507, y el budismo de los vencidos terminó por conquistar a los vencedores. Se trataba del budismo *Hînayâna,* es decir el de Ceilán, que es el que reina aún hoy en el país. Las capitales birmanas, al principio Prom, luego, desde comienzos del siglo IX, Pagan, y de 1364 a 1781, Ava, conservan en sus pagodas el recuerdo de esta larga tradición budista.

Camboya, poblada por los *khmer,* hermanos de raza de los de Pegu, si bien conservó su lengua, fue pacíficamente ganada ya en los primeros siglos de nuestra era para la cultura índica por "civilizadores indos", que aportaron allí el brahmanismo y el budismo. Las dinastías reales adhirieron al dios Çiva y el sánscrito fue la lengua de las inscripciones.

El país camboyano estaba entonces repartido entre dos reinos gemelos cuyos nombres conocemos sólo por las transcripciones chinas: *Fu-nan,* en la Cochinchina y la Camboya actuales, y *Chen-la,* en el actual Laos. Hacia mediados del siglo VI de nuestra era, Chen-la conquistó a Fu-nan, creando así la unidad camboyana y el imperio khmer.

Los siglos de oro del imperio khmer comienzan con el reinado de Djayavarman II (802-869), quien construyó un templo çivaíta en el monte Kulen, el antiguo *Mahendrapárvata,* al norte de Angkor. Uno de sus sucesores, Yaçovarman I (ca. 889-910) estableció su capital en *Yaçodharapura,* la actual Angkor. En 969 se construyó al norte de Ankor el pequeño templo de Banteai Srei (*Îçvarapura*), con deliciosos altos relieves. El rey Sûryavarman I (1002-1049) incorporó al imperio khmer el país de Dvâràvatî, entonces habitado por gentes de raza mon, en el sudeste de la actual Siam. Uno de sus sucesores, a mediados del siglo XI, construyó en Angkor el templo del Bafuon. El rey Sûryavarman II (ca. 1112-1152) sometió temporariamente a Champa, es decir la parte meridional del futuro Annam. Construyó al sur del recinto de Angkor el templo de Angkor Vat, de inspiración general vishnuita, monumento de elegancia clásica en que la arquitectura khmer alcanza su apogeo; en sus muros, innumerables bajos relieves figuran las escenas de las epopeyas indias, el *Râmáyana* y *Mahâbhárata,* o relatan la vida de corte y las expediciones de los soberanos khmer. El rey Djayavarman VII (1181-ca. 1218) sometió nuevamente a Champa (sur de Annam). Después de las investigaciones de los últimos diez años, se atribuye a su época la construcción del Bayon, templo central de la actual Angkor.

Con el estilo del Bayon, la estatuaria khmer, modelada en ese asperón camboyano, tan plástico, nos ofrece sus obras más humanas. Entonces aparece en las cabezas búdicas esa sonrisa interior, la sonrisa con ojos cerrados, expresión la más perfecta de la visión beatífica del *Nirvâna* (puede vérsela en la colección khmer del Museo Guimet).

El Bayon mismo está coronado por un cuádruple rostro sonriente del Bodhisattva Lokéçvara (Avalokitéçvara).

En la segunda mitad del siglo XIII, el imperio khmer decayó. Al este, Champa fue evacuado (1220). Al oeste, el descenso de los thai o siameses arrancó a los khmer sus posesiones del sudeste de Siam actual, paso previo al acosamiento que en el siglo XV confinaría a los khmer en el corazón de su Camboya originaria.

El antiguo Champa

Los cham (pronúnciese, aproximadamente, "tchiam") eran un pueblo de raza malayopolinesia, de vocación marítima, que ocupaba a fines de la Antigüedad las costas meridionales del Annam, desde la región de Huê [1] hasta el cabo de Santiago. Como Camboya, Champa había aceptado la civilización índica, el brahmanismo y el budismo. El culto dominante era el çivaísmo. El sánscrito se convirtió en la lengua de las inscripciones y los reyes cham usaban nombres sánscritos. Las capitales del país fueron, en sus nombres sánscritos, al principio *Indrapura*, la actual Tra-kiêu, en Quang-nam, cerca de Turan, y luego, a partir del año 1000, *Vidjâya*, la actual Binh-dinh, cuando los cham debieron comenzar su retroceso hacia el sur por la presión de los annamitas. Los principales monumentos cham son los santuarios çivaítas del circo de Mi-so'n y de Tra-kiêu, en Quang-nam (hacia el siglo VII) y los monasterios budistas de Dong-du'o'ng (siglo IX). La escultura cham nos ha dejado, en relieve o en bulto, obras brahmánicas o búdicas inspiradas por el arte índico, como las esculturas khmer, pero con frecuencia acentuadamente originales por su fuerza y su gracia (colección cham del Museo de Turan).



Los cham lucharon en el oeste con los khmer, de igual

[1] En annamita o vietnamés ê indica una *e* cerrada; *o'* y *u'* indican respectivamente *o* y *u* pronunciadas con los labios en posición de *e* (no estirados); *nh* se pronuncia como *ñ* (N. del E.)

civilización índica que ellos, quienes, como hemos visto, trataron varias veces de subyugarlos en el siglo XII. Y por el norte no cesaron de guerrear con los annamitas, de civilización china, que concluirán por aniquilarlos.

Los annamitas

Los annamitas son originarios de Tonkín. Su lengua parece emparentada con la de los thai o siameses. El país que ocupaban, es decir Tonkín y las provincias septentrionales de Annam hasta el norte de Huê, fue sometido por los chinos en 111 a. C. y quedó como dependencia del imperio chino hasta 939 de nuestra era. En 939, los annamitas sacudieron el yugo chino y se constituyeron como imperio independiente con capital en la región de Hanoi, pero siempre conservaron una cultura inspirada en la china.

Las dinastías annamitas que se sucedieron entonces tuvieron como constante objetivo empujar cada vez más al sur a sus vecinos meridionales, los cham, que, como se ha visto, ocupaban el sur de Annam. En 1306 los annamitas les arrancaron así la región de Huê. El curso de su historia no fue interrumpido por un breve período de ocupación de Tonkín-Annam por China, de 1407 a 1428. El héroe Lê Loi, que expulsó a los chinos (1428), fundó la dinastía de los Lê, la cual tuvo por capital principal a Hanoi, y en 1471 se apoderó de la capital cham, Vidjâya, en Binh-dinh. En la segunda mitad del siglo XIV, mientras los emperadores Lê se volvían reyes holgazanes, dos dinastías de mayordomos de palacio se distribuyeron el poder: por una parte los *Trinh*, instalados en Hanoi junto a los emperadores Lê, gobernaron Tonkín; por la otra los *Nguyên*, instalados en Huê gobernaron Annam, al sur de la muralla de Dong-hoi. Los Nguyên, llevando cada vez más al sur la invasión annamita, se anexaron los últimos territorios cham (Phan-thiêt) en 1697 y les quitaron en Camboya la actual Cochinchina (ocupación de Saigón, 1698).

Entre 1770 y 1786, los Nguyên en Huê y los Trinh en

Hanoi fueron derribados por la revuelta de los piratas llamados Tay-son. Pero el heredero de los Nguyên, Nguyên-Anh, refugiado en Cochinchina y ayudado por un misionero francés, Pigneau de Béhaine, obispo de Adran, recuperó Annam, expulsando a los Tay-son (1801), y Tonkín (1802); unificó así el dominio annamita. Subió entonces al trono con el nombre de Gia-long y fundó la dinastía imperial de los Nguyên, que reinó en Huê hasta 1945.

Siam y Birmania

Los siameses forman parte de la raza *thai,* que comprende también a los shan, habitantes de la Birmania oriental, y a los laosianos. Durante el siglo XIII, los thai, descendiendo de los confines de Yün-nan al valle del Menam, arrebataron el actual Siam a sus ocupantes anteriores, que eran de raza mon. El primer rey thai que haya dejado su marca en la historia es Râma Kamhêng (1283-1297), cuya capital fue Sokhotai. En 1351 se fundó la ciudad de Ayuthia, que fue capital de Siam hasta 1797. La religión de los siameses era el budismo *Hînayâna,* importado de Ceilán junto con el dialecto indo llamado pâli, como lengua sagrada. Habiendo vencido y más o menos avasallado a los camboyanos, y finalmente arrebatádoles la propia región de Angkor, los siameses les impusieron el budismo *Hînayâna* (en lugar del budismo *Mahâyâna* y del civaísmo, religiones de los antiguos reyes khmer).



Pronto comenzó un duelo entre Siam y Birmania. El rey de Birmania, Bureng Naung, entró como vencedor en Ayuthia (1569). Siam se rehízo, sin embargo, y durante el reinado de Phra Narai (1656-1688) hasta tuvo relaciones con Luis XIV. Pero el rey de Birmania Alaung-phra (1753-1760) invadió nuevamente a Siam. En 1767 los birmanos destruyeron a Ayuthia; y, una vez rechazado el enemigo, los siameses establecieron su capital en Bangkok (1772).

INSULINDIA

Insulindia está habitada por los malayos, población de la familia malayo-polinesia, de vocación marítima. En los primeros siglos de nuestra era, Java [Djava] y Sumatra fueron civilizadas por navegantes indos, que aportaron el budismo *Mahâyâna* y el brahmanismo junto con la literatura sánscrita que acompañaba a estas dos religiones. Del siglo VII al X la hegemonía en los mares del archipiélago de Sonda perteneció a un estado así indianizado: el reino de Çrîvídjaya, cuyo centro estaba en Palembang, Sumatra (dinastía Çailendra). A esta época pertenecen los grandes monumentos de Java central, principalmente el templo-montaña budista de *Borobúdur* (ca. 750), con sus admirables bajos relieves esculpidos, de factura puramente índica, obra maestra del arte índico en la India Exterior; también el templo hinduista de Prambanan, de clasicismo índico no menos perfecto en sus relieves (siglo IX). La curva del arte javanés va de esta escultura enteramente índica de Java central a la escultura ya desindianizada que en la época siguiente será la de Java oriental (templo de Panataran, siglo XIV); el resurgimiento malayo-polinesio será completo con las siluetas de los *wáyang*[1] contemporáneos, que sólo tienen que ver con las artes del Pacífico.

A partir del siglo X, el papel protagónico pasa, en efecto, a los estados de Java oriental. Allí fue donde Raden Vídjaya fundó en 1293 el imperio de Madjapáhit, que remplazó al reino de Çrîvídjaya en la hegemonía de los mares de Sonda. A partir del siglo XV, los estados javaneses abandonaron el brahmanismo y el budismo para convertirse al Islam. Pero, a despecho de la islamización, el teatro javanés continuó inspirándose en la literatura índica y las escenas del *Râmâyana* y el *Mahâbhárata* son las que los cuerpos de danza de la corte continuaron representando en sus pantomimas, al son de las orquestas de *gámelang*.

[1] Títeres. (N. del E.)

Capítulo XI

LA CONQUISTA EUROPEA Y LA REACCIÓN ASIÁTICA

El imperio angloindio, China e Indochina

El gran acontecimiento en la historia de Asia durante el siglo XIX es el establecimiento de la hegemonía europea. Se debió principalmente a que, poseyendo los europeos el dominio del mar, ello les permitió atacar por el flanco a los imperios asiáticos; también se debió a la superioridad de la artillería y de la mosquetería europeas sobre el armamento indígena.

El movimiento había comenzado en el siglo XVI. Sus iniciadores fueron los portugueses: ya en 1498 Vasco da Gama, habiendo realizado la circunnavegación de África, había abordado la India en Calicut [Kallikkó tei]. El interés que presentaba para los portugueses la posesión de los puertos de donde partía el comercio de las especias llevó al almirante Albuquerque a ocupar Goa (1510) y Malaca (1511). En pocos años, además, se aseguraron el control de las costas de Ceilán e Insulindia. A principios del siglo XVII fueron parcialmente suplantados por los holandeses. En 1619 los holandeses fundaron Batavia en la isla de Java, y a esta fundación siguió la lenta toma de posesión de las diversas islas de Insulindia; en 1638 el rajá de Ceilán reconoció su protectorado. Pero correspondió a los ingleses llevar a buen fin la obra de conquista europea, apenas esbozada por las gentes de Lisboa y Amsterdam.

Los ingleses, como los portugueses y los holandeses, comenzaron simplemente por adquirir factorías de comercio: Madrás (1640), Bombay (1661) y Calcuta [Kalkattâ] (1690). Sólo a mediados del siglo XVIII pasaron de sus establecimientos costeros a la conquista del interior. Su buen suceso se debería a tres causas: 1º, la anarquía política en que la disolución del imperio mogol había dejado al país; 2º, la superioridad, ya señalada, de su armamento sobre el de los indígenas; 3º, la continuidad de su política colonial, en contraposición con los vuelcos de la política francesa. Los ingleses, en efecto, chocaron en la India con los franceses establecidos en Pondichéry [Puduchcheri] (1674) y en Chandernagor [Chondranágar] (1686). Un francés de genio, Dupleix, estuvo a punto de dar a su país la hegemonía en el Dekkan (1742-1754), pero la metrópoli lo abandonó. Mejor sostenidos por la suya, sus émulos británicos, Clive (entre 1751 y 1760) y Warren Hastings (entre 1772 y 1785), aseguraron para Inglaterra la ocupación de hecho de Bengala (1757) y de Carnata (1761). Durante la administración del cuarto gobernador británico, Wellesley (1798-1805), fue ocupada Delhî, la capital mogola (1803). Por añadidura, de las guerras napoleónicas Inglaterra conservó Ceilán, arrebatada a los holandeses (1815). En 1819, después de las "guerras marâthas", los ingleses se anexaron el país marâtha, que forma hoy la mayor parte de la Presidencia de Bombay. En 1849, después de la guerra contra los sikh, se anexaron igualmente el país de los sikh, el Pandjâb. La "rebelión de los cipayos" de 1857 fracasó por falta de entendimiento entre los sublevados, y en 1877 la proclamación de la reina Victoria como emperatriz de las Indias anunció al mundo que el imperio de los Grandes Mogoles se había restaurado en provecho de la Corona británica. En 1866, la anexión de Birmania completó el edificio.

El establecimiento de la dominación británica en la India tuvo como contragolpe la apertura de China. En China, después del emperador K'ien-lung (1736-1796), la dinastía manchú había entrado en decadencia, y con sus desaciertos provocaba a Europa. Durante mucho tiempo

había sido tolerante con los misioneros, pero en 1805 proscribió el cristianismo. Sin embargo, fue por un motivo menos honorable, para forzar al gobierno de Pekín a aceptar la importación del opio, por lo que Inglaterra declaró la guerra a China y se apoderó de Hong-kong. China debió consentir en la apertura de cierto número de otros puertos (1843, 1844). En 1860, durante una nueva expedición, esta vez francoinglesa, los aliados ocuparon Pekín (octubre de 1860), lo cual tuvo por resultado la apertura de nuevas plazas de comercio. Entretanto, en el sur, un movimiento insurreccional chino, dirigido por la secta mística de los *T'ai-p'ing,* estallaba con el objeto de expulsar a la dinastía manchú y se apoderaba de Nankín (1853), pero un ejército anglonorteamericano ayudó a los manchúes a aplastar esa revuelta (1864). Los intereses británicos se volvieron desde entonces preponderantes en China, particularmente en el valle del Yang-tseh, y más especialmente en Shang-hai, ciudad internacional, chino-extranjera, surgida a partir de 1842 junto al estuario del río y destinada a un impulso digno de las ciudades norteamericanas.



Por medio de Singapur, ocupada desde 1819, y de Hong-kong, que se había transformado en el mayor puerto comercial del Extremo Oriente, Inglaterra dominaba a la sazón los mares de China.

Por su lado, Francia había orientado sus miras hacia Indochina. En 1862 consiguió que los annamitas le cedieran Cochinchina; en 1863-1864 estableció su protectorado sobre Camboya. En 1882-1883 ocupó Tonkín y se hizo reconocer por la corte de Huê (dinastía *Nguyên*) el protectorado sobre Annam (1883). Así se constituyó, con Hanoi como centro administrativo, la Indochina francesa, a la que Francia dotó de material técnico moderno y de la que hizo una unidad económica viable. Francia, por lo demás, recuperó para el conocimiento el gran pasado de Indochina, con las excavaciones practicadas en los sitios de las antiguas ciudades khmer y cham, especialmente con la *resurrección de Angkor.*

El avance ruso en la Alta Asia

La restauración del imperio de las Indias en provecho de Inglaterra en Asia meridional tuvo como contrapeso la extensión del imperio ruso en Asia boreal.

La expansión o, más exactamente, la "prolongación" de Rusia en Asia había comenzado ya en el siglo XVI. En Siberia, los rusos no encontraron sino un país escasamente poblado, una tierra casi virgen, sin más que unas pobres tribus finugrias, turcas o tungusas, que se mantenían en un estadio muy primitivo. Los rusos se establecieron en Tobolsk (1587), en Tomsk (1604), en Irkutsk (1652), en Nerchinsk (1656). En ese suelo tan parecido a la Rusia europea, donde el colono no se encontraba extraño, la "tierra rusa" se continuaba naturalmente: la expresión *Rusia asiática* corresponde a una realidad geográfica. La colonización rusa llegó al mar del Japón en el siglo XIX, con la anexión de las provincias del Amur (1858) y del Ussuri (1860) y la fundación de Vladivostok. "dominación de Oriente", que el Transiberiano (concluido en 1902) unió con Europa. La Rusia asiática se completó con la conquista del Turkestán occidental; en 1868, anexión de Samarqand y protectorado de Bujâra; en 1875, anexión de Fergâna y protectorado de Jiva. Los soviets añadieron en 1921 la Mongolia Exterior.



La modernización del Japón

Desde 1603 el Japón estaba gobernado —bajo la cubierta de la dinastía imperial relegada en Kyôtô a funciones puramente honoríficas— por la dinastía de *shôgun* de la familia Tokugawa, que, instalada en Yedo, la actual Tôkyô, había impuesto su absolutismo a los *daimyô* o barones territoriales (ver pág. 95). Sin embargo los clanes agrupados en torno de diversos *daimyô* se mantenían vivaces, y la clase militar de los *samurai* se mostraba profundamente ligada a los diversos clanes. Cuando las marinas europeas y

norteamericana exigieron del Japón, como de China, la apertura de los puertos, el patriotismo japonés se vio inducido a revisar todas las instituciones del país. Un príncipe por cierto notable, el emperador *Mutsuhito*, más tarde conocido con el nombre de *Meiji-tennô* (1866-1912), apoyado por los clanes de Shôshû y Satsuma, se aprovechó de ello para derribar al shôgunato de los Tokugawa y restablecer el gobierno directo de su propia casa (1868); como signo visible de tal revolución, trasladó su capital de Kyôtô a Tôkyô, para dar a entender, a la manera de Luis XIV, que pensaba ser su propio *shôgun* (1869). Así comenzó la *era Meiji* o del gobierno esclarecido, que se aplicó a europeizar el aspecto exterior de la civilización japonesa, suprimiendo no sólo el shôgunato sino también los daimyatos y todo el feudalismo (1871). El Japón adoptó entonces instituciones imitadas de las de Europa, sobre todo un excelente ejército moderno.



Ese ejército no tardó en ponerse a prueba. En 1894 estalló entre China y el Japón una guerra por el protectorado de Corea. Vencedores en todas partes, los japoneses ocuparon no solamente Corea sino también Port-Arthur, en el sur de Manchuria, y Formosa (1894-1895). Por el tratado de Shimonoseki, China debió entregarles todas las conquistas que los japoneses habían hecho (1895), pero la intervención diplomática de Rusia, Francia y Alemania obligó a éstos a evacuar inmediatamente Manchuria y Corea, conservando únicamente Formosa.

La revelación de la debilidad china estimuló a las potencias occidentales a comenzar el reparto del Celeste Imperio. Alemania ocupó en Shan-tung el territorio de Kiao-chu (1897), Rusia se apropió de Manchuria, con Port-Arthur (1897 - 1898), e Inglaterra de Wei-hai-wei (1898). El joven emperador de China, Kuang-hsü, para salvar a su país de la suerte que lo amenazaba, concibió el designio de modernizarlo según el ejemplo del Japón, pero la emperatriz viuda, la temible Tz'e-hsi, que representaba al partido conservador manchú, no le dio tiempo. Pronunció la destitución del infortunado monarca (1898) y favoreció la agitación xenófoba dirigida por la secta que los

ingleses denominaban *bóxers*. En 1900 y en la misma Pekín los bóxers, envalentonados por Tz'e-hsi, asaltaron las legaciones extranjeras. Para librarlas fue necesaria una expedición internacional al mando del mariscal alemán Waldersee, que el 14 de agosto de 1900 entró en Pekín.

La reacción asiática contra Europa

Después de la guerra de los bóxers, Rusia apretó la mano en Manchuria y pensó en someter a Corea. El Japón, frustrado por aquélla en los frutos de su victoria de 1894, se preparó para la guerra; Inglaterra se sintió dichosa de aprovechar la ocasión de oponer una barrera a la expansión rusa y acordó su apoyo al Japón (1902) prometiéndole que en caso de conflicto llegaría a impedir que Francia y Alemania ayudaran a los rusos.

La guerra de Manchuria entre Rusia y el Japón comenzón el 8 de febrero de 1904. El generalísimo japonés Oyama batió a los rusos en Liao-yang (agosto-setiembre de 1904). El general Nogi se apoderó de Port-Arthur (2 de enero de 1905). El almirante Togo hundió la última escuadra rusa en Tsushima (27-28 de mayo de 1905). Por el tratado de Portsmouth (5 de setiembre de 1905), Rusia renunció a toda pretensión sobre Corea y sobre la Manchuria meridional. Corea fue colocada bajo el protectorado japonés (1905) mientras llegaba el momento de la anexión definitiva (1910). Port-Arthur y Dalny (Dairen), al sur de Manchuria, se convirtieron en ciudadelas japonesas.

Las repercusiones de la victoria japonesa fueron incalculables en Asia. Un pueblo asiático podía, pues, a condición de europeizarse, derrotar a los europeos. En China, el partido revolucionario y nacionalista del *Kuo-min-tang*, dirigido por el protestante cantonés Sun Yat-sen, comenzó una agitación que en la región cantonesa y en el Yang-tseh terminó en el levantamiento de 1911. En febrero de 1912 abdicó la dinastía manchú y se proclamó la república china. La presidencia de la república fue ocupada por el dema-

siado hábil virrey Yüan Sheh-k'ai, que en 1915 trató de restaurar la monarquía en provecho propio, pero fracasó y desapareció (1916). El país, sobre todo en el norte, se sumergió entonces en la anarquía militar; luego los sudistas del Kuo-min-tang, dirigidos por el cantonés Chiang Kai-shek, tomaron Pekín y transfirieron la capital a Nankín (1928). Pero la hora de Japón había llegado.

El Japón, como aliado de la *Triple Entente,* se había aprovechado de la guerra mundial para quitarle a Alemania sus posesiones de Shan-tung (noviembre de 1914). Pero en la conferencia de Washington de 1921-1922, los Estados Unidos e Inglaterra lo obligaron a abandonar esas conquistas. Tras un retiro de diez años, el gobierno de Tôkyô volvió a su política expansionista. Ocupó nuevamente Mukden (1931) e hizo de Manchuria un Estado autónomo, el *Manchu-kuo,* independiente de la república china y protegido por el Imperio del Sol Naciente (1932). En 1937 el Japón entró en guerra abierta con China. Sus ejércitos ocuparon Pekín, Nankín y las provincias costaneras, mientras el presidente de la república china, Chiang Kai-shek, debía retirarse a Sze-ch'uan. Y, aprovechando luego la segunda guerra mundial para atacar a las potencias anglosajonas (Pearl Harbour, 7 de diciembre de 1941), los japoneses conquistaron momentáneamente las Filipinas, Hongkong, Singapur, Insulindia y Birmania; pero fueron aplastados finalmente y volvieron a perder todas sus posesiones (MacArthur en Tôkyô, setiembre de 1945).

La revuelta moral o efectiva contra la dominación o la hegemonía europeas no se limitó al Extremo Oriente. En la India, como resultado aparentemente paradójico, la reunificación del territorio índico por los ingleses y la difusión de la cultura europea tuvieron como consecuencia inevitable que se preparara la aparición de una conciencia nacional dirigida contra la dominación británica. De tal estado de espíritu nació la reunión anual de una especie de parlamento indígena oficioso llamado el *Congreso de la India* (primera reunión en 1885), donde los intelectuales hindúes y musulmanes aprendían a olvidar su milenario

antagonismo y a no pensar sino en la común *Mother India.* Durante mucho tiempo este movimiento no tuvo otro objeto que obtener un *svarâdj* o *self government* a la manera de los Dominios británicos. Con Gandhî (1869-1948), la India obtuvo su independencia completa, pero mediante la secesión del país musulmán o Pakistán (1947). Annam-Vietnam en simbiosis con la Unión Francesa, e Indonesia en simbiosis con Holanda, alcanzaron su independencia (1949). En China, el partido comunista de Mao Tse-tung remplazó al Kuo-min-tang (1949). En el Medio Oriente, Irán se modernizó a partir de 1925 bajo la dirección de los Pahlaví.

Finalmente, el desmoronamiento del imperio otomano como consecuencia de la primera guerra mundial engendró el renacimiento de una Turquía puramente nacional. El iniciador de esta revolución fue un soldado, el *atatürk* Mustafá Kemal (1880-1938). En el desorden que siguió al tratado de Sèvres (mayo de 1920), Mustafá Kemal reunió en Ankara una "gran asamblea" decidida a defender el "turquismo" contra los ingleses y los griegos. Con la victoria de Saqariya (agosto-setiembre de 1921) y con la toma de Esmirna (setiembre de 1922), expulsó a los griegos de Anatolia y obligó a las potencias a reconocer, por el tratado de Lausana, la independencia de la república turca (julio de 1923), a la cual él europeizó radicalmente. En los países árabes, el mandato inglés en Irâq y el mandato francés en Siria y Líbano, que en 1919 habían surgido de la partición del imperio otomano, han cesado. Egipto, que recobró su independencia, reclamó la cesación de la ocupación británica. La Liga Árabe agrupó y orientó en adelante a todos esos países en un sentido nacionalista.

Concluyamos este rápido esquema. Occidente, gracias a la superioridad de su técnica industrial y militar, sometió a Asia durante los siglos XVIII y XIX. Al mismo tiempo, la transformó moralmente con sus ideas. En el siglo XX, Asia ha vuelto contra Occidente las ideas europeas y luego, en el campo de batalla, los armamentos adquiridos en Europa y América. La europeización de Asia ha tenido como consecuencia el levantamiento de Asia contra Europa.

BIBLIOGRAFÍA SUMARIA [1]

Obras generales

GROUSSET, R., *Histoire de l'Extrême Orient,* París, Geuthner, 2 vols., 1929.

GROUSSET, BOUHOT, AUBOYER, *L'Asie orientale des origines au XVe siècle,* t. X de la *Histoire générale* dirigida por GLOTZ, París, P. U. F., 1949.

* RIVIÈRE, J. R., *El pensamiento filosófico de Asia,* Madrid, Gredos, ca. 1960.

* CHAN WING-TSIT, D. SUZUKI y otros, *La filosofía del Oriente,* Breviarios del F. C. E., México, 1950.

* MASSON-OURSEL, P., *El pensamiento oriental,* Buenos Aires, Fabril, 1961.

* JAMES, O., director, *Historia de las religiones,* 3 vols., Vergara, Barcelona, 1960-61, t. I-II (más accesible y en parte más densa, pero menos actualizada: KÖNIG, F., director, *Cristo y las religiones de la Tierra,* 3 vols., Madrid, B. A. C., 1960-62, t. II y III).

AUBERT, M., director, *Nouvelle histoire de l'art,* París, Didot, 1932 (t. I: Arte de Persia antigua, por GODARD; t. II: Arte de la India, por GROUSSET).

RÉAU, L., director, *Histoire universelle de l'art,* Colin, París, 1939 (G. SALLES, Artes musulmanas; STERN y ÉLISSÉEF, Extremo Oriente).

[1] Se ha adaptado y completado en esta versión española, de modo que el lector disponga de una bibliografía de base para el estudio histórico-cultural de Asia, y con tal fin se han incluido no sólo obras accesibles en español, sino también algunos manuales y estudios extranjeros que contienen, a su vez, indicaciones bibliográficas. Los agregados aparecen entre corchetes o precedidos de asterisco. El lector, por el nombre de la colección, por el título del libro, etc., distinguirá las obras enciclopédicas, los estudios monográficos y los trabajos de divulgación. *(N. del T.).*

* *Historia del arte Labor,* 13 vols., Barcelona, 1933-58; t. II (SCHÄFER, Antiguo Oriente), IV (OTTO, India y Japón)), V (GLÜCK, Islam).
* HUISMAN, G., director, *Historia general del arte,* traducción española, 4 vols., París, Quillet, 1947, t. I-III.
* AUBOYER, J., *Les arts de l'Extrême Orient,* colceción Que sais-je?, París, P. U. F., 1949, nueva edición en preparación, y próxima traducción española por Eudeba, Buenos Aires.
* COOMARASWAMY, A. K., *The transformation of Nature in Art,* 1934, nueva ed., Nueva York, Dover Editions, 1956.
* PRAMPOLINI, S., *Historia universal de la literatura,* edición española dirigida por J. Pijoán, México-Buenos Aires, Uteha, 1941, 13 vols. (literaturas orientales, t. I y II).
* De la colección "Introduction to Oriental Civilizations", dirigida por TH. DE BARY, Columbia University Press, Nueva York, 1960, se publicará próximamente por Losada, Buenos Aires, la traducción de tres importantes volúmenes:
TH. DE BARY, S. HAY, R. ILER y A. YARROW, *Sources of Indian Tradition;* TH. DE BARY, WING-TSIT CHAN y B. WATSON, *Sources of Chinese Tradition;* RYUSAKU TSUNODA, TH. DE BARY y D. ENE, *Sources of Japanese Tradition.*

ANTIGUAS CIVILIZACIONES DEL CERCANO ORIENTE

GORDON CHILDE, *The most ancient East,* Londres Kegan Paul, 1928 (trad. fr.: *L'Orient préhistorique,* París, Payot, 1935).
* GORDON CHILDE, *More light on the most ancient East,* Paul and Routledge, Londres 1952.
CAPART y CONTENAU, *Histoire de l'Orient ancien,* París, Hachette, 1936 [trad. esp.: *Historia del antiguo Oriente,* Barcelona, Surco, 1958].
* CONTENAU, G., *Manuel d'archéologie orientale,* París, Picard, 4 vols., 1927-47.
* KASTER, H. C., *Breve historia del Cercano Oriente,* Buenos Aires, Ateneo, 1961.
* CONTENAU, G., *Antiguas civilizaciones de Asia anterior,* Cuadernos de Eudeba, Buenos Aires, 1961.
DELAPORTE, L., *Les peuples de l'Orient méditerranéen,* colección Clio, París, P. U. F., 1938 [trad. esp. en preparación por Eudeba, Buenos Aires].
PARROT, A., *Archéologie mésopotamienne, París,* Albin Michel, 1946.
CONTENAU, G., *Civilisations d'Assur et de Babylone,* París, Payot, 1937.
CONTENAU, G., *Hittites et mitanniens,* París, Payot, 1934.
* GURNEY, *The Hittites,* Pelican Bocks, Londres, 1954.
* GURNEY, *The Hittites,* Pelican Books, Londres 1954.

* SARTIAUX, E., *Las civilizaciones antiguas del Asia Menor,* colección Labor nº 25, Barcelona, 1931.
* ALBRIGHT, W. F., *The archaeology of Palestine,* Pelican Books, Londres, 1949, ed. revisada, íb., 1954.
* BUIT, M. DU, *Arqueología del pueblo de Israel,* colección Yo sé yo creo, Andorra, Casal y Vall, 1961.
* RATTEY, B. K.,. *Los hebreos,* Breviarios del F. C. E., México.
* MARGOLIS, S. M., y A. MARX, *Historia del pueblo judío,* Buenos Aires, Israel, 1954.
* WOOLLEY, L., *Ur, la ciudad de los caldeos,* Breviarios del F. C. E., México, 1953.

HUART, C., y L. DELAPORTE, *La Perse antique,* colección L'évolution de l'humanité, París, Albin Michel, 1925 [trad. esp.: *El Irán antiguo,* México, Uteha].

CHRISTENSEN, *L'Iran sous les Sassanides,* París, Geuthner, 1936.

* GHIRSHMAN, R., *Iran,* Pelican Books, Londres, 1954 (versión francesa: *L'Iran,* París, Payot, 1951).
* DRIOTON, CONTENAU y otros, *Las religiones del antiguo Oriente,* colección Yo sé yo creo, Andorra, Casal y Vall, 1958.
* FURLANI, G., *Miti babilonesi e assiri,* Florencia, Sansoni, 1958.
* FRANKFORT, H., y otros, *El pensamiento prefilosófico,* Breviarios del F. C. E., 2 vols., México, 1954.
* UNGER, *Arte súmero-acadio,* colección Labor, nº 238, Barcelona, 1931.
* UNGER, *Arte asiriobabilonio,* colección Labor nº 307, Barcelona, 1932.
* WOOLLEY, L., *Mesopotamia y Asia anterior,* colección El arte de los pueblos, Barcelona, Praxis-Seix Barral, 1961.

SARRE, *L'art de la Perse ancienne,* Crès.

INDIA

* RENOU, FILLIOZAT y otros, *L'Inde classique, Manuel des études indiennes,* 3 vols., I y II publicados, París, Payot, 1947, y Hanoi (París), École française de l'Extrême Orient, 1953.

COURTILLER, G., *Anciennes civilisations de l'Inde,* colección Colin, París, 1930.

MASSON-OURSEL, P., y otros, *L'Inde antique,* colección L'évolution de l'humanité, París, Albin Michel, 1933 [trad. esp.: *La India antigua,* México, Uteha].

* *Cambridge history* of India, 6 vols. (5 publicados), 1922 y sigs.
* PIGGOT, S., *Prehistoric India,* Londres, 1950; editado en Pelican Books, 2ª ed., Londres, 1961.
* KONOW, S., *India,* colección Labor nº 77, Barcelona, 1930.
* CHAND, TARA, *Historia del pueblo indio,* Buenos Aires, Sur, 1962.

* MEILE, P., *Historia de la India,* Cuadernos de Eudeba, Buenos Aires, 1962.
* GARRAT, G., *El legado de la India,* Madrid, Pegaso, 1945.
LÉVI, SYLVAIN, *L'Inde et le monde,* París, 1926.
* RENOU, L., *El hinduismo* Cuadernos de Eudeba, Buenos Aires, 1960.
OLDENBERG, H., *Le Bouddha,* trad. del alemán, París, P. U. F. [trad. esp.: *Buda, su vida, su doctrina, su comunidad,* Buenos Aires, Kier, 1946].
* CONZE, E., *Buddhism, its essence and development,* Oxford, Cassirer, 1953. (trad. italiana: *Il Buddhismo,* Mondadori, 1955).
* NEGRE, P., *Budismo,* colección Labor nº 432-33, Barcelona, 1946.
* FATONE, C., *El budismo "nihilista",* 2ª edición, Buenos Aires, Eudeba, 1962.
MASSON-OURSEL, P., *Histoire de la philosophie indienne,* París, Geuthner, 1923.
GROUSSET, R., *Les philosophies indiennes,* 2 vols., París, Desclée, 1931.
* HIRIYANA, M., *Introducción a la filosofía de la India,* Buenos Aires, Sudamericana, 1960.
* ZIMMER, H., *Philosophies of India,* Nueva York, Bollingen Series, 1951 (trad. española en preparación por Eudeba, Buenos Aires).
* RENOU, L., *Les littératures de l'Inde,* colección Que sais-je, París, P. U. F., 1951 (trad. esp. en preparación por Eudeba, Buenos Aires).
* OLDENBERG, H., *La literatura de la antigua India,* Buenos Aires, Losada, 1956.
* GOETZ, H., *India,* colección El arte de los pueblos, Barcelona, Praxis-Seix Barral, 1961.
* SVANASCINI, O., *Esquema del arte de la India,* Buenos Aires, La Mandrágora, 1958.

CHINA Y TIBET

GROUSSET, R., *Histoire de la Chine,* Fayard, París, 1956 [trad. esp.: *Historia de la China,* Caralt, Barcelona, 1944].
MASPERO, H., *La Chine antique,* París, de Boccard, 1927.
* FRANKE, H., *Sinologie,* Berna, Francke-Verlag, 1953.
GRANET, M., *La civilisation chinoise,* colección L'évolution de l'humanité, París, Albin Michel, 1929 (trad. esp.: *La civilización china,* México, Uteha).
CREEL, H., *La naissance de la Chine,* París, Payot, 1937.
* LATOURETTE, K. S., *Los chinos, su historia y su cultura,* Buenos Aires, Sudamericana, 1949.

* GOODRICH, L. C., *Historia del pueblo chino,* Breviarios del F. C. E., México.
GRANET, M., *La pensée chinoise,* colección L'évolution de l'humanité, París, Albin Michel, 1934 (trad. esp.: *El pensamiento chino,* México, Uteha).
* FUNG YU-LAN, *A short history of Chinese Philosophy,* Nueva York, Macmillan, 1958 (trad. fr.: FONG YEOU-LAN, *Précis d'histoire de la philosophie chinoise,* París, Payot).
* LIOU KIA-HWAY, *L'esprit synthétique de la Chine,* París, P. U. F., 1961.
* MARÍN, I., *China: Lao-tszé, Confucio, Buda,* Espasa-Calpe, Buenos Aires-México, 1944 (reeditado en tres tomos de Colección Austral).
WIEGER, *Les pères du système toïste* (texto y traducción), Shanghai, 1913 [reeditado por Cathasia, Shanghai-París, 1950].
* CARPIO, R., *El Tao tê king de Lao tse,* Buenos Aires, Sudamericana, 1957.
* WILHELM, R., *Kung-tsé (Confucio),* y *Lao-tsé y el taoísmo,* Madrid, Revista de Occidente, 1926.
* KAO SE-TSIEN, *La filosofía social y política del confucianismo,* Buenos Aires, Poblet, 1945.
SIRÈN, O., *Histoire des arts anciens de la Chine,* 6 vols., 1929-35.
DAISY-LION, *L'art chinois,* París, Plon, 1937.
* SZE MAI-MAI, *The Tao of painting,* Nueva York, Bollingen Series, 1956; edición abreviada, *The way of Chinese painting, its ideas and techniques,* Modern Library Paperbacks, Nueva York, Random House, 1959.
SALLES, G., *Bronzes chinois,* Louvre, 1934.
GROUSSET, R., *Évolution des bronzes chinois archaïques,* Ed. d'art et d'histoire, 1937.
* GROUSSET, R., *Historia del arte y de la civilización china* (trad. de *Chine et son art,* París), Barcelona-México, Noguer, 1961.
* SPEISER, W., *China,* colección El arte de los pueblos, Barcelona, Praxis-Seix Barral, 1961.
HSU SUNG-NIEN, *Littérature chinoise,* París, Delagrave, 1933.
* LALOU, M., *Les religions du Tibet,* colección Mythes et religions, París, P. U. F., 1957.

HELENIZACIÓN DEL ORIENTE Y ARTE GRECOBÚDICO

JOUGUET, *L'impérialisme macédonien et l'hellénisation de l'Orient* colección L'évolution de l'humanité, París, Albin Michel, 1921 [trad. esp.: *El imperialismo macedonio y la helenización del Oriente,* México, Uteha].
HACKIN, *Mémoires de la délégation archéologique française en Afghanistan,* 4 vols., Éd. d'art et d'histoire, 1928-36.

FOUCHER, *L'art gréco-bouddhique du Gandhâra*, 3 vols., 1905-22.
GROUSSET, *Sur les traces de Bouddha*, París, 1929 (nueva ed., París, 1957).

ASIA MUSULMANA

* PAREJA, F., y otros, *Islamología*, 2 vols., Madrid, Razón y Fe, 1952-54.
HUART, C., *Histoire des arabes*, París, Geuthner, 1912.
* HITTI, P. K., *Los árabes, historia de una revolución*, Buenos Aires, abril, 1944.
* LAMB, H., *Solimán el Magnífico*, México, Grijalbo, 1958.
GROUSSET, R., *Histoire des Croisades*, 3 vols., París, Plon, 1934-36.
GROUSSET, R., *L'épopée des Croisades*, París, Plon, 1939 [trad. esp.: *La epopeya de las Cruzadas*, Cavalt, Barcelona, 1944].
* GROUSSET, R., *Les croisades*, colección Que sais-je, París, P.U.F., (trad. esp.: *Las Cruzadas*, Colección Surco, Madrid, Salvat, 1948).
* GIBB, H. A. R., *Mahometismo*, Breviarios del F. C. E., México, 1954.
GAUDEFROY-DEMOMBYNES, *Le monde musulman*, París, de Boccard, 1931.
* GARDET, L., *La cité musulmane*, París, Vrin, 1948.
MASSÉ, H., *Les épopées persanes, Firdousi*, París, Perrin, 1935.
MIGEON, *Manuel d'art musulman*, París, Picard, 1927.
* AHLENSTIEL-ENGEL, E., *Arte árabe*, colección Labor, Barcelona, 1932.

TURCOS Y MONGOLES

PELLIOT, *La Haute Asie*, París, Musée Gurmet, 1931.
* HAMBIS, L., *La Haute Asie*, colección Que sais-je?, París, P.U.F., 1953.
GROUSSET, R., *L'empire des steppes:Attila, Gengis-khan, Tamerlan*, París, Payot, 1939.
GROUSSET, R., *Vie de Gengis-khan, le conquereur du monde*, París.
* LAMB, H., *Gengis-khan, emperador de todos los hombres*, Buenos Aires, Sudamericana, 1949.
* FERDINANDY, M. DE, *Tschingiz Khan*, Rowohlts Deutsche Encyclopädie, Hamburgo, 1958.

JAPÓN

SANSOM, C. B., *Le Japon* (trad. del inglés), París, Payot, 1938.

ANESAKI, *Histoire religieuse du Japon*, Publ. del Museo Guimet, París, 1921.

OBERLIN, S., y K. MATSUO, *Sectes bouddhiques japonaises*, Crès, 1930.

*ELIOT, CH., *Japanese Buddhism*, Londres, 1935; nueva edición, Londres, Routledge and Kegan, 1959 (de próxima traducción al español).

* ROGER, J., "El pensamiento religioso y filosófico del Japón tradicional (evolución del Shintô japonés)", en *Revista de filosofía*, Madrid, VII, nº 25, abril-junio de 1948.

* WATTS, A. W., *El camino del Zen*, Buenos Aires, Sudamericana, 1961.

* SUZUKI, D. T., *Introducción al budismo zen*, col. Asoka, Buenos Aires, Mundo Nuevo, 1960.

* OKAKURA KAKUZO, *El libro del té*, Buenos Aires, Instituto Argentino-japonés, 1938, y otra ediciones españolas.

* YASUNOSUKE FUKUKITA, *Cha-no-yu, Tea cult of Japan*, 5ª ed., Tôkyô, Hokuseido Press, 1954.

MIGEON, *Au Japon, Sanctuaires d'art*, París, Geuthner.

AUBERT, L., *L'estampe japonaise*, París, Colin.

* BOWIE, H. P., *On the Lawe of Japonese Painting*, 1911; nueva edición, Nueva York, Dover Editions (ca. 1955).

* SIEFFERT, R., *Littérature japonaise*, colección Colin, París.

* SIEFFERT, R., Zéami, *La tradition secrète du Nê*, traducción y comentario, Unesco-Gallimard, París, 1960.

* MATSUO, KUHI; KAWAJI, RYUKO; y SMOULAR, A., *Histoire de la littérature japonaise*, París, Éd. Ottéraires et tech niques, 1935.

INDOCHINA E INSULINDIA

COEDÉS, *Histoire des États hindouises de l'Extrême Orient*, Hanoi, 1930.

* LÊ THÀNH KHÔ, *Histoire de l'Asie du Sud-est*, colección Que sais-je?, París, P. U. F.

MASPERO, G., *L'Indochine*, 2 vols., Éd. d'art et d'histoire, 1930.

* BRUHAT, *Histoire de l'Indonésie*, colección Que sais-je?, París, P. U. F.

CORAL-REMUSAT, G. DE, *L'art khmèr*, Éd. d'art et d'histoire, 1940.

* WAGNER, F., *Indonesia*, colección El arte de los pueblos, Barcelona, Praxis-Seix Barral, 1961.

PROBLEMAS CONTEMPORÁNEOS

BÉRARD, V., *La révolte de l'Asie*, colección Colin, París, 1904.

GROUSSET, R., *Le réveil de l'Asie*, París, Plon, 1924.

* MENDE, T., *La révolte de l'Asie*, colección Que sais-je-, París, P. U. F.
DENNERY, E., *Foules d'Asie*, París, Colin, 1930.
RENOUVIN, *La question d'Extrême Orient*, París, Hachette, 1946.
* MENDE, T., *La India contemporánea*, Breviarios del F.C.E., Mé-México, 1954.
* PANIKKAR, K. M., *La sociedad india en la encrucijada*, Buenos Aires, Eudeba, 1962.
* PANIKKER, R., *India*, Biblioteca del pensamiento actual, Madrid, Rialp, 1959.
MASPERO, G., *La Chine*, París, Delagrave.
* DUBARBIERI, G., *Histoire de la Chine moderne*, colección Que sais-je?, París, P. U. F.
* BLAND, J. G. y B. BACKHOUSE, *Tse-hi, emperatriz regente*, Madrid, Espasa-Calpe, 1956.
*FRANKE, W., *Chinas kulturelle Revolution*, Janus Bücher, Munich, Oldenburg, 1957.
* CHAN WING-TSIT, Tendencias religiosas de la China moderna, Madrid, Espasa-Calpe, 1955.
* ATIYA, E., *The Arabs*, Pelican Books, 1955.
*GARDET, L., *Conozcamos el Islam*, colección Yo sé yo creo, Andorra, Sasal y Vall, 1961.
* GHIRELLI, A., *El Renacimiento musulmán*, Barcelona, 1948.
DOLLOT, R., *L'Afghanistan*, París, Payot, 1938.
RAY, J., *Le Japon*, París, Plon, 1941.
* BELLACH, R. N., *Tokugawa religion*, Nueva York, Free Press, 1957.
* MASSON, A., *Histoire du Vietnam*, colección Que sais-je?, París, P. U. F.
* MONTEIL, V., *Les arabes*, colección Que sais-je?, París, P. U. F., 1957 ((trad. esp.: en preparación por Eudeba, Buenos Aires).
* GUITTARD, O., *Bandung y el despertar de los pueblos coloniales*, Buenos Aires, Eudeba, 1962.

ÍNDICE

SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN DICIEMBRE DE 1962, EN LOS
TALLERES GRÁFICOS VERDAD, S. R. L.
SENILLOSA 1535, BUENOS AIRES

HISTORIA DE ASIA

R. Grousset

Esta obra constituye un manual único por su extenso objeto, breve síntesis y clara elegancia de desarrollo. Ella proporciona tanto al lector general como al estudioso una neta visión sincrónica de 4000 años de historia político-cultural, con referencia a formas de vida, religión, arte y pensamiento y permite además seguir la historia continua de cada uno de los pueblos asiáticos desde sus orígenes hasta hoy.

Si bien había sido traducida anteriormente a nuestro idioma (Salvat, Barcelona, 1941), se ha procurado ahora lograr una traducción aún más precisa; se han conservado y ajustado los mapas, cuidado la coherencia de la grafía y adaptado y ampliado la bibliografía.

René Grousset (1885-1952), secretario del **Journal Antique** y conservador de museos, realizó una vasta labor de difusión sobre historia, filosofía y artes orientales; entre sus obras merecen citarse **La sculpture des Indes et de la Chine**, 1939, **De la Grecè à la Chine**, 1948 y **Balance de la historia**, 1946 (traducción española: Madrid, 1957).

BIBLIOTECA ASIA Y AFRICA



LIBROS DEL BAOBAB



EDITORIAL UNIVERSITARIA DE BUENOS AIRES

A.A. 223